

SUSCRICION  
EN  
PROVINCIAS.  
UN MES. . . 40 RS.  
TRES MESES. 24  
SEIS MESES. 48.

30 por 100 de in-  
demnizacion en obras,  
ó una rebaja de 10 y 15  
por 100 en efectivo.

# LA SEMANA

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION  
EN  
MADRID.

UN MES. . . 8 RS.  
TRES MESES. 20  
SEIS MESES. 40

30 por 100 de in-  
demnizacion en obras,  
ó una rebaja de 10 y 15  
por 100 en efectivo.

## ADVERTENCIA.

Se recuerda á los señores suscritores, que con el presente número empieza el cuarto trimestre. Los que gusten continuar favoreciéndonos, se servirán hacer la oportuna renovacion si residen en provincia. A los de Madrid se les enviará el recibo al domicilio, según costumbre.

## SUMARIO.

Historia de la semana.—Las plagas de Egipto en Madrid (costumbres).—Marina; un navio de linea inglés.—Pasta-piedra.—Minas de cobre.—Del guano.—Vanidad literaria.—Apuntes descriptivos é historicos de un viaje de Madrid á la Rioja.—Castillos de España y Francia.—La princesa de Asturias (novela).—Historia general de España por don Modesto Lafuente (artículo tercero).—Reseña de las órdenes militares.—Sobre el descubrimiento de los huesos del elefante en las inmediaciones de la hermita de San Isidro.—Mosaico.—Efemérides españolas del siglo XIX.—Escenas de la vida pedestre; logogrifo, solución del inserto en el número anterior.  
Este número lleva diez y nueve grabados.

## HISTORIA DE LA SEMANA.

**Exterior.**—FRANCIA. Acordada la prorogacion de las sesiones de la Asamblea nacional para el día 11 de agosto, todas las fuerzas y toda la atencion de los partidos se reconcentró en el nombramiento de la comision de 25 individuos que con la mesa han de vigilar durante los tres meses de vacaciones, la observancia de la constitucion del estado. La mayoría, tan compacta y tan numerosa en otras ocasiones, se ha dividido en esta de tal manera, que la comision de la Asamblea ha sido el producto de la coalicion de la montaña con los legitimistas y algunos orleanistas, habiendo presidido en esta eleccion la desconfianza y el odio al presidente de la república. La mayoría de los nombrados son sus adversarios, mas ó menos encubiertos, con cuyo motivo el *Monitor de la tarde*, uno de los periódicos mas caracterizados de la política del Eliseo, ha puesto un artículo furioso contra la Asamblea por su conducta débil y equívoca; ha manifestado que sin la sombra del presidente muchos de los hombres que hoy figuran estarian ó en la oscuridad de sus aldeas, ó fugitivos en paises extranjeros, y que el día en que el presidente pronunciase una palabra, y apelase á la nacion para escoger entre él y la Asamblea una voz unánime, un grito de aclamacion partiria de todos los puntos de la Francia, y haria desaparecer en su misma insignificancia todos los conatos de sus adversarios.

Este artículo suscitó una gran tormenta en la Asamblea en la sesion del 26 de julio; pareció ofensivo á la representacion nacional; y los diputados de la montaña hicieron sobre él los comentarios mas exagerados y menos verosímiles. Mr. Dupont de Bussac y Julio Fabre dirigieron al ministerio los mayores ataques; empero el ministerio no respondia á sus interpelaciones, y tomando fuerzas y aliento de este mismo silencio crecian las reanimaciones de todas partes, llegándose hasta pedir por Mr. Baze, en medio de la mayor agitacion, que la Asamblea se retirase inmediatamente á las sesiones para el nombramiento de una comision encargada de proponer las medidas que creyese útiles para defender su dignidad ultrajada.

El ministro de lo Interior vióse al fin obligado á hablar; protestó su respeto por la constitucion; y juró que en tanto que el gabinete conservase el poder no sufriría esta ningun ataque. La mayoría interrumpió con grandes aplausos su viva y calorosa respuesta, siendo en seguida desechada la mocion hasta por el mismo Mr. Baze que la habia propuesto. Desde aquel momento se vió sola la montaña. La Asamblea se consumió despues al presupuesto de trabajos públicos.

Con motivo del artículo del *Monitor* se han vuelto á agitar de nuevo las conversaciones sobre el proyecto de restablecimiento del imperio. Es indudable que la Asamblea y el presidente se encuentran frente á

frente. La Asamblea manifiesta un síntoma que mata á todos los cuerpos representativos, la veleidad, la inconstancia, no hay mayoría fija: así se resienten de tanta contradiccion sus actos.

El presidente de la república va á recorrer varios departamentos, y es seguro que en ellos su presencia reavivará el espíritu público, y producirá nuevo entusiasmo. Entretanto los fondos públicos han experimentado, como siempre que se nota oscilacion en la política, una tendencia marcada á la baja.

Grandes sucesos creemos que se preparan en la vecina república para el tiempo designado por la Asamblea para reposar de sus fatigas legislativas. Una sorda agitacion se siente en muchas ciudades del Mediodía, principalmente en Montpellier y en Nimes. El partido rojo, al parecer adormecido, vuelve á despertar, y según las últimas noticias se prepara con sus armas acostumbradas á presentarse en campaña. En Tolon se habia descubierto una conspiracion cuyo objeto era incendiar el arsenal, y por lo tanto desde el día 18 habia sido preciso redoblar la vigilancia.

En Inglaterra se habian reunido los hombres mas eminentes en la política, y habian acordado los medios de levantar una estatua que inmortalizase la memoria del autor de la emancipacion de los católicos, y de la abolicion de las leyes de cereales sir Roberto Peel.

El 26 de julio ha ocurrido un suceso en la cámara de los comunes que manifiesta el gran respeto que aquel pais tiene á la religion cristiana, no obstante hallarse separado de la obediencia del jefe del catolicismo. El baron Rostchild, ese hombre poderoso que hacia tiempo habia sido nombrado diputado por la ciudad de Londres, se presentó á reclamar su derecho de tomar asiento en el parlamento. El opulento banquero pertenece á la comunión de Israel, y no podía jurar por la fórmula ordinaria del Nuevo Testamento, ni por el nombre del que hace diez y ocho siglos sus mayores crucificaron. En vano intentó hacerlo por el Antiguo Testamento y sobre la ley de Moisés. Sir R. H. Inglis manifestó que la nacion inglesa era una nacion cristiana, y que en su parlamento nadie podia sentarse, ni tomar parte en la deliberacion de los negocios públicos, sin prestar juramento en nombre del comun Redentor del género humano, y sobre el Nuevo Testamento por él promulgado. En su consecuencia propuso una mocion para que se estableciese el principio de que nadie pudiera tomar parte en las deliberaciones de la cámara sin haber cumplido antes con las formalidades propias del cristiano. Este asunto es de la mas alta importancia: la cámara ha aplazado su discusion para el día 29, y en ella va á decidirse esta gran cuestion, á saber: la emancipacion de los judíos, y si ese pueblo nómade y errante sobre la tierra, que no han bastado á reunir todos los esfuerzos de los que han querido contradecir las profecías y las Escrituras santas, ha de ser considerado á la par de los que profesan las otras religiones.

La reina de Inglaterra ha manifestado sus deseos de dar este otoño un paseo por las costas del Mediterraneo; ha enviado buques que exploren y calculen el tiempo que podrá tardar en su viaje desde Londres á Gibraltar, y ha resultado el poder verificarlo en 90 horas. Tambien se propone visitar el magnífico puerto del Ferrol, según han anunciado algunos personajes ingleses que en estos últimos dias han fondeado en aquella hermosa bahía.

Decididamente el Austria ha entrado en las vías de moderacion y de concordia, procurando hacer mas llevadero y tolerable el yugo que pesa sobre las naciones que ha recientemente vuelto á conquistar. La desgraciada Hungría ha recibido un respiro con la abolicion de las comisiones militares, y la destitucion del mariscal Hainaut. En Italia va á formar dos grandes departamentos, uno en Venecia, y otro en Milan, que á cargo de dos altos dignatarios austriacos, y asistidos de un consejo provincial compuesto de las personas de mas posicion de las mismas provincias, gobiernen el pais, habiendo dejado entrever la esperanza de que en breve se les otorgará la formacion de un senado lombardo-veneto.

La cuestion de la Dinamarca con los ducados, cues-

tion de que varias veces hemos hablado en el curso de nuestras revistas, y que no han bastado los esfuerzos de las potencias á decidir pacíficamente, va á decidirse al fin por la última razon de los reyes, por las armas. El ejército dinamarqués y el de los ducados han venido á las manos, habiéndose empuñado un combate que ha durado ocho horas. La pérdida ha sido considerable por ambas partes; empero el general Willisen que manda el ejército de los ducados, ha conservado su posicion y cogido gran número de prisioneros dinamarqueses.

La Prusia hubiera querido sin duda mediar, lo mismo que el Austria; empero no lo han hecho por miedo de que interviniese tambien la Rusia, evitando de este modo la preponderancia que resultaria para aquella nacion, la cual tanto ha que está preparada para la guerra, adonde quiera que la llamen los sucesos.

En Portugal el ministerio habia entrado en tratos con los Estados-Unidos, sobre la indemnizacion que una escuadra de la Union habia venido á pedirle en la misma barra de Lisboa.

El rey de Nápoles tambien ha reconocido la justicia con que las escuadras inglesa y francesa reclamaban indemnizaciones para los súbditos de estas naciones, cuyos intereses habian comprometido en el asalto y bombardeo de Mesina. Está visto que las reclamaciones sobre intereses, que hasta ahorase hacian por los medios diplomáticos, han tomado un carácter mas ejecutivo; se procede contra las naciones casi lo mismo que por las leyes civiles contra los particulares.

En Roma continuaba organizándose el ejército pontificio, habiéndose tomado por tipo la gendarmería francesa.

Son muchas y muy crecidas las bandas de salteadores que infestan los alrededores de Roma, no bastando á esterminarlas la cooperacion de los austriacos que ocupan las Legaciones, habiendo tenido la audacia, protegidos por la superioridad que les da el conocimiento del terreno, de batirse con ventaja contra las columnas austriacas destinadas á su persecucion.

**Interior.** Ninguna novedad particular ha ocurrido en toda la Península. S. M. la reina ha continuado tan rápidamente en su convalecencia, que el día 31 de julio pudo salir ya á la Capilla Real, donde se celebró la misa de parida ó la Purificacion. Dentro de breves dias tendrá el pueblo de Madrid la satisfaccion de verla y saludarla en sus calles. Lo adelantado del verano, lo vario de la temperatura, pues á los calores propios de la canícula, que hacen algunos dias, suceden otros con el fresco y las brisas del otoño, han hecho desistir á S. M. del proyecto que tenia formado para pasar una temporada en la Granja.

La infanta doña María Luisa y su agosto esposo el duque de Montpensier, que vinieron á primeros de julio para asistir al alumbramiento de la reina Isabel, salieron el 1.º de agosto á las seis de la mañana de regreso para Sevilla. La separacion de la infanta doña Luisa Fernanda y de la reina Isabel, ha sido sumamente tierna. En el rostro de la augusta infanta se veia al bajar la régia escalera, las señales de la emocion mas viva, del mas profundo dolor. La infanta con lágrimas en los ojos, saludaba con la mayor amabilidad á la multitud que se habia reunido para darla el último adiós, interin el cielo, como esperamos, mas propicio otra vez, dispone que vuelvan á la corte á presenciar un alumbramiento mas feliz. El día anterior los grandes dignatarios del Estado, toda la corte habia acudido á ofrecer sus respetos, y despedirse de los augustos viajeros.

Algun mas movimiento político se ha notado esta semana por haberse anunciado próxima la disolucion de las cortes, y por haberse hablado de una crisis parcial en el gabinete, crisis que ha sido completamente desmentida por los órganos del ministerio, haciendo todo creer que este permanece unido, compacto, y firme en la adopcion de las grandes medidas con que han de resolverse los negocios de la gobernacion puesta á su cuidado.



## LAS PLAGAS DE EGIPTO EN MADRID.

## PLAGA SETIMA.

Los truenos, el granizo y los rayos.

(Continuacion).

«Orate Dominum ut des nant  
tonitrua Dei et grandio.»

Dejamos á nuestros protagonistas asomados á la ventana del ventorrillo, á don Severo contemplando el granizo con faz mustia y abatida, y á su amigo, en actitud de interrogarle.

En esta situacion,--¿qué tiene vd., señor Pimienta? preguntóle el joven con interés.

—¡Ay! amigo, ese granizo me trae á la mente recuerdos muy penosos.... Recuerdo en primer lugar los aerólitos, es decir, los andamios, vigas y ladrillos que vomitan los edificios que se construyen y derriban; recuerdo en segundo lugar, los tiestos, aguas y objetos que se desprenden de los balcones, especialmente de noche; recuerdo en tercer lugar, las chinias que saltan de las piedras que labran en las calles, y tantos cuerpos extraños, líquidos, sólidos y aeriformes, como caen de repente sin saber de donde sobre el infeliz viandante, y causan los desaguisados que todos los dias refieren los periódicos con las siguientes fórmulas, que los cajistas ya duchos en el oficio no deshacen, porque la repetición de los casos les ha enseñado que pueden servir cotidianamente, solo con variar la fecha, el nombre de la calle, la hora, la edad ó el sexo de la persona. He aquí las fórmulas: ellas son mas elocuentes que todo lo que yo pudiera añadir.

«Ayer fué gravemente herido un artesano en la calle de la Luna: al pasar cerca de la casa que se está derribando, se desplomó un lienzo de pared y quedó sepultado bajo los escombros. Seria de desear, etc.»

«El sábado por la noche acaeció un lance digno del pincel de Goya; un elegante que se encaminaba á eso de las once al baile de la condesa de N.... al trasponer la calle de la Montera, en la Red de San Luis, se sintió calado de los pies á la cabeza por cierto aljofarado rocío que le arrojaron desde un balcon; rocío tan oloroso y *anti-fashionable* que el pudor no nos permite nombrarlo. Risa y compasion causaban á la vez los gestos é imprecaciones del malparado leon. Recomendamos á la autoridad, etc.»

«Anteayer, atravesando un niño por la Carrera de San Gerónimo, recibió en un ojo un fragmento de las piedras que allí labran para el palacio del Congreso. Un facultativo que á la sazón pasaba, acudió á sus gritos, y despues de examinarle y hacerle la primera cura en la botica cercana, declaró que no era cosa de cuidado, pero que quedaria tuerto.

¡Ay! ¡no es nada lo del ojo  
y lo llevaba en la mano!

Suplicamos al señor alcalde corregidor, etc.»

—Ahora bien, ¿qué dice vd. á esto?

—Digo con el apóstol que los hombres tienen ojos y no ven, oídos y no oyen. Olvidan que en la corte, para evitar descabros y medrar, se necesita tener cabeza de buey, ojos de lince, orejas de tísico, narices de perdiguero, piés de corzo, tacto de ciego y garras de condor; debiendo estar realizadas estas cualidades por la doble vista anti-magnética de madama Chevalier, para poder distinguir los objetos de noche ó de dia, de perfil y de frente, á derecha y á izquierda, arriba y abajo, por delante y por detras, á cortas y á largas distancias; reuniendo ademas la destreza y flexibilidad de Mr. Lees para inclinarse, ladearse, arquearse, doblarse, y desternillarse, si necesario fuese; y por último, les es indispensable el aplomo y la sangre fria de Montes en los momentos críticos para retroceder, pararse, huir, saltar y escabullirse por el espacio de un cabello. Todo esto se consigue á fuerza de repetidos ensayos, de observacion y perseverancia, ejercitando mucho el cuerpo y los sentidos, y en ninguna parte puede hacerse con tanta facilidad como en Madrid, en la escuela teórico-práctica del granizo.

¿No opina vd. como yo?

—Nones.

—Ese es el título, ó mejor dicho, otra de las formas que reviste el citado meteoro, segun la clasificacion de vd.

—Que no puede ser mas exacta.

—Veamos.

—¿No le ha sucedido á vd. nunca oír en un solo dia desde por la mañana hasta la hora de acostarse, una granizada de *nones* capaz de desesperar á un monge de la Tebaida?

—No señor.

—Vd. se empeña en hacerme la oposicion, y no es franco.

—No, señor, tornó á repetir el implacable zumbon, haciendo señal que sí con la cabeza.

—¿Qué persona que haya residido algun tiempo en Madrid, no ha experimentado con sobrada frecuencia que por efecto de circunstancias especiales, propias de los hábitos y malas mañas de las gentes que viven en la corte, hay dias nefandos en que todos se conjuran para contrariarnos, como si se hubieran pasado la palabra; desde el criado que nos limpia las

botas hasta la lavandera; desde el sastre hasta el empleado que se comprometió á despachar nuestro asunto al dia siguiente; desde el portero de una casa estraña hasta el amigo íntimo; desde el mozo de café, hasta el encargado de vender las localidades de un teatro?... Dias nefandos, repito, en que oímos de mil maneras, pronunciado por cien bocas distintas, este maldecido estribillo, *no señor*, irritante y sarcástico estribillo, que al fin acaba por encendernos la bilis, y producimos cada vez que lo escuchamos, el efecto de un puñado de piedras que nos arrojasen á la cara.

Se levanta vd. y empieza Cristo á padecer; interroga vd. á su criado:

—¿Están limpias las botas?

—No señor.

—¿Has ido al correo?

—No señor.

—¿Entregaste la carta que te dejé anoche?

—No señor.

Entra la lavandera.

—¿Trae vd. toda la ropa?

—No señor.

—¿Y los dos chalecos nuevos?

—No señor.

—¿Me los traerá vd. luego?

—No señor: los dejé en el rio y....

Sale vd. á la calle echando chispas; al pasar por casa del sastre recuerda vd. que tiene que verle, y entra.

—¿Puedo probarme el frac?

—No señor.

—¿Lo concluirá vd. el lunes sin falta, como me prometió ayer?

—¡Ah! no señor, no es posible.... el oficial está enfermo.....

—¿Se compromete vd. á hacerme unos pantalones para dentro de tres dias?

—No señor.

De allí dirígese vd. al ministerio; despues de dos horas consigue vd. ver al oficial del negociado:

—¿Se despachó mi asunto?

—No señor.

—¿Habló vd. al ministro?

—No señor.

—¿Podrá vd. presentarme mañana?

—No señor. S. E. no da audiencia hasta el jueves.

Cansado de darpas inútilmente, resuélvese vd. á ir de visita á casa de alguna de sus relaciones. Al subir la escalera, el buho llamado portero, le sale á vd. al encuentro.

—¿Están visibles las señoras? le pregunta vd.

—No señor, han salido.

—¿Estarán en el Prado, eh?

—No señor, están de campo.

—¿Sabe vd. si volverán hoy?

—No señor.

Al doblar la esquina tropieza vd. con uno de sus mas íntimos amigos (al menos así él se titula), que le estrecha muy afectuosamente la mano, y á quien vd., despues de una insustancial y larga conversacion, pregunta:

—¿Apareció por fin mi fray Luis de Leon?

—No, chico, se me ha perdido.

—¿Dijiste algo á tu tio sobre mi pretension?

—No, chico, no he tenido un instante desocupado para ir á su casa ¿qué quieres? estos amores me tienen medio loco, y....

—Cuento contigo para nuestra partida de caza.

—No, chico, me siento algo malo, y no tengo gusto para nada.

Invitado por este apunte, se determina vd. á salvar el sucio umbral de un café con honores de taberna. Llama vd. al mozo, y se entabla el siguiente diálogo:

—¿Hay cerveza?

—No señor, se ha acabado, y han ido á buscarla á la fábrica de Santa Bárbara. (El café está situado al fin de la calle del Meson de Paredes: en el extremo opuesto de Madrid.)

—¿Pero habrá mantecado?

—No señor: se cortó la leche y....

—¿Y agraz frio?

—Se concluyó hace cinco minutos.

—¿Qué diablos hay entonces?

—Toda clase de refrescos menos esos.

—Traiga vd. grosella.

—¡Ah! tampoco hay....

Salida que le trae á vd. involuntariamente á la memoria la posada del sainete donde habia de todo, menos lo que pedian los viajeros.

Sale vd. de allí renegando y echando cada taco que se hunde la tierra; para distraerse de su mal humor no sabe vd. qué hacer: reflexiona, imagina, cavila; por último decide á ir esa noche al teatro. Lee vd. los carteles y ve que echan una comedia nueva. Entonces aprietta el paso, y llega sudando á la rejilla del coliseo:

—¿Hay butacas?

—No señor.

—¿Y galerías bajas ó altas?

—No señor.

—¿Me hará vd. el gusto de darme una localidad cualquiera para la funcion de mañana?

—No señor: porque están vendidas con anticipacion (1).

(1) Otro dia y en un artículo ad-hoc nos ocuparemos de esta y otras embrollas teatrales.

Escenas como estas nos acaecen á todos en Madrid, en esos dias que he llamado nefandos, siguiendo el uso de los romanos: dias fatales en que todos cuantos nos rodean, parecen haber formado una conspiracion, una liga ofensiva y defensiva, para repetirnos á todo: ¡no! ¡no! ¡no! agoviándonos con una granizada tal de *nones*, que no resistiria á sus reiterados golpes la paciencia de un santo. Dias malditos en que si uno fuese por agua al rio, lo encontraria seco, y lloveria en seguida si pensaba ir á los toros: se suspenderia la representacion de una comedia, si tenia billete; ó si se ejecutaba algun espectáculo nuevo como la ascension de Mr. Grellon, se romperia el globo antes que consiguiese ver su gusto satisfecho. ¿Cree vd. que esta dilatada serie de contrariedades, esta abrumadora cadena de *nones*, no merece el nombre que le he dado?

—No señor, porque en ese caso yo que lo niego todo entraria tambien á figurar en la plaga del granizo. Así, me ratifico en lo que he dicho antes á propósito de los aerólitos, sin perjuicio de añadir á las anteriores, las nuevas observaciones que me sugiera el analisis de los *claro-videntes*. Escucho á vd.

—Los *claro-videntes* son la numerosa familia de importunos y entes cargantes (machos y hembras) que tienen el don de perseguirnos cuando mas anhelamos vernos libres de ellos. Diríase que están dotados del sexto sentido, de la segunda vista que se atribuye á los magnetizados. Si vienen á visitarnos, escogen el dia, la hora, el instante en que mas ocupados estamos. Si asistimos á una reunion allí los encontramos; si en medio de la animacion y de la alegría general nos place hablar *sotto voce* á alguna persona, al volver la vista, los divisamos á poca distancia, á veces sentados en la silla inmediata: si vamos de priesa por la calle con ánimo de ver á alguno para un negocio urgente, nos detienen, nos aseguran del brazo, y nos dan un planton de media hora: si en una de estas bellas alboradas de verano nos coge el capricho de irnos á pasear con algun amigo (ó amiga) bajo las sombrías alamedas del Retiro ó de la Fuente Castellana, á nadie encontramos por aquellas soledades y á aquella hora, mas que á algun traidor *claro-vidente*, que contra su costumbre se levantó ese dia á las cuatro, y en lugar de encaminarse por otro lado, se le antojó torcer el rumbo hácia allí, presintiendo que nosotros habíamos hecho igual resolucion. En suma, es tan tenaz y constante la persecucion involuntaria que nos hacen, frecuentemente sin advertirlo ellos ni desearlo, que acaban por convertirse en tácticos censores, en mudos vigilantes de nuestras acciones, en una pesadilla continua, en una espina que llevamos clavada en el alma y que nos punza sordamente cada vez que oímos hablar de su inolvidable persona; espina que nos impele á huir de ellos como el diablo de la cruz, apenas los atisbamos á una legua de distancia, temiendo el granizo que arrojan sobre nuestras ocupaciones, proyectos, ilusiones y placeres. ¿Le parece á vd. que esto es muy divertido? ¿Que encierra alguna utilidad?...

—No hay mal que por bien no venga, y quien bien te quiera te hará rabiar (puesto que el que llora rabia). Tal vez los *claro-videntes* sean los ángeles custodios que Dios ha puesto en Madrid, para evitarnos de un modo indirecto muchos disgustos y pesares. ¿Cuántos flacos servicios no nos hacen sin que nosotros se los agradezcamos, sin que lo sospechemos siquiera!

—¿Está vd. muy atareado consumiendo su inteligencia, su salud y su tiempo en algun trabajo impropio ó ingrato, para luego no conseguir ni honra ni provecho?...

El *claro-vidente* le obliga á vd. á soltar la pluma, á distraerse un rato, y quizá á meditar sobre el poco resultado que alcancen sus desvelos.

—¿Desea vd. en una reunion hablar con alguno ó alguna sobre puntos reservados, que no conviene tratar allí ligera y superficialmente, esponiéndose con su imprudencia á llamar la atencion y acaso á comprometerse y á comprometerla?...

Aparécese el *claro-vidente* cual fatídico Cancerbero, y hiela las palabras en sus labios, los cierra con un triple candado.

—¿Vá uno hecho un azacan, desempedrando las calles, á franquearse con algun egoista, que lejos de secundar nuestro pensamiento, si lo encuentra bueno y puede, lo explotará en beneficio propio, y con esto fin procurará desalentarnos y crearnos dificultades por debajo de cuerda?...

El *claro-vidente* nos entretiene el tiempo necesario para que no le encontremos en su casa.

—¿Vamos bien acompañados á un sitio donde la tenue luz que resbala trémula, lánguida y voluptuosa entre el tupido ramaje, el ámbar de las flores, el murmullo de las fuentes vecinas, la soledad que nos cobija con su manto protector, el silencio no interrumpido mas que por los amorosos trinos de las aves, el rumor del agua que corre por el césped ó salta de guija en guija, y los lamentos del aura enamorada, que

Los árboles menean  
Con un manso ruido; (1).

donde todo, todo inspira ideas, arranques é impulsos propios de la flaqueza humana y de corazones harto sensibles á las bellezas de la naturaleza animadas é inanimadas?...

Preséntase el *claro-vidente*, y el encanto se rom-

(1) Fray Luis de Leon.



pe. Los ojos se abren á la luz, y la razon vuelve á la mente estraviada.

—Así será, repuso Pimienta; pero para mí nada hay mas fastidioso é insoportable que esta especie de granizo. Es peor todavía que el de las lecturas, conciertos y albums, que es cuanto hay que decir.

—Explíquese vd.

—Allá voy: vd. no ignora que en Madrid acostumbran los literatos y los aprendices de literato á citar á sus amigos, doctores y legos, á la lectura de sus obras, particularmente de las comedias y dramas. Cuando estos son buenos, y todos los invitados gente racional, pase; pero cuando los primeros son malos, y los segundos, profanos en su mayoría...

—¡Dios los cria y ellos se juntan! murmuró Alegría.

—Entonces ¡Santo Dios! ¿quién resiste á la granizada de desatinos, escritos y hablados, que allí se escuchan?... Uno de mis amigos, joven de talento, que asistió noches pasadas á una de estas lecturas, cayó al otro día gravemente enfermo y los médicos desesperan de su vida.

—Enterrarle y así escarmentará él y los que queden vivos para no autorizar con su presencia semejantes insultos á las letras, al buen gusto y al sentido común.

—Otro tanto digo de los conciertos caseros: niñas dengosas y melindrosas y almiarados fátuos, después de hacerse rogar dos horas, rascan el piano, ó granzan al fin, desgarrándonos el tímpano con un wals churrigueresco, ó con alguna canción capaz de asustar al mismo Midas, á quien, según la fábula, le nacieron orejas de asno por haber negado á Apolo el premio de la armonía. Cosa curiosa es por cierto, oír la granizada de flocos de los cantantes, interpolada con el pedrisco de aplausos y elogios de los concurrentes...

—No en vano dice uno de los preciosos versos que adornan el foro del teatro de la Cruz:

«La música las fieras domestica,  
y salvajes instintos dulcifica.»

—Paso á los albums; la costumbre los ha popularizado, y no hay niña ni vieja que no tenga el suyo. Hasta aquí nada encuentro de vituperable; pero si que ellas, ya en persona, ya por medio de sus amigos, los transmitan á todo el que bien ó mal fabrica versos; siendo indispensable para que queden contentas, que el desventurado vate las ponga por las nubes, y ensalce su belleza, sus virtudes, su talento, aunque no las conozca, ni sepa qué clase de pájaros son, ni las haya visto en su vida; aunque sean mas feas que Cuasimodo, mas alegres que Mesalina, y mas tontas que su abuela Eva. Y no es esto lo peor, sino que como son tantas y hay tanto boba por el mundo, sus hermanas, tías, primas, sobrinas, cuñadas, parientas en grados remotísimos, amigas, conocidas, y hasta sus domésticas, se creen autorizadas para enviar sus respectivos albums al infeliz poeta, que se encuentra en pocos días con su mesa inundada de un granizo de libretos, que le hacen sudar de frío cada vez que entra allí, y derraman en su imaginación todos los hielos de la Siberia. Los rayos de su genio se embotan en aquella inmensa mole de nieve....

Aquí llegaba don Severo cuando un estallido espantoso le dejó sin aliento para continuar. Un rayo y otro rayo hendieron la bóveda azul del firmamento, y dejando en pos de sí un rastro luminoso, cruzaron el aire derramando en torno la consternación y el espanto.

—¡Santa Bárbara bendita! repitieron los circunstantes con religioso temor haciendo la señal de la cruz.

—Continuemos la exposición de los cuadros vivos, añadió Pimienta haciéndose cruces en la boca, estasiado sin duda por la unción arroboradora de aquellos magníficos versos: contemple vd. el tonel de Danao, aquel tonel sin fondo que pretendían en vano llenar las cincuenta ninfas condenadas á este suplicio; tonel cuya personificación en Madrid es la Bolsa, donde todavía, á

pesar de las cortapisas que la ley ha puesto, se evapora mas de una fortuna. Según afirman los que entienden el negocio, los rayos bursátiles, aunque no tan frecuentes ni escandalosos como antes, todavía infunden respeto, todavía causan estragos de consideración.

Si á estos añade vd. los cuadros de los minotauros, de los gladiadores, de el juicio de Dios, de las trombas terrestres y de las luminarias infernales, esto es, el cuadro de las muchas casas de juego que hay en Madrid, antros infernales, minotauros que devoran la fortuna, el honor y el reposo de las familias; si se pone vd. á contemplar el que ofrecen los gladiadores, es decir, los muchos pendencieros que en la coronada villa, por razones que ellos saben, en las calles, paseos y tabernas se dan de cachetes, de palos ó de navajazos, haciendo partícipes de estos apetitosos bocados al torpe transeunte que cogen por su banda; si considera vd. la facilidad con que en Madrid, donde los duelos están á la órden del día, se ocurren los lances de honor, pues basta pisar á uno inadvertidamente ó mirarle al soslayo, para que se crea ofendido y le rete á vd. á singular combate, empeñado en que el juicio de Dios es el mas á propósito para decidir cuál tiene razon; si al ir por cualquiera de las calles mas concurridas, se siente vd. por fortuna amagado y no herido, gracias á su ligereza, por algun coche, ó llámese tromba terrestre, que arrolla, rompe y despedaza cuanto encuentra por delante, como hemos visto y estamos viendo todos los días; y finalmente, si echa vd. la vista por el reciente bando ó decreto que ha publicado el señor gefe político para poner coto al sinnúmero de incendios, verdaderas luminarias infernales que se encienden por sí solas (1) é iluminan de día y de noche el gozo y satisfacción que rebosa en nuestros corazones, acaso se forme vd. una idea aproximada de esos espantosos y fulminantes meteoros que están siempre suspensos como la espada de Damocles sobre la cabeza de los habitantes de Madrid, y que pueden reducir á ceniza en un minuto su fortuna, su honra, y hasta su mísera humanidad.

Tristísimo era el cuadro de los cuadros vivos, trazado por don Severo y muy amargas reflexiones despertaba; pero hay gentes de natural murmuradoras,

«Que de todo hacen burla á todas horas,  
Que se reirán de Villena mismo,  
Evocando los diablos del abismo;

al decir de Espronceda, y nuestro hombrécillo pertenecía á ese número.

—Por supuesto, respondió, que el tonel de las hijas de Danao (imagen de la Bolsa) en el mero hecho de no tener fondo, está indicando que los que van á satisfacer en él su sed de dinero, lanzándose á especulaciones ilegales y de éxito problemático, tienen desahucados los cuartos superiores de la cabeza donde reside la razon, ó llevan los bolsillos mas limpios que una patena. Ergo, ó son locos ó fulleros. En el primer caso, el loco por la pena es cuerdo; y en el segundo, el fullero, á quien sus anteriores estafas habilitaron para crearse tal vez una fortuna, quebrantando el séptimo, traicionado por la suerte, engañado en sus cálculos y cogido en sus propias redes, porque el que á hierro mata á hierro muere, contra su voluntad vuelve á ser hombre honrado, devolviéndole á otro lo que escamoteó mejorado en tercio y quinto.

Los minotauros (emblema de las casas de juego) son utilísimos bajo mas de un concepto. Una de las cosas mas difíciles en las grandes capitales es llamar la atención del público, hacerse célebre aunque sea por breves instantes. Pues bien; los que frecuentan los minotauros lo consiguen con la mayor facilidad y cuando menos lo esperan. Una noche se sopla la policía cual nuevo Teseo en su guarida, y los atrapa con el contrabando en la mano; toma nota de sus nombres que al otro día salen en la Gaceta; las cien trompetas de la fama, los periódicos, de todos colores y matices, grandes y chicos, matutinos y vespertinos, que en cuestiones de esta especie, en tratándose de favorecer al prógimo, siempre están completamente de acuerdo, se apresuran á darles cabida en sus columnas; y á las 24 horas todo Madrid, y á los tres ó cuatro días toda España, conoce los nombres y apellidos de los inclitos varones y respetables matronas, que fueron sorprendidos en la noche, casa, piso, número y calle que á continuación se espresan. Dirá vd. que esta celebridad tiene sus inconvenientes; á lo que yo contestaré que no hay gloria sin espinas, ni reputación por legítima que sea en la que la maledicencia y la envidia no claven su ponzoñoso diente, porque tal es la miserable condición de las cosas humanas, hasta de las mas santas y sublimes.

En lo que respecta á los gladiadores y al juicio de Dios (trasunto de los pendencieros de alta y baja ralea) me permitiré hacer notar á vd. que la lógica de los puños, del plomo y del acero es la mas fácil, la mas convincente y eficaz. ¿Quién resiste al poderoso argumento de un puñetazo aplicado con brio en la nuca ó en la boca del estómago? ¿qué orador, por grande que sea su elocuencia contesta dignamente al victorioso dile-

(1) Los periódicos han asegurado que existe una sociedad de ladrones-incendarios, organizada con el objeto de promoverlos, á fin de aprovecharse de la confusión y desorden consiguientes para perpetrar con mas seguridad sus robos. Y luego dirán que la industria no hace rápidos progresos en España!

ma que le ofrece un puñal ó un sable, que amaga herirle de punta ó de filo?... ¿quién, por mas sábio que sea alcanza á contrarestar las incontrovertibles razones que bullen en el cañon de una pistola?... y como á menudo sucede que los hombres discutiendo en otro terreno y con otras armas menos enérgicas, jamás llegan á entenderse, la historia nos demuestra, la razon nos dice, y la experiencia diaria nos enseña que la lógica de los puños, del plomo y del acero es la mas fácil, la mas convincente, la mas eficaz y útil para dirimir toda clase de disputas y agravios, atendida la terquedad, la soberbia y las pasiones ciegas y fogosas del hombre.

En lo que atañe á los coches, no sé por qué se grita tanto contra ellos y sus dueños. Trasládese vd. á la edad media, y recuerde lo que hacían los señores feudales. Es así que hoy los que los gastan, pertenecen á la aristocracia de la sangre ó á la del dinero; y en nuestro siglo, en que el culto del oro se ha erigido en sistema, el que tiene dinero está autorizado para todo, según dicen: las leyes no se han hecho para él, sino para la ignorante y abyecta plebe que vá á pié, debiendo advertir á fuer de imparciales, que los esbirros de policía, torpes, pesados, y miopes por naturaleza, aunque quisieran no podrían alcanzar á los que andan siempre á galope; y en suma, si las mencionadas trombas rompen un brazo ó una pierna á este, ó despachuran á aquel, que haya un manco, que haya un cojo,

«¿Que haya un cadáver mas qué importa al mundo?» (1)

¿Al fin no hemos de morir todos? ¿Mas tarde ó mas temprano? ¿De muerte natural, asesinados, ahogados, achicharrados, estrangulados ó fusilados?... ¿Qué importa, pues, que las trombas nos ahorren la molestia de escoger el modo y anticipen el fatal momento inevitable?...

Las autoridades nada tienen que ver con eso; mucho mas cuando en cuestiones de conveniencia pública, son partidarias acérrimas de la fecunda máxima tan recomendada por los economistas: *dejar hacer, dejar pasar*. Ahí están los médicos, cirujanos y boticarios, que entienden de esas cosas, para que las arreglen como sepan ó puedan, y cosechen los frutos de la ilustrada tolerancia del gobierno. Es preciso proteger las ciencias, y sobre todo las ciencias médicas tan descuidadas hasta ahora poco en nuestra patria.

De las luminarias que á vd. le place llamar infernales, no hablemos: todos los días estamos oyendo quejarse, ora de la exorbitancia de los alquileres de las casas, ya de su pésima construcción; ora del disgusto general y de la atonía en que nos tienen sumergidos los hombres, los acontecimientos y las cosas.... de Madrid, ya de la escasez de luces y de la indolencia del pueblo español; y no agradece vd. que la casualidad ó los diablos hagan volar esos viejos palomares, para que los propietarios tengan un rato divertido por lo pronto, y luego (si escapan vivos) se vean obligados á construir otros edificios mas cómodos y decentes?... Al fatídico son de las campanas que tocan á fuego ¿no vé vd. ponerse en movimiento, animarse, interrogarse, apiñarse y correr la muchedumbre á distraerse de sus penas, contemplando los estragos del incendio? y por último, al ardiente resplandor de las llamas que asoman serpeando por los techos y balcones ¿no cree vd. estar viendo iluminadas, bañadas en un piélagos de luz, las caras y cabezas de todos los españoles allí reunidos, niños, adultos y viejos, machos y hembras, altos ó bajos, pobres ó ricos?

Iba Pimienta á contestar, cuando vió venir un coche vacío que se dirigía á Madrid. La facha del vehículo, del cochero y del caballo manifestaba que los tres eran de alquiler, y que no podían con sus huesos; pero como continuaba lloviendo á cántaros y por aquellas alturas no era fácil encontrar otro, don Severo se apresuró á llamarle, diciendo á su cofrade:

—Por el camino discutiéremos la plaga octava, titulada: *La langosta*.

Yo que vi que se me escapaban á lo mejor del cuento, recapacité un segundo, y con la extraordinaria lucidez que nos comunica un peligro cercano, conocí que el único medio de no separarnos, era asociarme espontáneamente á ellos.

En consecuencia, llevé las dos manos á los bolsillos del chaleco primero; á los de los pantalones luego, en seguida á los del gaban, y paseé velozmente los dedos por sus insondables profundidades.... Mas ¡ay! ni siquiera una pieza de dos maravedises encontré... O me había olvidado de traer dinero, ó lo había perdido, ó me lo habían robado en el ventorrillo; ó bien, ni se me había olvidado, ni lo había perdido, ni me lo habían robado, sino que solo tenía (en casa) billetes de banco, y por no cambiar....

—No importa, me dije, *audaces fortuna juvat!* y me fuí derecho á ellos con la resolución de un picador y me aguijoneado por las pullas é invectivas de los espectadores, se aventura á ir á picar al toro al medio de la plaza.

—Caballeros, les dije encarándome con el señor Pimienta, he salido de paseo y me encuentro aquí detenido por la misma razon que vds. ¿Tendrían vds. la bondad de cedermé un asiento, pagándolo, en ese carruaje?...

(1) Espronceda.



—Es que solo tiene dos, refunfuñó el viejo con muy mal gesto.

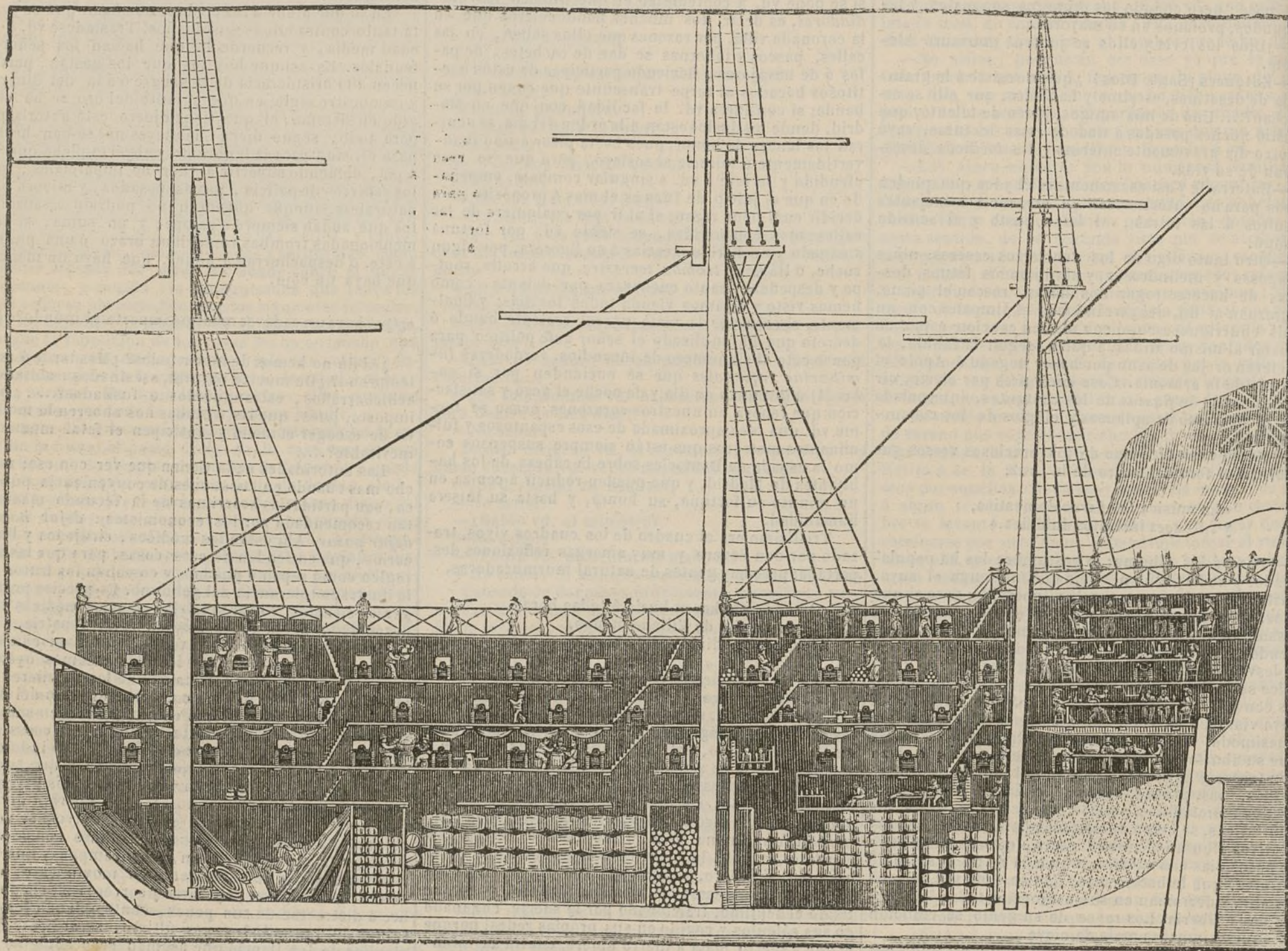
El bueno de Alegrete, tuvo la benevolencia de enmendar la grosería de su compañero, contestándole:

—Bien, pero como el señor y yo somos diminutos, apenas ocuparemos el lugar de uno, y estrechándonos un poco....

—Por mí no hay inconveniente, replicó don Severo midiéndome con la vista de arriba á abajo, y de hombro á hombro;—yo me oponía únicamente por la comodidad de vd., pero puesto que vd. se conviene ten-

se eleva por encima de las aguas, y que parece acrecentarse mas á medida que se va aproximando. Las líneas elegantes que forman las junturas de las planchas, la triple batería de cañones con que aparece, las gruesas cadenas de hierro que sirven para amarrar el navío en el puerto, el áncora de esperanza en el centro del navío colocada al pié del gran mástil, los mástiles, las velas desplegadas al viento, los soldados y los marineros que se presentan tan pequeños sobre cubierta, todo esto forma un cuadro, que una vez visto, no puede ya borrarse de la memoria.

diendo aplicarse á un número mucho mayor de objetos que aquellas, pues á mas de construirse con ella pavimentos finos y ordinarios, por su tersura, que la permite rivalizar con el mármol, se presta á sustituir dignamente al jaspe para lápidas de todas dimensiones, frisos, fachadas, molduras, y toda clase de adornos. Su impermeabilidad multiplica el inmenso número de sus aplicaciones. No hay seguramente otra materia mas propia para guarnecer algibes, lavaderos y acueductos, y no entrando en su composición ninguna sustancia nociva, y siendo por otra parte indisolu-



Navío de guerra inglés.

dré mucho gusto en que este caballero nos acompañe. Yo les dí las gracias, y fui á apoyarme en la puerta en tanto que se aproximaba el coche.

Entonces el maldito viejo, como si hubiese adivinado el estado de mi bolsillo, dijo á media voz á su compañero:

—Ya tenemos dos tipos para la plaga de la langosta.

—¿Qué son?..

—Ese advenedizo y el auriga.

Si mis benévolo lectores, (con los malos no hablo nunca) tienen curiosidad de saber lo que pasó en el coche y como nos las compusimos antes de ocuparle, en la ocupacion y despues de ocuparle, fuerza será que se tomen la molestia de echarse al colete la plaga octava: en esta me es absolutamente imposible contárselo, pues podría acaecer que las plagas de Egipto en Madrid á causa de su mucha estension, se convirtiesen en una verdadera plaga para los lectores, y sobre todo, para las lectoras de LA SEMANA. Por fortuna, ya solo quedan tres y ninguna será tan larga como la presente.

(Se continuará.)

ALEX. MAGARIÑOS CERVANTES.

## MARINA.

### UN NAVÍO DE LÍNEA INGLÉS.

Nada tan magestuoso y bello como un navío de línea de ciento veinte cañones; no se puede menos de quedar admirado el aspecto de esta masa enorme que

Sin duda, algunos de nuestros lectores habrán visto en nuestros puertos buques de línea española. El dibujo que presentamos les permitirá comparar su distribución con los de las embarcaciones de Inglaterra. Como entre nosotros los navíos de guerra se dividen en muchas clases. Los de primera clase se llaman navíos de línea, porque forman la línea de batalla en el momento de venir á las manos con el enemigo. Los navíos de línea se dividen en muchas categorías; la primera categoría se compone de los navíos armados de cien cañones ó mas, y de 830 hombres de tripulación ó mas; la segunda de los navíos armados de 90 á 100 cañones, y de 630 á 700 hombres de tripulación; la tercera se compone de los navíos armados de 60 á 80 cañones, y de 600 á 650 hombres de tripulación. Los navíos de línea que tienen menos de 44 cañones, llevan el nombre de fragata. Este nombre se da también á bajeles, con número mayor de cañones; pero esta distinción depende de la forma y de las disposiciones adoptadas sobre la embarcación.

La lámina que acompañamos representa las disposiciones interiores del navío, las diferentes situaciones de los camarotes, las divisiones de las baterías y sus respectivas comunicaciones.

## PASTA-PIEDRA.

La pasta-piedra es una importantísima invencion debida á los multiplicados y concienzudos ensayos de don Juan Francisco Suarez, quien ha obtenido por ella privilegio esclusivo por diez años. Esta pasta, por su hermosura, baratura y consistencia, está destinada á reemplazar con una ventaja inmensa cuantas composiciones análogas se han empleado hasta el dia, pu-

Me, es escelente para cañerías destinadas á la conduccion de agua potable, pues esta, en su contacto con la pasta-piedra, no sufre la mas mínima alteracion. Por las mismas cualidades que acabamos de mencionar puede sacarse de la pasta-piedra un partido muy ventajoso para la revocacion interior de hospitales, colegios, cuarteles, cárceles, fábricas, presidios y todos los grandes edificios que sea preciso mantener en estado de limpieza suma, para que no se conviertan en focos de infeccion ó insalubridad. El color de la pasta-piedra es gris, ó negro. Puede, sin embargo, tomar la pasta otros colores permanentes, con tal que sean oscuros.

Para los pavimentos finos y ordinarios los precios son fijos, pero sumamente módicos (1).

Las muestras, con todas las esplicaciones que puedan apetecer los interesados, se hallan en casa del inventor, Carrera de San Gerónimo, núm. 11, cuarto principal, en Madrid.

También puede verse un trozo en el piso del café del Espejo, ó del Iris; y en mayor escala en el nuevo mercado de San Anton.

(1) No pasando de 50 varas superficiales, á 17 rs. cada una.  
Hasta 100, á 16.  
Hasta 200, á 15.  
Hasta 300, á 14.  
Y pasando á precio menor y convencional.





## MINAS DE COBRE.

Los antiguos alquimistas, en sus obras alegóricas, imaginaron dar á los metales el nombre de astros; para ellos el oro fué el sol, la plata la luna, y como el cobre les pareció que debía ocupar el tercer lugar, se consagraron á Venus y le dieron el nombre de este planeta.

El cobre tiene cualidades de verdadera utilidad; todo el mundo conoce sus usos multiplicados, y después del oro y la plata es el mejor metal. Una barra de cobre cubierta con una hoja de aquellos metales se convierte en hilo mas delgado que los cabellos.

Casi todos los países de la tierra tienen minas de cobre, pero la mayor parte de estas minas á penas merecen que sean explotadas. Los países que poseen las mas abundantes son en Europa, la Suecia, la Inglaterra, la Siberia y la Hungría.

Las minas de Inglaterra son las que dan un producto mas considerable de este metal. Una de las mas ricas está en la isla de Anglesey. La de Batallack, que es la que representa nuestro grabado sin ser una de las mas importantes de la provincia de Cornuailles, es notable por su situacion pintoresca; en

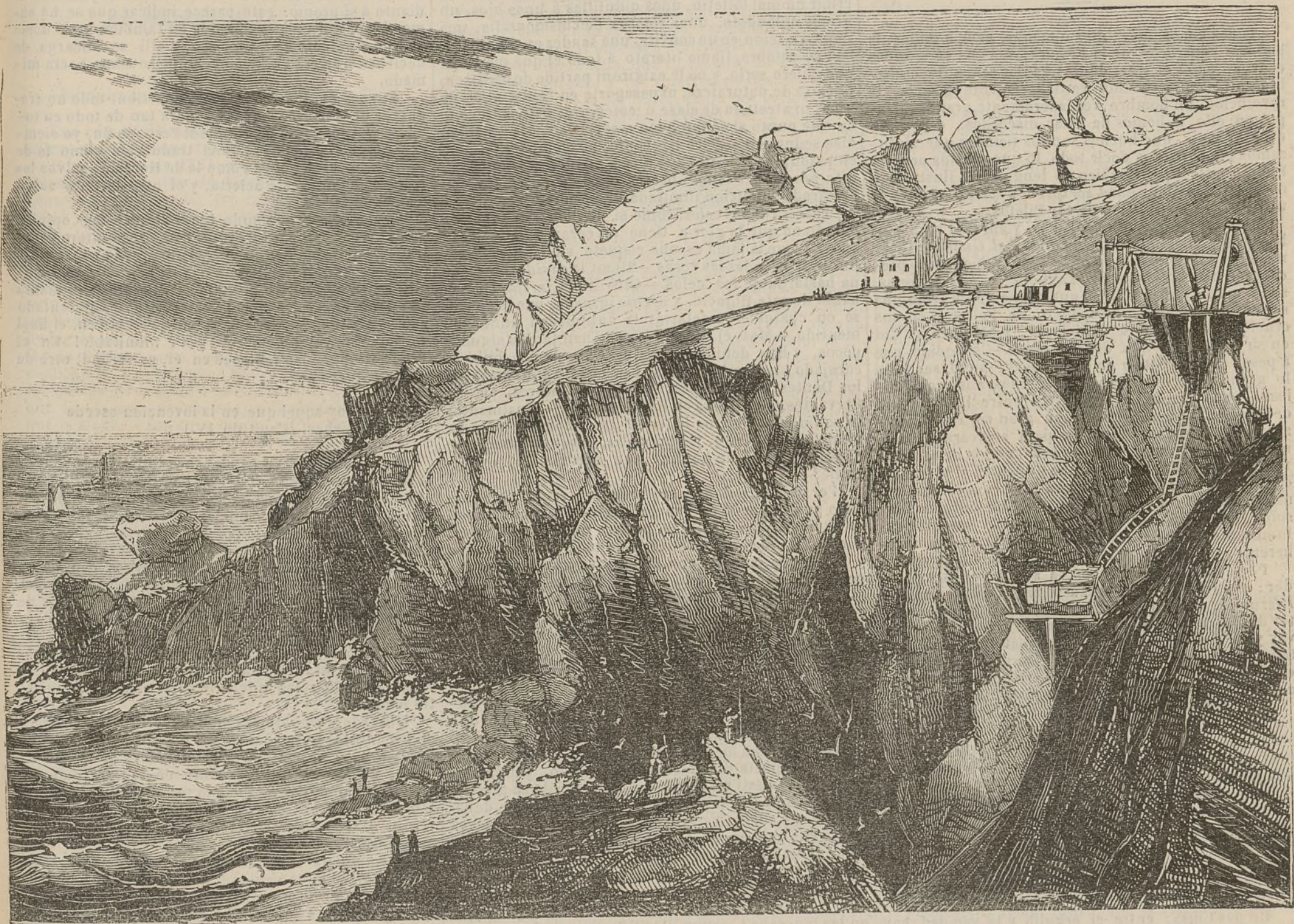
mas adelantados en agricultura, no nos hemos quedado tan atrás en esta como en otras aplicaciones, gracias al celo patriótico de la junta de comercio de Cataluña. Confirmada por los ensayos de propietarios entendidos, á quienes en 1844 le suministró gratuitamente y por los del catedrático del jardin botánico agronómico de Barcelona, don Manuel Colmeiro, y los del de Valencia don Joaquín Carrascosa, la escasecia de este fertilizante, España que en punto al cultivo del campo no avanza con la conveniente rapidez, pero que tampoco permanece estacionaria tratándose de innovaciones, cuyos efectos son incuestionables, ha admitido el guano, cuyo uso por el litoral del Mediterráneo se ha extendido hasta el punto de consumir cien mil quintales en el año último. Este guarismo que dice tanto contra los que creen á nuestros labradores poco menos que estúpidos, porque no adoptan sin discernimiento agenas prácticas, ha despertado desgraciadamente la codicia del fisco considerando á este abono como materia imponible, y exigiéndole un tanto de entrada.

Perjudicada en esto la industria agrícola, y perjudicada doblemente por la necesidad de presentar este objeto á una aduana de primer orden cuando antes se descargaba en cualquier punto de la costa, cuyo gra-

dáveres de los anfibios que van á morir á dichas islas. Parece increíble, y esto atestigua el número prodigioso de dichas aves, y el de siglos que habrán mediado, que algunas de las islas están cubiertas en su mayor parte con una capa de muchos pies de espesor, capa que se extrae en cantidad asombrosa, y es el abono mas rico.

Chinche, Ilo, Iza y Arica en el mar del Sud, de que los antiguos Incas sacaban mucho guano para fertilizar las estériles costas del Perú, fueron las primeras que se conocieron como manantiales de esta producción, y ya en el año 1810 se usó con éxito admirable en las plantaciones de café de Santo Domingo. Las dificultades de la navegacion tenían reducido este tráfico á pocos barcos, á que se daba el nombre de guarneros; pero después que el baron de Humboldt remitió á Europa algunas porciones, y sobre todo, desde que en 1841 llamó lord Stanley la atención de su país en un discurso que pronunció en la junta de agricultura de Liverpool, se apoderó el comercio de este nuevo ramo que se le ofrecía, y trasladó desde el Perú en los dos años siguientes 28,000 toneladas.

La necesidad de doblar el cabo de Hornos, que tanto encarece esta materia, fué causa de que se buscara



Mina de cobre en Batallack.

la mayor parte de las minas, la entrada se encuentra al nivel con el suelo, lo que impide presenciar el trabajo de los mineros.

Los primeros tiempos de la industria aparecen oscuros y el que pretenda remontarse mas allá del segundo ó tercer siglo corre el riesgo de estraviarse con las fábulas que carecen de apoyo y de autoridad.

## DEL GUANO.

Esta sustancia compuesta de los excrementos, plumas y restos de aves acuáticas, cuyo conocimiento se nos debe al conquistar el Perú donde sus naturales le empleaban para el abono de las tierras mas pobres, comenzó á venir á Europa nueve años ha. Distó tanto que se había dudado hasta entonces que la utilidad de esta materia pudiera sufragar los gastos de su larga travesía. Pero cuando sus repetidos análisis y los felices resultados de multiplicadas esperiencias, han fijado con exactitud la preferencia que lleva en cantidad determinada á los demas abonos, ha adquirido un valor comercial que no solo ha dado lugar á explorar parajes donde tambien pueda existir, sino á que se haya empezado á fabricar en Europa.

A pesar de su reciente introduccion en los países

vámen trae consigo el considerable de su transporte por tierra á los puntos marítimos, donde desde luego habria quedado, la junta del ramo y la de comercio en Valencia han espuesto la conveniencia de suprimir el derecho impuesto á un efecto, que ni por su volumen, y por su estado pulverulento, ni por su fetidez, es el mas á propósito para figurar en el arancel ni en las aduanas, ni admite por su valor ningun recargo. Apoyadas ambas corporaciones por la seccion correspondiente en el consejo real de agricultura, industria y comercio, de esperar es se restituya á este artículo la libertad que disfrutó y necesita, si no se ha de desterrar de nuestro país este abono, si no se le ha de privar de los beneficios que le produce.

Son conocidos en algunas provincias los medios de aprovechar los excrementos, ligurando entre ellos la palomina y los del murciélago que abundan en algunas cuevas calizas, pero nada es esto para lo que nuestra agricultura necesita.

Felizmente esta misma sustancia, tan apreciada y buscada en nuestro suelo, existe con abundancia y en el mejor estado de preparacion en varias islas desiertas, en que varias aves acuáticas no solo dejan sus materias fecales, sino tambien los desperdicios de los peces y demas objetos de que se alimentan, y sus restos. Y todavía estas materias se acrecientan con los ca-

en sitios mas próximos, logrando hallarla en algunas islas del Sud de Africa, de donde se han extraído enormes porciones, merced á la proteccion del gobierno inglés, que concedió medio por ciento de prima á los buques que se empleasen en este tráfico.

Ha adquirido tanto crédito este abono, y es tan peligrosa la navegacion de las costas africanas de él cubiertas, que se fabrica, resultando, aunque inferior al natural, muy superior al abono mas activo de los generales.

La importancia que le han dado nuestros agricultores del Levante, cuando no fuera los efectos que ha producido en Inglaterra, adonde vino primero (en lastre), y después en Francia y otros países, digna es de llamar la atención de nuestros labradores.

Sensible es, sin embargo, que á pesar de su abundancia (pasa de 50 pies la capa que cubre muchos puntos) se prevee el fin no lejano de una adquisicion tan preciosa para el cultivo. ¡Tamaño es la porcion que extraen los ingleses y franceses!

Tres veces tan activo como la palomina, y 70 á 80 como el estiércol de caballeriza, concíbense desde luego sus ventajas. Es menos su coste (40 rs. el quintal catalán) es considerable la economía de su transporte y su brevedad, y rápida la vegetacion de las plantas á que comunica un vigor extraordinario, aumentándose



tambien los productos. Pero no aprovecha igualmente que á los de riego, por su escasa fortaleza, á los de secano.

Gustosos nos detendríamos sobre este punto, y el modo de usar el guano, refiriéndonos á los ensayos practicados por el director del jardín botánico rural de Valencia, si nos hubiéramos propuesto otra cosa que generalizar el conocimiento del guano, tan nuevo, no solo en nuestro país, sino en Europa, como hemos indicado, y de la importancia bosquejada. Lástima que á ninguno de nuestros compatriotas que veían fertilizar con él las áridas costas del Perú, y dar ricas cosechas de maíz á extensos arenales, se le haya ocurrido en tantos tiempos dotar á la agricultura española de tan precioso fertilizante, y al comercio de un ramo lucrativo de riqueza.

Los agrónomos que deseen pormenores sobre el uso de este abono, pueden ver la entrega 122 del B. O. del ministerio de Comercio, que publica las observaciones de los catedráticos de agricultura de Barcelona y Valencia.

### VANIDAD LITERARIA.

Todos conocemos, mas ó menos, peor ó mejor, la historia superficial de la Francia; mas no sé si todos convendremos en que, de los gaulas acá, solo ha habido un acontecimiento verdaderamente grande, la revolución, un hombre verdaderamente grande, Napoleón; ello, si hemos de estar discordes, diga cada cual lo suyo, que buenos son los tiempos que alcanzamos en cuanto á decir todo lo que se nos ocurre. Por mi parte (que tambien la tengo en la ilustración de los que callan) *quod scripsi scripsi*, y esta es la última cita que hago del pretor Pilatos.

Pero otros siguen la contraria, y ahí está para embeleso suyo la famosa época de Luis el Grande. Dejémosle el sobrenombre, como si no hubiera sido predecesor de mademoiselle Taglioni en sus piruetas, sucesor de Clodio Albino, que comía de un tirón una redada de pescados, compañero de Felipe II en sus crueldades de amante desdenado, y parecido al Cid en su ignorancia que nos cuentan. Concedido que á pesar de todo esto y de otras cosas, pudo ser todo lo grande que quisieran hacerlo esos austeros Boileaus, que escondiendo el látigo entre los pliegues del ropaje, se deshacían con su gran rey en alabanzas nauseabundas, diremos, para acercarnos ya á nuestro objeto, que entre los ornamentos de la corte francesa se hallaba, hecho una protesta, el moralista cejijunto Mr. de la Rochefoucault. El cual con esa genial desenvoltura que alardean comunmente los filósofos, recorrió, aunque á medias, la cortina deslumbrante de aquel gran teatro tan vario, tan incoherente, tan abigarrado como sea posible imaginarlo.

Por donde Voltaire acabó va á empezar este pecador: quiero decir (no les asuste mi verosímil *vanidad literaria*), que por el juicio reductivo con que el autor de *Zaira* calificó las máximas de la Rochefoucault, voy yo á entrar de rondón en mi materia. —Dijo Voltaire, que el tal autor no tenía sino una verdad en su curioso libro, y que esa verdad era la siguiente: *El amor propio es el móvil de todas nuestras acciones*.

Y en ley de verdad, que una vez examinada esta inmoral paradoja, no sé yo si se quedaria miembro alguno de la concordancia con que la bautizo; y ni sé si habríamos de confesar, que en nuestra flaca naturaleza y en nuestra todavía mas flaca razón, todos los vicios y virtudes proceden del Adán del egoísmo.

Su Cain es el orgullo, predestinado á matar de un quijadazo á su hermanito el Mérito. Triste es, pero es cosa sabida, que aunque formado el hombre á imagen y semejanza del Ser perfecto, quedó con el stigma de la imperfección, que fué toda la conquista de su orgullo!

Un paso mas: entre el orgullo y la vanidad hay (hasta en el sexo) la misma diferencia que entre el hombre y la mujer, en la suposición de que cada uno estuviera á pie firme en su carácter, y no fueran ambos por desgracia hermafroditas; esto es, si la mujer no fumara, montara, versificara, gobernara, enamorara, especulara y hasta tirara la pistola; y si el hombre no llevara abanico, corsé, rizos, perfumes y todo el atuendo de desmayos, galantería afeminada y atildamiento femenino: hay tambien entre el orgullo y la vanidad la diferencia de entre la fuerza y la impotencia, enervada la una y esforzada la otra hasta ponerse poco menos que á nivel: el orgullo revela el algo, la vanidad denuncia la nada; y aunque diversas ambas pasiones, todavía los cosmógrafos no han fijado sus fronteras naturales, resultando invasiones frecuentes y oscuridad de derechos.

Se ha dicho que la Inglaterra tiene orgullo, la Francia vanidad; pero esta distinción para mas pensada, y la dejaremos en su empiezo, como esas naciones han dejado algunas de sus empresas mas notables.

Haciendo cuerpo comun de la vanidad y el orgullo dividiremos á sus enfermos en crónicos y agudos, y sobre todo en enfermos ilustres, y enfermos... como si dijéramos *animas viles*; si la enfermedad fuera un poco menos averiguada, haríamos tal cual experimento en estos tales, cuyo hospital es abundante; pero tampoco no había de aprovecharnos porque ¡son tantas las variantes que comparados con los otros, presenta en su temperamento, en su constitución, en

sus antecedentes, en su método de vida, en todos sus accidentes patológicos! Todos ellos debieran curarse por específico, todos padecen de apoplejía de fatuidad. —Es el orgullo en ellos petulancia, es en ellos la vanidad coquetaria; nada hay finalmente de comun ni parecido entre los pocos hombres á quienes su generosa naturaleza ó su buena fortuna presta motivos al llamado noble orgullo, ya que no á la indisculpable vanidad, y las despreciables y numerosas medianías que, por decirlo así, se crean la vanidad, sacándola del polvo, dioses de irrisión y de irritante estupidez.

No pueden estos formar fila en el taller de cuadros en restauración: ni, ¿para qué habian acaso de corregirse? ¿No principian por hacer profesion de impenitencia? ¿No son de suyo *inmejorables*? Dejémoslos, pues; solo Dios que los crió puede saber su utilidad en la tierra, y en nosotros no cabe sino sufrir la calamidad perpétua con que el autor de todo ha querido agravar nuestra misérrima condición.... y punto en boca que son muchos los enemigos.

Los literatos son ya harina de otro costal y aun diferente harina. Hablando en moderno, entiendo por literato, no solo al que conoce alguna literatura, sino al que no conoce ninguna, con tal que sea poeta, ó con tal que no lo sea; pero que acierte á escribir un mal folletín, unas quintillas á unos ojos, un drama aplaudido, unos retazos de chismografía, una improvisación en un convite, una sandez en un album; en una palabra, llamo literato á todo el que me diga que quiere serlo, y no le exigiré ni partida de bautismo ni carta de naturaleza, ni pasaporte en regla, ni fé de sexo, ni atestado de clase ó categoría: hemos llegado en este punto al comunismo mas cordial, á la igualdad mas seductora. —Pero hablando, no en moderno, sino en razón, los literatos son pocos, sus defectos muchos, *vita brevis ars longa*; breves ellos de enumerar, su apicarada condición ilimitada de estudiar.

Base suya los celos, como si no debieran saber de antemano que la gloria tiene un corazón muy espacioso, y que la fama es una coqueta, sin siquiera buena elección todas las veces. —Item: la envidia, hermana bastarda de los celos. —Otro sí: la irritabilidad: habló de esta Horacio, y escosa juzgada, puede ponerse en cualquier recetario; la antigüedad nunca ha mentido. —Mas: el orgullo: este lo han tenido algunos pocos, y han debido tenerle muchos menos: hubiera encajado bien en los sábios, y en cuanto á literatos en los Dantes, en los Lopes, en los Shakespeares, en los Cervantes, etc.; ¡pero en los Moratines! —Finalmente; la vanidad ¿quién no la tiene? ¿mas cuánto no la ha vituperado Voltaire, y con razón, desde el momento de atisbarla de un hombre tan superior como Corneille?

Por mas difícil que sea reducir á reglas este último punto, puede en general decirse, que la vanidad es literaria y no científica, poética mas que literaria, poética mas que poética, y de todos modos clásica y romántica, aunque con diverso empaque. Hay excepciones honrosas, esto es, hay vanidades bien empleadas, hay hombres verdaderamente ilustres con vanidad, copas de ágata con cerveza alemana.

Allá van citas en desorden: citas, porque hoy nadie cree á nadie sino en la parte que le conviene; en desorden, porque los desahogos no deben ser metódicos como las convalecencias.

Ovidio era buen poeta, escritor erótico como pocos, mas atractivo que el mismo Horacio, mas útil que casi todos los del siglo de Augusto, un tanto cuanto de enamorado á lo Tasso segun trazas, desterrado como Dante, poeta didáctico como Virgilio, y didáctico verde como Casti y Lafontaine, rebajado de su merecida fama como Lucano y Séneca, esos pobres reos dena- cionamiento, y como Gracian, ese asendereado reo de lesa palabrería: era, en fin, el pobre de Ovidio un poco adulador al estilo de Horacio y de Boileau, y en postrer un poco enciclopédista (pero solo en verso) como el mismísimo Voltaire. Amaba sus defectos como un enamorado los de su enemigo natural, la mujer, y eso que no los ignoraba, segun dice Séneca; no alcanzaban á corregirle sus amigos, prenda grande si se dedicara á histrión como entonces se decía; improvisaba de lo lindo como se improvisan hoy las reputaciones y las fortunas, y aunque digno de la inmortalidad, se lo sabia tanto, que no dejó nada que exagerar á sus admiradores: *Jam canitur tota nomen in urbe meum*: ¡qué fortuna! —Pero sobre todo su *laus in ore proprio* está vivito en la elegía X del libro IV: empieza dirigiéndose á la posteridad, y afortunadamente que ha llegado la carta á su destino: ¡mas vale así! su primera palabra es á guisa de *Eneida*, *Ille ego qui fuerim*. Vienen despues varias menudencias adorables, y acaba deritiéndose en cumplimientos con su Musa, á quien debe tanto.... ¡tanto!

In medioque mihi das Helicone locum.

Tu mihi (quod rarum) vivo sublime dedisti.

Nomen ab exequiis quod dare fama solet.

Cumque ego preponam multos mihi, non minor illis.

Dicor; et in toto plurimus orbe legor.

Horacio es otra cosa: este ya no tuvo la mala suerte de ser desterrado en vida y asateado por Tiraboschi en muerte: para él fué la vida un tejido de azul y plata: allá se componia él con sus sátiras que no levantaban grande racha, con sus cortesanas (vulgo.... pero no hay permiso de decirlo en castellano), con sus adulaciones, y en fin, que nunca le hacia los versos la

indignación como á Juvenal: por adular se adulaba á sí mismo, claro es, la caridad bien ordenada.... Léase, que es gustosa, su Oda I del libro I, allá desde el verso *Me doctarum*, en donde el orgullo lo pone como un Baco, esto es, coronado de yedra. A otro libro (el II, Oda XX), y le veremos metamorfoseado en cisne: sabido es, aparte las ficciones, como canta este ente de los tres elementos. Pásese al libro III, Oda IV, y se le verá mano á mano con Caliope, lleno de *amabilis insania*, como él dice. Adelante, y lleguemos á la XXX del mismo, y nos las habremos con Melpómene, y mediremos (por la sombra que proyecta) al elevado autor, duro como un bronce, espigado como una pirámide de Egipto, y modesto si los hay; léase toda la Oda, porque no hay palabra perdida, y tarde nos veremos en otra. Un poco de aliento, y estamos en el libro IV, Oda III, y por variar de Musa con Melpómene otra vez: aquí ya es el autor señalado con el dedo. Y sin salir del mismo libro, pero saliendo de Oda, y yendo á la IX, ahí le tenemos con Lolio, á quien dice que no pase pena por la inmortalidad, que allí está él para darle un pellizco de la suya propia. Si nos decidimos, en fin, á abrirle la correspondencia, veremos la Epístola XIX, en que llama borracho á Homero, reses á los imitadores, é imitador y mal estudiante á sí propio: esto parece indicar que se ha enmendado; pues no, la Epístola es tambien *pro domo sua*; la siguiente es á su libro, y allí se encarga de decirnos que era chiquito y colérico como poeta mimado.

Burgos es, en el punto en cuestión, todo un traductor de Horacio; ¡si se le pegara tan de todo en todo el estilo como la vanidad! Pero, en fin, yo siempre tengo por mas obra una traducción como la de Burgos, que una obra como la de Horacio, salvos los casos de cuando este acierta, y el otro dormita sobre los comentadores.

Cervantes sí que pudo tener alguna mas opinión de su ingenio, que la de tantos como se abultaron contra todo arte de buen juicio y de modestia conveniente: ¡con cuánto del disimulo y de la gracia nos manifiesta en su satírico prólogo del Quijote la confianza que ponía en su trabajo! ¡Con cuánto del desenfado y de la vanidad satisfecha se nos presenta en el final de su obra, tal como él era, inimitable! En el *Viaje al Parnaso* tenemos en él, es verdad, otro de los de *Ille ego qui*.

Yo soy aquel que en la invención escude á muchos. (Capítulo IV.)

Pero donde tienen su alabanza todos los tantos de la turba perpetuada por Cervantes, ¿no habia de tener él un lugar aun como poeta? ¿No hemos de conceder algo á un autor de tan modestas pretensiones como son las de contentarle por honra principal de sus escritos el soneto «Voto á Dios que me espanta esa grandeza»? ¿No hemos de congraciarnos con quien dice candidamente de sus comedias que le parecían dignas de alabanza á no ser suyas? ¿No hemos de conceder al autor del *Quijote* el mérito dudoso de la *Confusa* con solo oírle que bien puede tener lugar señalado por buena entre las mejores? ¿No hemos de consentir al libro, tal vez mejor escrito de entre todos, la calificación que él le dá de el mejor de nuestra lengua?

Quevedo, como quiera que es para mí el primero de los ingenios españoles, no me sobresalta el que dedique á su pluma sus capitulaciones de la vida de corte, diciéndola que descanse en el tintero de los sábios, ni en el *Gran Tacaño* me asombran sus palabras: *dale aplauso, que bien lo merece, y cuando terias de sus chistes, alaba el ingenio de quien sabe conocer, etc.*

Quien quiera enlodazarse en el mas repugnante de los cenagales de la vanidad, lea la *Epístola X* de Boileau; allí se declara salvaje al que no guste de sus obras, se asienta haber sido rateros del autor todos los escritores; se cuenta la alcurnia del satírico, se cita por supuesto á Luis XIV, se eligen jaspes y se funden metales para la futura tumba, ¿lo creeran vds? se procesa al género humano. Permitános el autor no apreciar como él esta su composición; permitános una plaza entre los salvajes que no gusten de sus sandios epigramas, ni de su despreciable y por él muy ponderada oda pindárica á la toma de Namur, colección de todo linaje de dislates, terminada por una personalidad grotesca, obra, en fin, endemoniada mas que razonable, como él lo dice á otro propósito en su discurso preliminar.

Tambien el Tasso padeció los achaques de su destructor el yerto Boileau, pero claro es, en menor escala y con mayor causa: solo á Camoens cedía el puesto en tratándose de los poetas modernos, y ya sabemos que la posteridad ha colocado sobre el mismo portugués al épico italiano; en cuanto á los de su nación, preguntándole por el primero, contestó malhumorado, que *Ariosto era el segundo*: presintió, y fué profeta, el triunfo de su *Jerusalén* sobre el tiempo y la envidia, y aseguró que sus versos serian la gloria de la Italia.

Tanpreciado era Malherbe, que dijo muy satisfecho de sí propio:

Ce que Malherbe écrit dure éternellement;

breve, pero aprovechada laudatoria, capaz de suspender el atiento al mas restado de los censores



¿Y Corneille? Aunque Fontenelle nos lo pinta modesto, algunas cosquillas le hacían la conciencia de valor y la enemiga de sus émulos; *Je sais ce que je vaux* contestaba él con arrogancia: *Je ne dois qu'à moi seul toute ma renommée* con oportunidad; y aun con cuadrar mejor en él que en muchos este lenguaje, héle ya arrepentido en la misma composición:

Et mon esprit s'égare en sa propre louange,  
Sa douceur me séduit, je m'en laisse abuser;  
Et me vante moi-même, au lieu de m'excuser.

Y añaden sus biógrafos, que no solo fué naturalmente modesto, pero aun encogido de maneras y de conversación.

(Se concluirá.)

## APUNTES DESCRIPTIVOS E HISTÓRICOS

DE UN VIAGE.

### DE MADRID Á LA RIOJA.

Artículo 2.º

Descripción de la casa en que nos hospedamos en Avalos.

Con este título vamos á cumplir hoy lo que ofrecimos al final de nuestro artículo anterior (1).

Por los años de 1784 encontrábase en Madrid un eclesiástico consultor de Felipe II y presidente del Consejo de la Cruzada. De constitución débil y de salud ya quebrantada, don Francisco Antonio Ramírez de la Piscina, que así era su nombre, determinó por aquellos días buscar un alivio á sus males y un solaz á sus tareas, mandando edificar una casa en el propio pueblo que sus antecesores habían tenido la suya, mucho mas humilde por cierto, á juzgar por lo que hemos visto de ella, convertida al presente en bodega ó en casa de cubos. Mas la situación particular de la actual fuera de la población, aunque á ella confinante, su pintoresco aspecto, las dilatadas vistas que desde la misma se alcanzan, los riachuelos que la cercan, los árboles que la sombrean, el sol que la alegría y los aires que la refrescan, con las comodidades que en su interior se encuentran, bien merecen por cierto el que le consagremos estas líneas. No vamos á describir por ellas un castillo feudal con la pintura de sus fosos ó el recuerdo de sus paladines, sus damas, sus trovadores, sus dueñas y sus enanos. Tampoco tenemos que hacerlo de un edificio arquitectónico ni de una mansión opulenta, como la que acabamos de ver en Aranjuez al visitar la quinta palacio del señor Salamanca. La casa que hoy ocupan los herederos del señor Ramírez, la que nos ofreciera la familia hospitalaria de nuestro amigo, tiene la antigüedad que le basta para recordar en su exterior é interior las ideas y la gravedad de otra época; tiene en una de sus torres una librería de mas de once mil volúmenes donde se conversa con los hombres de muchos siglos; se nota en sus paredes mas de un respetable cuadro; y se advierte sobre todo desde sus galerías, el lujo de los paisajes y la pompa de la naturaleza por la mañana y por la tarde; galerías mágicas para los cortesanos, á quienes se dió por castigo semejanza del de Tántalo vivir en el aire, morar en lo alto, y no participar por ello ni del aire, ni de las hermosas vistas.

Forma esta casa una planta algo irregular por la desigualdad de sus torres, y está situada según se viene de Castilla sobre un repecho suave ó una loma de las muchas que forman por allí las ramificaciones de las altas sierras que dividen esta provincia de la de Alava, cumbres magestuosas, que forman como el dosel ó el fondo oscuro sobre que resalta mas la blancura de sus muros. Una triple galería de arcos desiguales encajonados en los dos ángulos que forman las dos torres de su frente corre por todo el lienzo de su principal fachada. La primera de estas galerías casi aparece oculta por las tapias de su jardín. No así la segunda y la tercera, que son como dos balcones corridos sobre el estenso panorama que ante su altura se despliega. Cae la fachada del Poniente sobre un verdoso cercado que fecundizan las aguas del Zaravel levantándose á su márgen chopos erguidos, y cuya corriente honda es como el foso que ciñe á una fortaleza, por esta parte vista. Olivos, avellanos y plátanos son los árboles que apenas dejan entrever sus muros, distinguiéndose entre aquellos dos morales abovedados bajo cuyas estendidas ramas participamos mas de una vez de sus frutos, sin sentir por el espeso de sus hojas el sol que las abrasaba. La fachada Norte y Este están limitadas por la Sonsierra, la iglesia parroquial y algunas casas de la población, no ofreciendo por esto particular aspecto. Pero el que presenta á lo lejos esta casa mirándola entre las sombras del crepúsculo y á no corta distancia de su principal frente Sur, se parece á un solitario monasterio con la iglesia parroquial, que en este caso se presenta como unida y formándole su fondo. Mas cerca, y vista con el sol y su alegría, como que retrata una hacienda

de olivar andaluz, cuando flanquean sus muros las torres casi iguales de sus molinos. Pero subamos ahora á su interior y esplayemos ya la vista desde sus balcones y galerías.

Variados y amenos son por demas los distintos paisajes que los ojos alcanzan desde estos puntos. Desde la mas alta de aquellos principiando por la derecha, se notan hácia el Poniente y en perdidos horizontes, las lomas de Cerezo; y mas acá, *Cuzcurrita* y *Cuzcurritilla*; mas al Sur, Santo Domingo, y su llanada; las sierras de San Lorenzo, Ciamon, *Cirruña* *Cirruña*, los elevados llanos de *Valpierre* que tanto recuerdan al rey don Pedro; la cuenca del *Ebro*; y mucho mas acá, *Briones* con su caserío; el gigante *San Vicente*, el prolongado cerro de *San Roque* y *San Bartolomé*, con sus dos aisladas ermitas; y mas cerca todavía, el cerro de *Utrera*, mostrando en las cuevas de su base que no deja de tener Baco por allí multiplicados templos. Cierran el círculo que el ojo alcanza, el monte *Moncalvillo*, y el posterior *Ballesteros*. Entre esta parte se domina también la plaza de Ceres con su cortado ángulo, la carretera, el ramal, la huerta con sus cipreses y el jardín por último, con sus cuadros alfombrados de claveles, margaritas, rosas y guelmas, cuyo color celeste era cobijado á veces por una mata de dalias con corolas partidas y siempre por el pincel mas fino variadas. Descúbrese desde la fachada Poniente, sirviéndole como de límite, el monte *Carronillo*, que formando un cabo, sube hasta *San Lorenzo* y las Huertas, no descubriéndose apenas nada por la del Norte, tanto por la iglesia parroquial, cuanto por la concavidad de la *Sonsierra*, que la vista impiden. Por los balcones de la fachada Este solo se vé una irregular plazuela; pero desde ellos se asiste á las danzas que en la misma tienen lugar en determinadas fiestas del pueblo, y que aunque no las vimos, nos dijeron figuraban en ellas sus bailarines unos arcos y como un juego de espadas con palos cortos, restos tal vez de guerreros siglos. Mucho sentimos no haber participado de este espectáculo por particulares causas; pero vimos en cambio desde aquel lugar los bailes corográficos y pantomímicos de un aldeano de allí, tan alto de nombre como de cuerpo. Llamábanle *Minos* ó *Ninos*, vocablo que parece descender de reyes, aunque mejor le pegaría el de *vino*, por el gran culto que en los altares de Baco rinde. De estatura colosal, aun mas alto parecia cuando bailaba entre la familia menuda de chicos y muchachos, recordándonos lo de *Qualis lenta esse solent, inter biburna cupresi*. También oímos desde allí el tamboril y la gaita, no la gallega, sino otra mas antigua y ruda, tal vez la primitiva ó pastoril zampana. Construías el propio pastor que aquí la tocaba, y no era este por cierto aquel cándido Antonio de los cabreros de don Quijote, ni el mas sentido de Crisóstomo, en cuya losa se escribió.

VACE AQUI DE UN AMADOR  
EL MISERO CUERPO HELADO  
QUE FUE PASTOR DE GANADO  
PERDIDO POR DESAMOR:

nó: el nuestro amaba tiernamente al vino y los sorbetes que de este líquido le daban las criadas de nuestro amigo para que pudiese mejor soplar su rústico instrumento. No era en verdad el *Pontífex maximus* de *Nino*, respecto al culto báquico; pero sí su buen ayudante, y su mejor precursor. Hasta aquí de la casa y de sus vistas: digamos ahora algo de los variados paseos que sus contornos presentan.

Son estos no pocos y de paisajes muy distintos. Es muy filosófico como sombrío y solitario, el que ofrecen al Poniente de la casa las márgenes del Zaravel, cuyos chopos arremolinados por el aire fuerte que corre allí de continuo en los días del verano, dejan escuchar un rumor agitado y sordo entre el susurro mas blando del remanso de sus aguas. ¡Cuántas veces paseándonos con nuestro amigo por aquellos sitios cerca de su curso, y al abrigo de este aire, esperamos con cierto placer, las silenciosas horas de la noche para embotar en su calma y en su pavor misterioso, las penas y los recuerdos que no deja de abrigar siempre todo corazón sensible! Otras tardes trepábamos por la parte del Mediodía de esta casa y sobre la altura del Utrera, cuya planicie cuando el aire está en calma, es el punto mas deleitoso para pasear allí sobre un mundo de viñedos, de esparcidos pueblos, de ermitas aisladas, de lejanos santuarios y de sus religiosas ruinas. Si sobre esta planicie hubiese unos cuantos árboles y unos cuantos asientos, pocos paseos podrían igualarse á las prolongadas alturas del Utrera, discurriendo desde su cabo, por la dilatada cuchilla de sus dos ermitas. Otras tardes seguíamos por la carretera que de la casa baja á los campos de Castilla, pasando por el pueblo de San Vicente. El aire y el polvo imposibilitan muchas el recorrer su gran trozo hasta el alto llamado de la *Raa*, desde el que aperece San Vicente. Pero la diaphanía que por este punto presentan los cielos, y el magestuoso valle que allí á la vista se ostenta entre los confines encumbrados del Urbión y los riscos escarpados de Tolonio, dejando en medio cuadros sin número cubiertos con el verdor de los pámpanos, hacen de este sitio y paseo su mejor alabanza. Mas el alegre, el mas variado, el mas ameno, el de piso mejor, y el mas limpio de polvo por su elevación suave y continuada es sin duda el opuesto trozo á este de que venimos hablando en la propia carretera al salir desde la casa, para el pueblo de Sama-

niego. Este tiene además sobre los otros, que es el punto de reunión de la gente pasadora de Avalos y Samaniego, el campo neutral de sus distintas familias, la alameda y el prado de sus finas señoritas. No sabemos si por desgracia ó por fortuna, no abundaban mucho, cuando por allí estuvimos los leones bigotudos; pero en cuanto á ellas, en cuanto á muchachas tan elegantes como altas y esbeltas, bien podríamos invocar á la Navarra y á las muestras que de algunos de sus pueblos allí tuvimos. Nosotros, sin embargo, recordamos ciertos ojos de las indígenas de ambos pueblos, y no dudáramos ponernos á su lado en una duda discordante. Pero abandonamos aquí la cuestión de los ojos femeninos y su descripción, si no hemos de continuar con los nuestros algo turbados á su recuerdo, la de estos puntos y paseos.

Bájase de la casa de nuestro amigo á esta carretera por un ramal ancho que á ella conduce, y que principian á hermoear dos hiladas de chopos hasta llegar á un puente donde las aguas del *Artajona* con las del *Zaravel* se mezclan. Dóblase al llegar aquí sobre la izquierda, y ya en camino sobre la carretera ancha que va faldeando los altos ramales que de la *Sonsierra* se desprenden, solo se vé sobre esta mano la casa y el pueblo, al pie de las cumbres elevadas de aquella. Mas en compensación, se advierten á la derecha tierras mas profundas y dilatadas, colinas risueñas, valles alegres y porción de pueblos, llanadas pintorescas, y lejanas montañas. Que el camino va lamiendo repetidos, los costados de estos estribos que como del lomo de la *Sonsierra* bajan, y muy pronto se llega á un monte redondeado y saliente llamado *Ballesteros*, y con él, á uno de los puntos de su mejor paisaje. Contéplase desde aquí entre otros varios pueblos, á *Huércanos*, ya notable por su feroz capuchinito; á *Cenicero*, tan célebre desde la última guerra, y el castillo de *Davalillo* que llora su soledad, castillo romántico por su posición, siempre pintoresco, y siempre provocador de pasados hechos de la historia del reino de Nájera. Pasado que es este promontorio ó monte de *Ballesteros*, y antes de llegar á las peñas que llaman del *Señor*, fórmase sobre la izquierda una cañada honda donde se destaca por lo comun un aire impetuoso que suele poner á prueba los ocultos cimientos de las paseantas, y dar los honores de bandera á las sedas de sus faldas. Boca de lobo le pusimos por nombre á este punto, al considerar el terror que su tránsito inspiraba á ciertas señoras místicas cuando sus peligros arrostraban, sin poder rescatar de la vista de los profanos la cantidad ó la cualidad de sus ocultos bajos. Por este mismo espacio se deja ver sin embargo sobre la derecha un vallecito casi circular y profundo á la manera de un anfiteatro, vallecito que nos recordó mas de una vez la descripción que hace Lamartine del valle de Josafat para contener en su concavidad reducida tantas calaveras del presente y del pasado mundo. Continuando despues desde las peñas del *Señor* á las de *San Prudencio*, se descubre también otro mas estendido y variado, aunque no tan hondo, que la vista deleita. Viñedos y olivos lo bordan, y algunos cuadros de tierra de pan sembrar le apartan la monotonía. A muy poco se llega á doblar estas peñas de *San Prudencio*, y se descubre á lo lejos como una faja ó pedazo de cristal que á *Davalillo* franquea... el *Ebro*. Síguese despues hasta los *Guardianes* con igual perspectiva; pero al llegar aquí, cambia de repente la escena y se cortan los términos del frente por un estribo que corre de Norte á Sur y que solo deja un estrecho ó portillo por el que los ojos se enfilan dejándose ver tras él los campos de Samaniego, su pueblo, su bonita iglesia, su torre rarísima, y allá en lontananza á la *Guardia* y su castillo. Aumentase esta vista cuando el paseante llega al pie del propio estrecho ó portillo cuya puerta forman dos elevados cerros, otros *Avila* y *Calpe*, de este camino y paseo.

Otras veces, por último, caminando por entre prolongados viñedos refrescábamos nuestras fauces con el moscatel ó tempranillo, con la *rivadavia* ó *graciana*; é íbamos á descansar á una oculta, profunda y trasparente fuente, ante cuyas linfas filtradas por un terreno arenoso, se despachaba el jamon y la jalea, acompañados del sexo bello y de un curita por el suyo y por su especial y mas dificultoso rostro.

La noche nos sobrecoja mas de una vez á la vuelta de estos tan variados paseos y algunas otras los concluimos descansando sobre la alta galería de esta casa, al armonioso eco del piano y á la luz dulce y misteriosa con la que la luna bañaba aquellos campos. Sí, mas de una saludó desde esta galería una hija de Murcia conmoviendo con los sonos que sus dedos arrancaban, las sensaciones tiernas y melancólicas que inspira la plegaria musical de la *casta diva* de Bellini, de tanto mayor efecto, cuanto que eran inspiradas allí sobre aquella altura, en aquellas horas silenciosas, y ante la faz misma de la que siempre aparece en el cielo,

Astro de paz, belleza de consuelo,  
Antorcha celestial de los amores,  
Lámpara sepulcral de los dolores  
Tierna y casta deidad.

PASTOR DIAZ.

MIGUEL RODRIGUEZ FERRER.

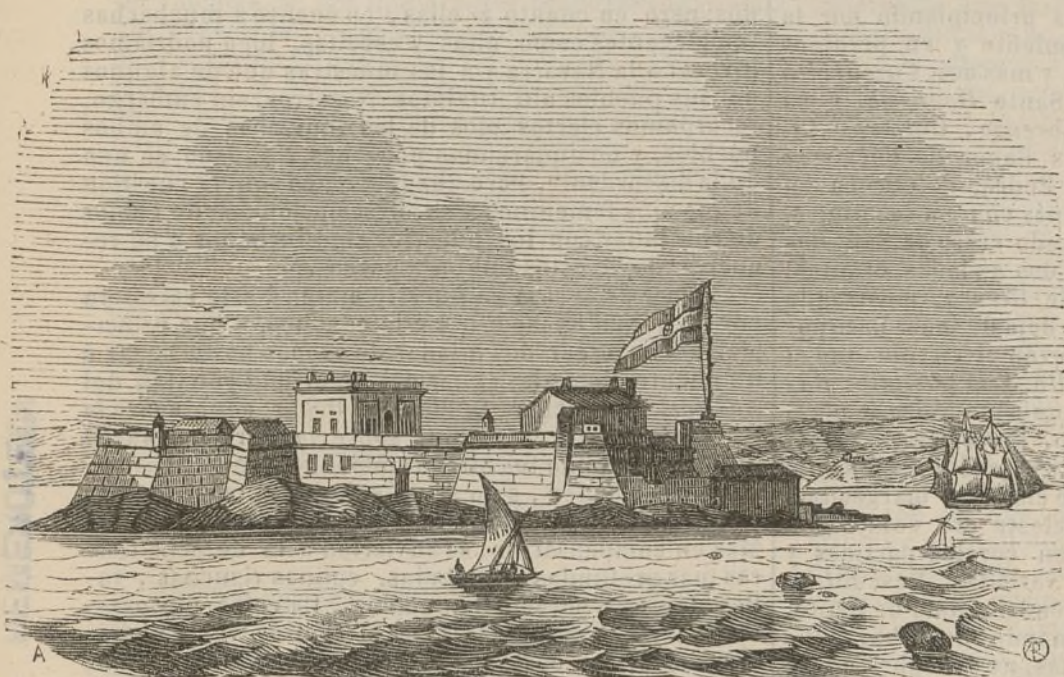
Advertencia. En nuestro primer artículo de *La Semana* del lunes 24 de junio, al principio del párrafo 8.º donde dice el río de su nombre, léase, que le da su nombre. También al principio del 12 en su primer línea donde dice ciudad, léase villa.

(1) Véase el número 34 de *La Semana* del lunes 24 de junio, pág. 123.

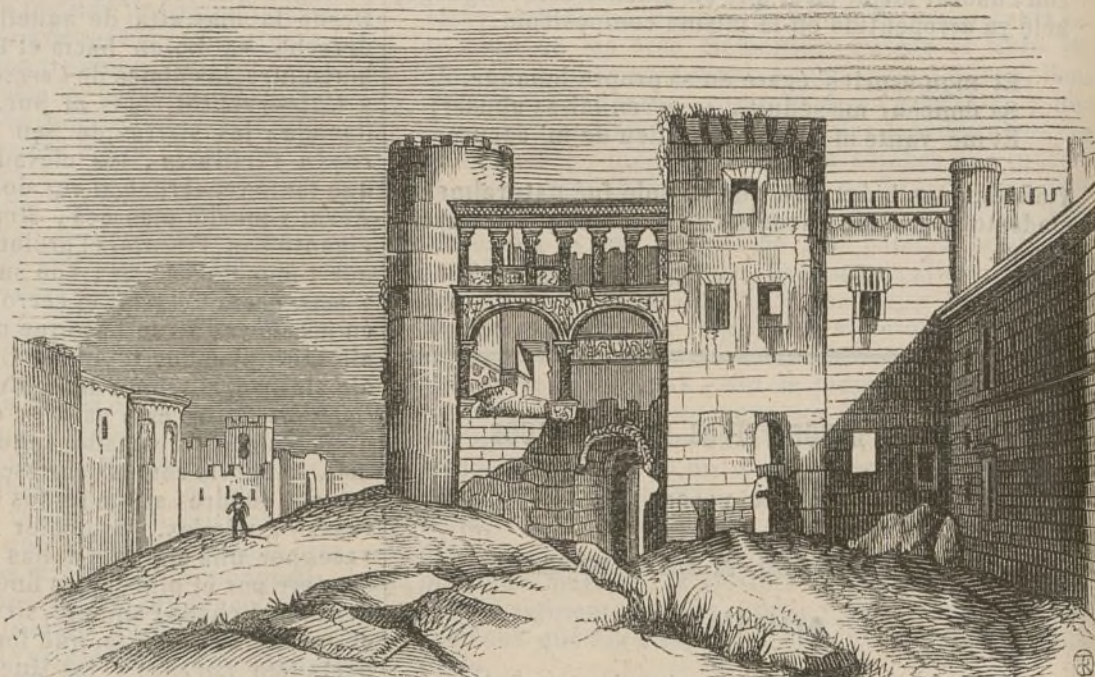


# CASTILLOS DE ESPAÑA Y FRANCIA.

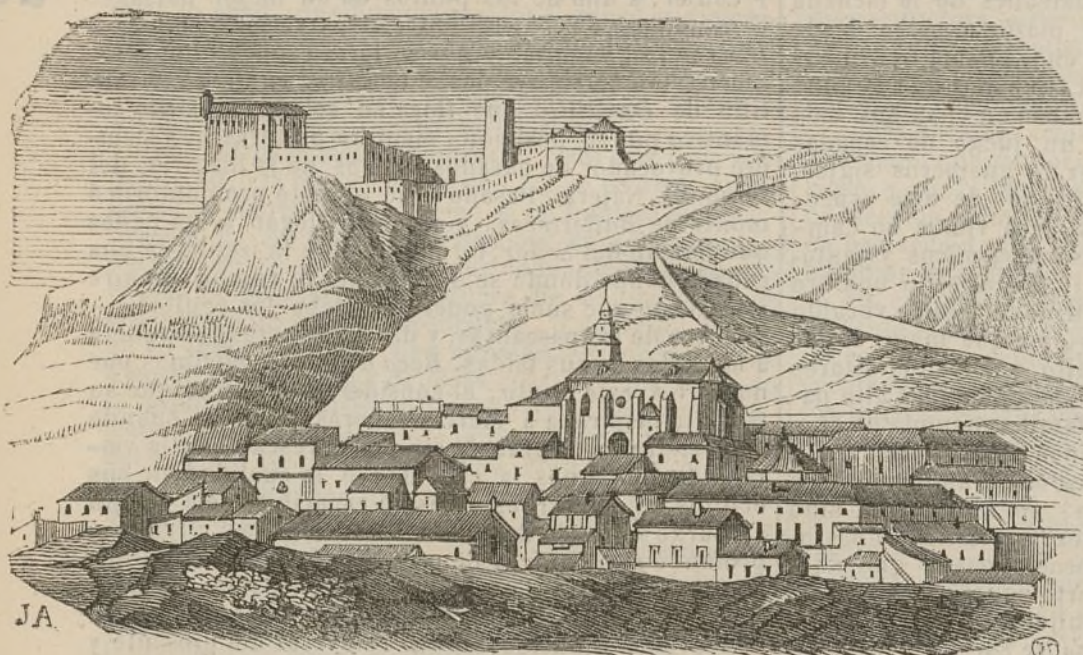
## ESPAÑA.



Castillo de San Anton, en la Coruña.



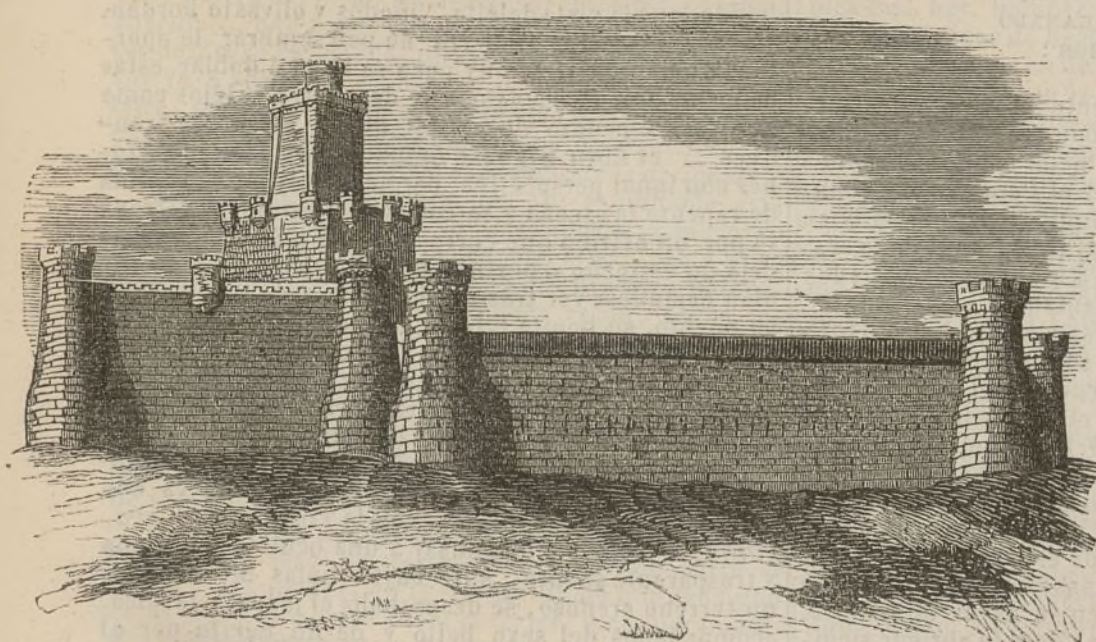
Castillo de Alba de Tormes.



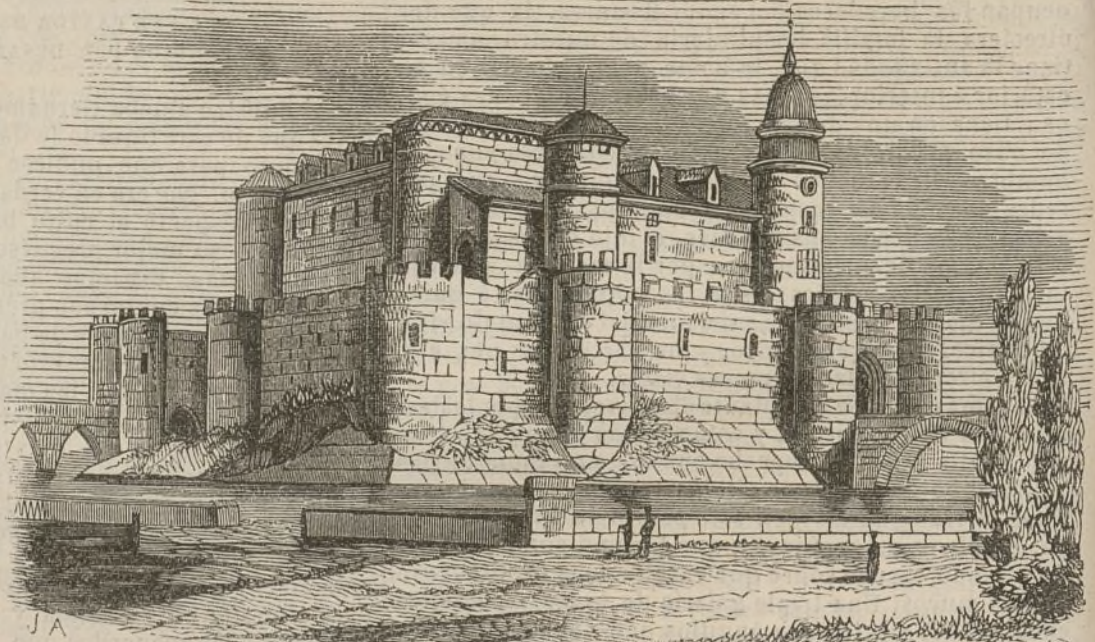
Castillo de Castellote.



Castillo de Morella.



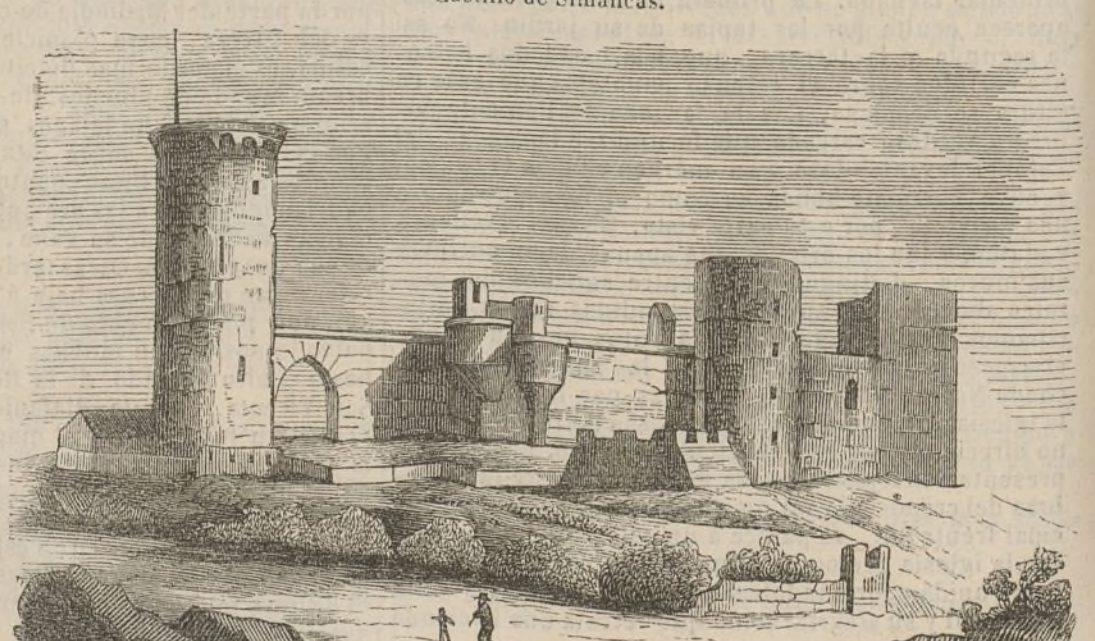
Castillo de Guevara.



Castillo de Simancas.



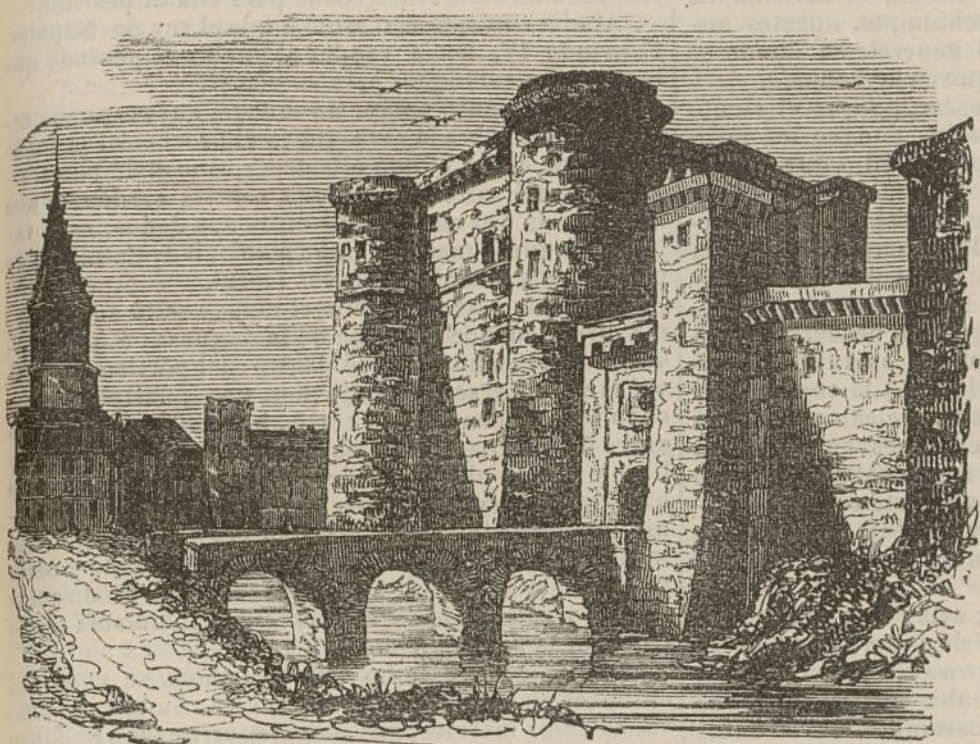
Castillo de Butron, en Vizcaya.



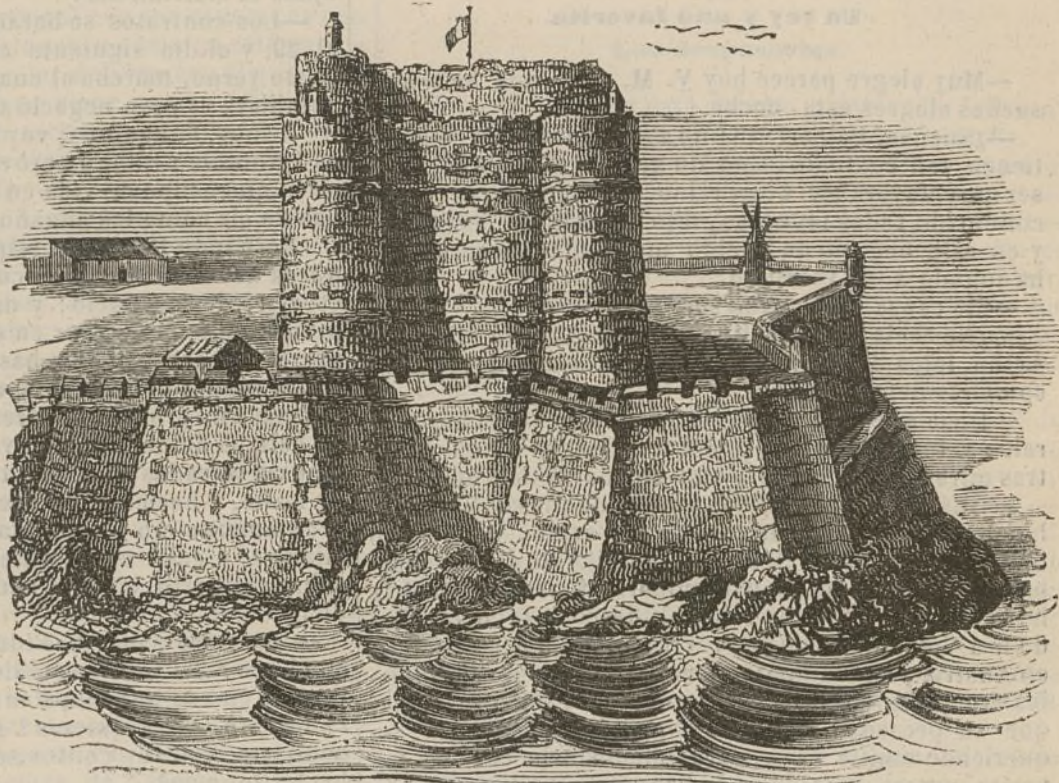
Castillo de Bellver, en Palma.



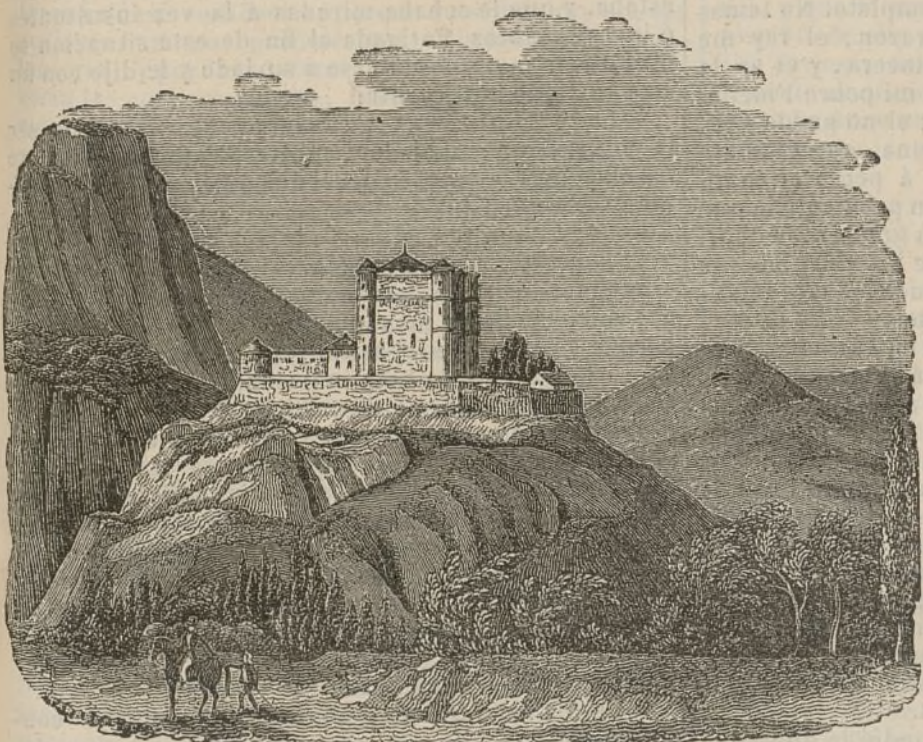
FRANCIA.



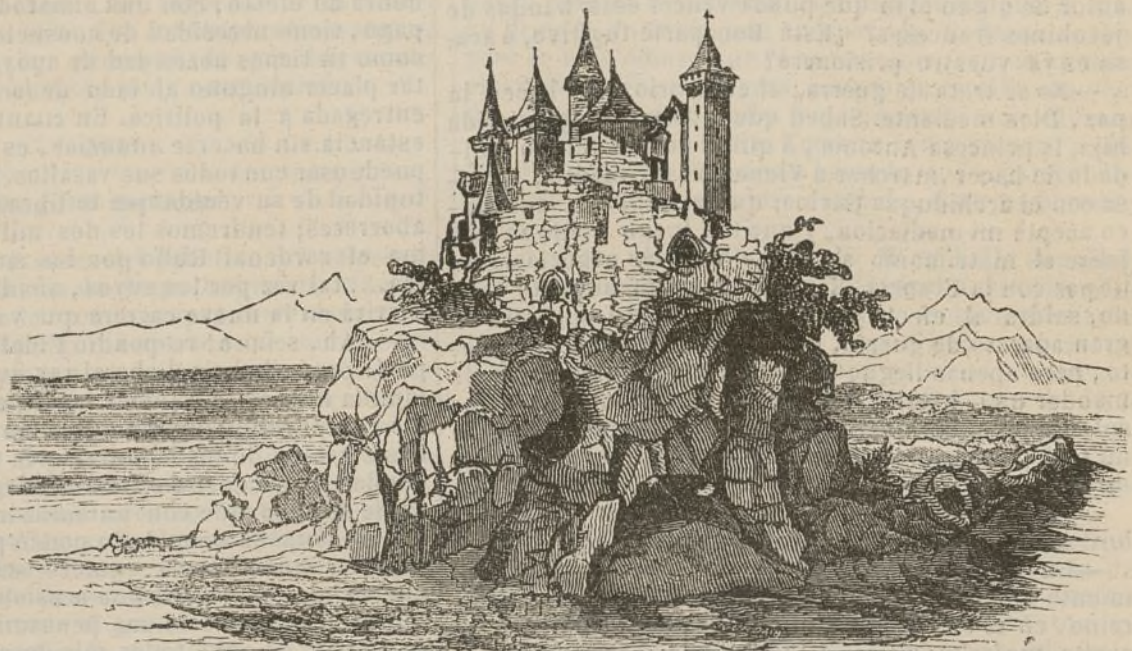
Castillo de Tarascon.



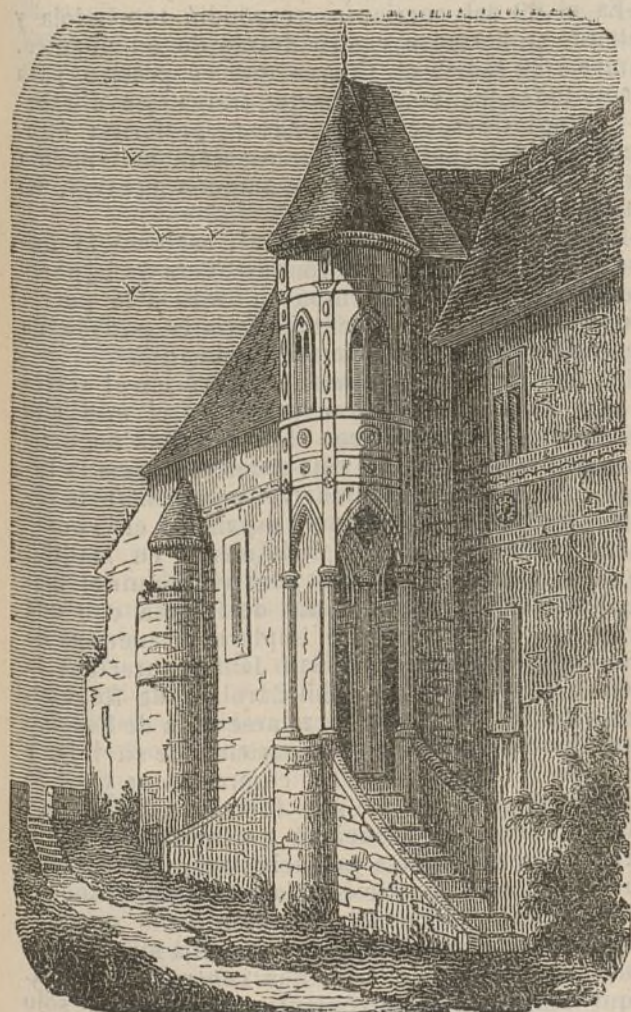
Castillo de If.



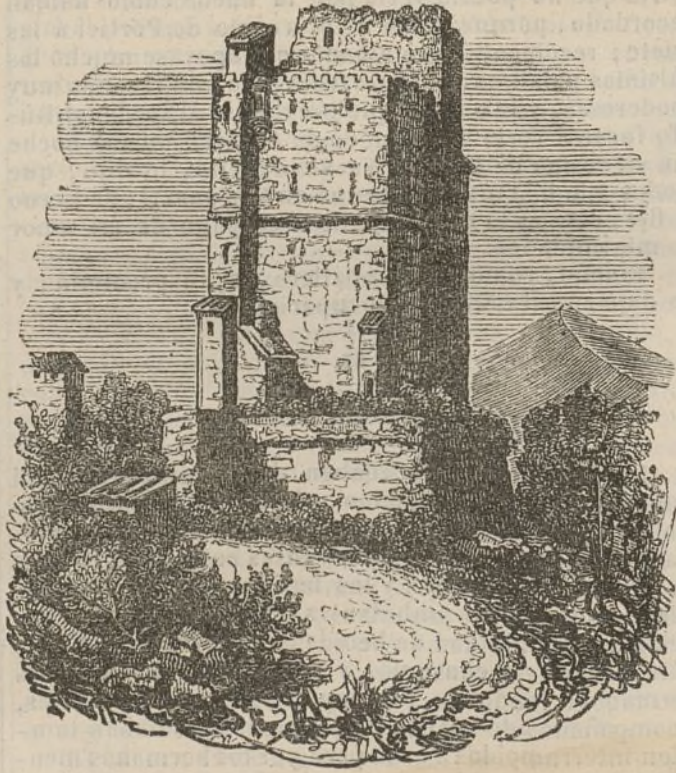
Castillo del Bayardo



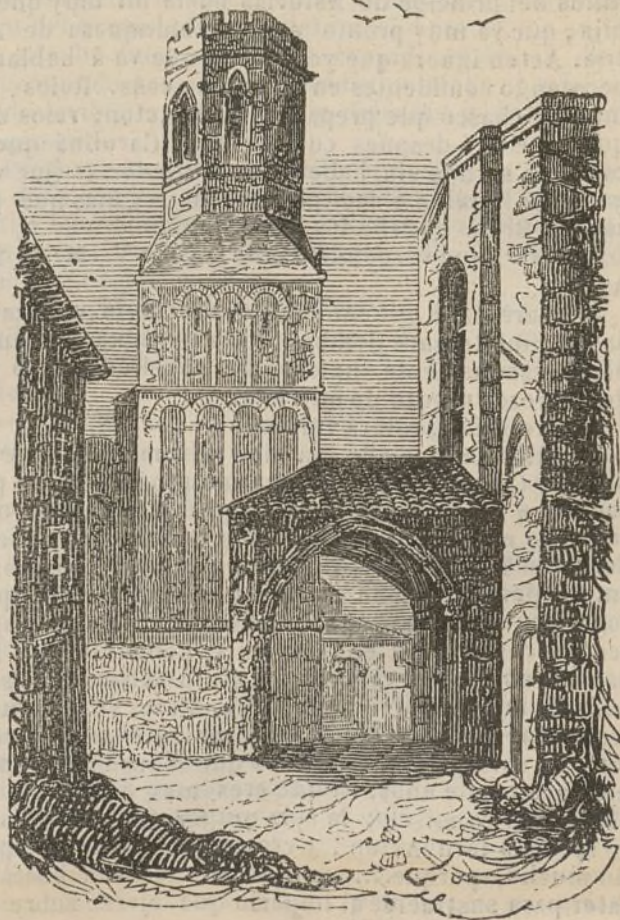
Castillo de Anuey.



Castillo de Nantouillet.



Castillo de Anteville.



Castillo de Viviers.



## LA PRINCESA DE ASTURIAS.

I.

## Un rey y una favorita.

—Muy alegre parece hoy V. M. Sin duda ha tenido sueños alegres esta noche.

—¿Sueños, Palma? No; no son sueños los que me tienen tan contento, sino un gran negocio que debe ser muy favorable á mi reino. La reina cree haber conducido todas las cosas, dijo frotándose las manos, y en este negocio no ha sido mas que un resorte que ha jugado á mi voluntad.

—Me causa V. M. gran sorpresa.

—¿No caéis aun en ello, duquesa? ¿Qué diríais si Acton, lejos de figurar en este negocio, lo ignorase completamente?

—Diría que sino se ha resuelto y combinado por la reina y lord Acton, no podrá terminarse segun vuestras miras, ni ser objeto aun de una noticia oficial.

—¡Diábolol! ¿Qué salidas teneis, duquesa! No tengo hoy humor de soportar vuestro sarcasmo, ni el yugo de hierro de ese inglés. Estoy fatigado de su usurpadora dominación, y para minarla y para destruirla he hecho suscitarse en la reina el deseo y la necesidad de ir á Viena. Está lejos de creer que su permanencia en Austria es obra mia; empero su ausencia de Nápoles era indispensable á la ejecución de mis proyectos, que su presencia hubiera impedido. Mi política, no queriendo omitir nada para enemistarla con su favorito, parece mas bien haber dirigido los sucesos sin saberlo ellos mismos, y no podrá menos de surgir la discordia entre ambos, creyéndose ofendidos. Este ha sido mi objeto; me ha sido preciso, como á Catalina de Médicis, dividir para reinar.

—Bravo, señor; mucho me complacen vuestros sentimientos; pero ¿qué es lo que ha sucedido? ¿Sereis autor de algun plan que pueda vencer esas bandadas de jacobinos franceses? ¿Está Bonaparte fugitivo, ó acaso es ya vuestro prisionero?

—No se trata de guerra; al contrario, de hacer la paz, Dios mediante. Sabed que nuestra muy querida hija, la princesa Antonia, á quien yo he tenido cuidado de hacer marchar á Viena con su madre, se casa con el archiduque Carlos; que el gabinete austriaco acepta mi mediación, y que tan luego como se celebre el matrimonio se entablarán las negociaciones de paz con la Francia. El archiduque, mi augusto yerno, saldrá al efecto para el ejército, desplegará un gran aparato de guerra, porque él no está en el secreto, pero apenas llegue al cuartel general, en lugar de mandar una batalla recibirá instrucciones para que entable los preliminares de paz bajo la mediación de mi real persona, representada por el príncipe de Belmonte.

—Estoy sorprendida.... ¿Es posible? La reina y el lord Acton ¿son enteramente extraños?

—La política inglesa no puede soportar el pensamiento de una paz con la Francia. Su acción en mi reino, en el consejo, en mi familia, me incomoda, me exalta, me irrita; quiero á todo precio librarme de ella, y por eso me sacrifico haciéndome mediador. Carolina, enteramente afecta á estos isleños, es preciso que ignore mis planes y mi conducta. No sabe que el matrimonio, que yo le dejo el placer de creer que es enteramente obra suya, lo es mia, porque yo lo habia tratado directamente con el emperador, y Acton no lo sabrá, sino cuando esté concluido. Lo mas divertido, duquesa, es que Acton me ha pedido para esta noche una audiencia, cuyo objeto es hablarme de las miras del príncipe de Asturias hacia mi muy querida hija, que ya muy pronto será archiduquesa de Austria. Acton ignora que yo sé de lo que va á hablarme; pero tengo confidentes en su misma casa. Reíos, Palma, del chasco que preparo á lord Acton; reíos de lo que sucederá despues cuando sepa Carolina que he casado á su hija sin haberla consultado.... Que venga luego la reina á decirme que no sé mas que pescar.... Bravo engaño les he prevenido.

—Pero ¿qué responderá esta noche V. M. al lord Acton?

—Aparentaré que me lisonjea mucho la alianza española; me tomaré tiempo para reflexionar; y enganaré á ese insolente inglés, cuyo pabellon espero que desaparezca pronto de mi vista.

—Pero señor, estará furioso.

—Palma, he tomado tan bien mis medidas que en un caso Carolina sola quedará comprometida. Su presencia en la corte de Austria probará que es obra suya. Yo no temo los indiscretos, porque á imitación del Gran Federico soy yo secretario de mí mismo; el emperador de Alemania y yo nos hemos escrito personalmente; Buzza firma en este momento una tregua secreta con Moreau en Alemania, Belmonte con Bonaparte en Italia; el cardenal Rufo mismo no sabe nada de mis pacíficas maniobras. Pero yo no puedo resistirme á alegrarme y celebrar este suceso contigo, mi sola y única amiga; la que lo es en mi corazón hace veinte años; tú que eres mas celosa de mi gloria que yo mismo; la sola muger que en Nápoles no recibe á lord Acton, y cree que yo te lo aprecio mucho, porque.... porque se necesita bastante valor para sustraerse al imperio que ejerce sobre todos la reina.

—Señor, hace veinte años que cumplo con placer el

grato de amaros, de consolaros; y esta última prueba de la confianza de V. M. escita todo mi agradecimiento. Esta alianza de nuestra ilustre princesa Antonia con el mas grande y poderoso príncipe de la Europa debe lisonjear mucho á V. M. ¿Y para que época se ha fijado el matrimonio?

—Los contratos se harán el día 28; el matrimonio el 29; y al día siguiente el archiduque, nuestro augusto yerno, marcha al cuartel general, en donde se entablará el gran negocio de que os he hablado.

A dios, ánima mia; voy á pescar, porque el viento es favorable y quiero aprovecharlo, aunque me critiquen que ocupo mi vida en la pesca. Tú sabes y acabas de oír cómo lo engaño.

Fernando IV rey de Nápoles se separó de la duquesa de Matalforida, la cual le acompañó hasta la escalera de su palacio; y despues, volviendo precipitadamente al tocador en que habia recibido al rey, prestó fijamente el oído hasta que oyó perderse el eco de las ruedas del carruaje de su real amante. Entonces con una prontitud estrema levantó la cortina que se hallaba delante de una ventana que caía sobre uno de esos terrados á azoteas tan comunes en las casas de Italia, y haciendo una señal con la cabeza apareció prontamente un jóven. Marchaba este con pasos vacilantes, y echó una inquieta y escrutadora mirada sobre el cuarto, empero la duquesa le tendió la mano diciéndole:

—No temas nada, mi Fidelio; estoy sola ahora; pero ¿qué veo? Tu frente está llena de sudor; el sol te ha muerto en ese terrado; siéntate en este sofá á mi lado, *cuore mio*. ¿Qué quieres? Na habia otro sitio donde ocultarte, y el rey contra su costumbre no se habia hecho anunciar....

—Parece, señora, replicó el jóven Fidelio con aire sombrío, que S. M. usa de un derecho que le habeis concedido, y os ha hecho una visita muy larga.

—Eres celoso, le interrumpió la favorita; no faltaria mas que eso para que fueras completo. No temas nada; tú solo haces palpar mi corazón; el rey me honra en efecto, con una amistad sincera, y yo se la pago, tiene necesidad de consuelo, mi pobre Fidelio, como tú tienes necesidad de apoyo; él no puede gustar placer ninguno al lado de la reina, enteramente entregada á la política. En cuanto á penetrar en mi estancia sin hacerse anunciar, es un privilegio que puede usar con todos sus vasallos. Da gracias á la oportunidad de su venida que te libra de los vínculos que aborreces; tendremos los dos mil ducados que reclama el cardenal Rufo por los buenos oficios de Roma.... tal vez por los suyos, añadió en voz baja, y te servirá en la nueva carrera que vas á emprender.

—¡Ah, señora! respondió Fidelio arrojándose á sus pies: ¿qué, habeis dicho al rey que obligado por una familia imperiosa á tomar las órdenes sagradas no podia cumplir dignamente tan altas funciones visto el triste estado de mi fortuna, y S. M. habrá tenido la bondad de acceder á vuestros ruegos? ¡Oh qué culpable soy; yo que con un corazón celoso maldecia al que se ocupaba de mí! No podré pagarle con toda mi vida su munificencia; quiero servirle, señora; la guerra me presentará una ocasión para que mi brazo repare las ofensas de mi pensamiento. Un despacho de oficial, he aqui todos mis deseos.

—Es preciso que tú lo seas, respondió la duquesa, en los guardias de S. M. Ese puesto es tan honroso como el que conduce al ejército, y te pondrá en estado de probar tu reconocimiento á todos aquellos á quienes tu ausencia llenaria de pesar.

—No creais, señora, continuó Fidelio, que jamás olvide á mi bienhechora. Pongo mi suerte en sus manos, y al mismo tiempo se las cogió y cubrió de besos.

Despues de haber permanecido algunos momentos con su sigisveo Fidelio, la favorita del rey de Nápoles le dijo que fuese á casa de lady Hamilton, la embajadora de Inglaterra, para restituirla una llavecita de oro que habia perdido la víspera en su casa y decirle que no podría verla por la noche como habian acordado, porque debia ir al casino de Pórtici á las siete; recomendó á su amante que apoyase mucho las últimas palabras, porque tenia para ello razones muy poderosas, y le añadió que previniese al cardenal Rufo fuese á verla á las nueve de aquella misma noche en su casino de Pórtici. Ya ves Fidelio, le dijo, que todos mis instantes los ocupo en tí y para tí; sé tierno y fiel; esto es lo que exijo de tí en pago de mi amor y mis cuidados.

Fidelio, como buen caballero, se lo prometió, y la dejó en esta dulce preocupacion.

II.

## El casino de Pórtici.

Las 7 de la noche acababan de dar en el reloj del convento de la Anunciación, el gran regulador de Nápoles. Ya la calle de Toledo sellenaba de muchos y elegantes carruages; alegres cantantes entonaban en coro la nacional *Tarantela*, y los botilleros nómades, poniendo sus tiendas ambulantes, ofrecían á los que paseaban una infinidad de bebidas *bien freschi*, porque este género de consumo, y los clásicos macarrones forman el fondo de los napolitanos; los cantantes, acompañados de harpas y guitarras, circulaban tambien interrumpidos á cada paso por los hermanos mendicantes, que en alta y compungida voz pedían la *carita per la madona*. Cuando pasó por medio de la ca-

lle con gran ruido el magnífico carruaje de la duquesa de Matalforida.

—Corpo di Baco, dijo un lazaroni, bien se ve que nuestra reina Carolina no está en Nápoles, porque la señora Palma va con gran tren.

—¿No sabes tú, replicó un camarada suyo, que su real caballero *Servente* vende para ella el pescado?

Aludia con este sarcasmo á que el rey de Nápoles, Fernando IV, hacia vender al pueblo el pescado que tenia en los estanques para su placer.

—No, murmuró aparte un monge, cuya capucha estaba echada sobre la cara. No es el precio del pescado que vende el rey el que ella desea, sino el de una traición, añadió mirando con una sonrisa sardónica una llavecita de oro que agitaba entre sus dedos; esto vale á la duquesa mas que una colonia; lady Hamilton no podia elegir una alegoría mas fuerte.

Haciendo este soliloquio el monge salió en la misma direccion que el coche de la duquesa, á quien alcanzó en el camino. Pasó dentro del pórtico sin volver la vista, y se introdujo por una puertecita baja cuyo secreto conocia; la cerró, habiéndose asegurado antes de que nadie le veia, encaminándose con paso libre y seguro al interior del jardin donde desapareció bien pronto dentro de una roca simulada que contenia una gruta elegante. Preciso era conocer bien las localidades para llegar á este retiro ignorado y oculto á la vista de todos. Allí se encontraba la duquesa muelle y voluptuosamente recostada en un sofá tejido con juncos de Malabar.

El monge, quitándose el capuchon, se convirtió entonces en un oficial general inglés. Su mirada altiva, su color moreno, sus megillas arrugadas le daban un aspecto repugnante. Colocóse de pie delante de la duquesa, que no cambió de actitud. Esta escena mudó duró algunos segundos; diríase que experimentaba una maligna alegría en provocar la impaciencia y escitar la curiosidad de la arrogante persona que allí estaba, y que le echaba miradas á la vez insultantes é investigadoras. Fatigada al fin de esta situación se levantó, le invitó á sentarse á su lado y le dijo con un aire bastante indiferente:

—Lady Hamilton es verdaderamente digna de ser la muger de un embajador, aprovecha admirablemente las alusiones, y vuestra gracia es un ejemplo de notable exactitud.

—Lady Hamilton es sin duda una muger superior, muy superior, replicó el general Acton—porque era él mismo; pero en esta circunstancia no ha tenido necesidad de hacer mas que un esfuerzo de memoria porque esta llave es el santo y seña que me ha dado. Yo os la traigo á la hora indicada por vuestro mensaje, que era tan fácil de explicar, y aguardo la comunicación que me promete en los términos que hemos convenido entre los dos. Vamos á ver; ¿de qué se trata? ¿El rey de las Dos Sicilias quiere manejar los negocios políticos por sí solo hace mucho tiempo? Porque yo sé que se ocupa mucho en la política.

—Podria bien ser, milord, respondió la favorita. Grandes sucesos se preparan. Primero, la princesa Antonia se casa con el archiduque Carlos de Austria....

—Es decir, replicó Acton, que hay ese proyecto.

—El día está fijado, general. Es negocio concluido.

—Concluido, pero no hecho. ¿En qué época?

—No la recuerdo positivamente, general.

—Ved aqui, señora duquesa, una cosa que podrá ayudar vuestra memoria; y al mismo tiempo la presentaba una bolsa con 1,000 ducados.

—Es el 29 del corriente, respondió tomándola y ocultando su hermoso rostro detrás de su abanico. Estamos á 3; teneis el tiempo que es preciso para destruir todos los resultados que traiga esta alianza.

—La Inglaterra, respondió Acton, preferiria otra. Es la aliada del Austria; y aunque este matrimonio no pueda traer á la política suya ninguna ventaja, no veo tampoco que la perjudique.

—La primera desventaja, general, esclamó la duquesa levantándose y precipitándose fuera de la puerta, tendiendo al mismo tiempo su brazo á la puerta del mar, la primera desventaja seria la partida de esa escuadra inglesa que vemos desde aqui.

Una contraccion nerviosa se marcó en el rostro de Acton, cuya curiosidad se escitó en el mas alto grado porque se enlazaba con el objeto de la negociacion que le ocupaba en este momento. Veía la Inglaterra con disgusto mantenerse la paz entre la república francesa y la península española; en consecuencia habia maniobrado hábilmente en Madrid, aunque de una manera oculta, para conseguir el matrimonio del heredero del trono de España con una princesa cuya madre era la implacable enemiga de la Francia. El gabinete de San James apreciaba la influencia de la terrible y hábil Carolina de Nápoles, y queria darla motivo para mezclarse en la de España. Presentábasele ocasión por la posición de su hija, y debia esperar de su carácter emprendedor y activo que ejercitase con todas sus fuerzas su peligrosa influencia contra la Francia á quien aborrecia. El Austria en guerra abierta ya hacia largo tiempo con la república francesa no le ofrecia motivo ninguno de inquietud; por consecuencia la union de la princesa de Nápoles con el archiduque era inútil á su política, y le privaba de uno de sus medios contra la Francia. Hé aqui todos los inconvenientes que de un solo golpe vió Acton, y que la marcha de la escuadra inglesa seria el primer resultado del matrimonio del



archiduque con la princesa de Nápoles. Entonces replicó en estos términos:

—El rey ha salido á las 4 de vuestra casa, donde ha permanecido largo tiempo. No os oculta nada de sus proyectos, ni de la correspondencia de la reina; teneis todos sus secretos....

—Y aun los de otros, dijo la duquesa mirándole altivamente. Sé por ejemplo, que se piensa en casar al príncipe de Asturias....

A este rasgo revelador de un hecho que el agente inglés no creía aun conocido sino de él solo, se levantó repentinamente, y permaneció con los ojos clavados en el suelo breve espacio, exclamando al fin con indignación:

—¿Con que se vende á la Inglaterra?

—¿Por qué? interrumpió la duquesa. ¿Por qué la Inglaterra no había de tener quien comunicase también sus secretos? Eso se vé todos los días; y para prepararos á otras sorpresas os diré desde luego que Fernando trata de hacer la paz con la república una é indivisible, y que se vá á firmar una tregua con el general Bonaparte.

—Imposible, duquesa.... ¿Qué Carolina, el Austria!....

El Austria, milord, dijo la duquesa riéndose.... Pero ya os he entregado la mitad de la confianza del rey, y un hombre tan hábil como vos, podrá penetrar y adivinar fácilmente el resto.

—No, no, replicó bruscamente Acton, echando otra bolsa de 1,000 ducados á los pies de la duquesa, y sentándose á su lado; no me separo de aquí; nada debo ignorar.

La duquesa, que había obtenido la suma que le era indispensable para secularizar el objeto de su pasión, refirió al general Acton palabra por palabra, frase por frase, las comunicaciones confidenciales que le había hecho aquel día su real amante. Además, su interés personal la impelia á desear que la Inglaterra reinase en Nápoles, porque su sed de oro era tan ardiente como sus pasiones por el juego, por la galantería, y por los placeres, abismo en donde se sumían las enormes sumas, fruto y precio de sus traiciones.

Los dos interlocutores terminaron su entrevista, cuando las campanas de las iglesias de Nápoles anunciaban la oración. La duquesa rezó devotamente la salutación angélica, y durante este tiempo Acton volvió á ponerse su hábito de monge, y se separó de la duquesa sin dirigirla la menor señal de atención ni de política. Esta, siguiéndole con la vista, murmuró entre sí: buen inglés, tu corazón no merece ni vale el golpe de una puñalada.... después, fijando la vista sobre los dos bolsillos, añadió.... si en tus manos no rodasen las aguas del Pactolo; y una ávida sonrisa reemplazó sobre sus delgados labios el movimiento convulsivo que los había contraído. Después, saliendo de su retiro, se paseó á grandes pasos por los odoríferos contornos de aquel delicioso jardín.

Una hora habría transcurrido desde la salida de Acton, cuando le anunciaron la llegada del cardenal Ruffo, ese sacerdote soldado, espada de Roma, agente asalariado de la Inglaterra, consejero del rey de Nápoles, director de la reina, alma en fin, de todas las intrigas que se urdían en la alta Italia contra la naciente república francesa, era el que había hecho ahorcar á los franceses de los árboles de la libertad, con esta sarcástica inscripción, á tal árbol, tales frutos.

—Monseñor, le dijo la duquesa, bien venido seáis. Por vuestra exactitud juzgo que Roma ha concedido la petición que ha apoyado vuestra eminencia. En todo caso no importa cualquiera que sea el punto en que se halle el negocio. Ved aquí los 2,000 ducados que habeis pedido para pago de los gastos.

—Recibid en cambio, respondió el cardenal, el recibo del *Segretto de la Rotta*, y su bula que dispensa de sus votos religiosos al caballero Fidelio de Cassini, y que le seculariza en consideración al derecho de primogenitura que en él ha recaído por la muerte de su hermano Felipe de Casini.

—Gracie tante, repuso ella con fuego. Ese joven monseñor, está privado de las ventajas de la fortuna, es nuestro pupilo, y nos será muy adicto. Las manos hábiles de vuestra eminencia desarrollarán en él facultades que no esperan sino una favorable posición para manifestarse con todo brillo. Tiene tacto, talento, valor además, y yo quisiera abrirle la carrera de las armas. Cuento con vuestro poder para hacerle entrar en los gentiles hombres de la guardia del rey. No quiero, añadió haciendo una monada, pedir este favor á S. M.; me he propuesto no meterme en nada ni recomendar á nadie, porque no quiero inspirar celos á la reina.

—¿Ni al rey?... replicó el cardenal con una sonrisa maligna.... Y bien; yo me encargo de la fortuna de vuestro Fidelio. Le tengo en tan alta estima que esta noche misma partirá para Viena con un mensaje del rey....

—¿Para Viena? exclamó la duquesa á quien interesaba conservar á su lado tanto como su vida el objeto de su amor.... No penseis en ello, no puede ser; yo tengo necesidad de verle por su interés.... por el mío.... No consiento en eso, señor cardenal.

—Tranquilizaos, señora, le dijo este friamente; su ausencia será corta, y él os la engañará con los amorosos versos que os dirigiese. Decís, que tiene tacto, talento.... y bien, si todo eso tiene ¿qué?...

—Señor cardenal, replicó la favorita con un tono

lento y mesurado, vuestro poder es grande, pero depende de otro poder aun mas alto. Hace veinte años que me está sometido á mí este poder, cuando el vuestro no data sino de una fecha muy reciente y no se apoya en la línea femenina. ... Temed ser vencido si nos ponemos en el caso de medir nuestras fuerzas.

—Señora, replicó el cardenal con voz sonora, es con el agrado y con el consentimiento como os está sometido hace veinte años el poder del rey; con él quisimos nombrar á lord Acton, que viene aquí en hábito de monge, y que deja, si no me engaño, pruebas de su munificencia, porque las armas bordadas sobre esos dos bolsillos que acabo de ver en vuestras manos me parece que son las suyas.... cuanto mas las examino mas reconozco sus blasones. Después metiendo los bolsillos en su faltriquera se cruzó de brazos y dominó á la duquesa con una de esas miradas firmes y acusadoras que le eran habituales; empero las palabras que esta acababa de oír la habían herido como un rayo y privádola del uso de la palabra y de la facultad de moverse. Temblaban todos sus miembros; y sus ojos, en que se pintaba un momento antes la belleza y la indignación para acusar al cardenal, no encontraban ahora mas que la tierra como punto de mira.

El cardenal que había logrado el objeto que se proponía, y que además tenía necesidad de la traición de la favorita que le había contado lord Acton, y de que se servía para obrar según sus miras la reina, porque todos estos personajes figuraban, no abusó largo tiempo de su victoria, y cambiando bien pronto de actitud y de lenguaje la dijo con gracia y ligereza, que el gran valor se mostraba en las ocasiones; que debía volver á tomar el humor y la alegría que la hacían la muger mas seductora de Nápoles; que encomendase el tiempo á los placeres, y no se consumiese por los pesares; últimamente, que lord Acton acababa de decirle que una *prima dona* hacia su primera salida en el teatro de San Carlos, que toda la corte iba allí, y que le aguardaba lady Hamilton. Después se despidió de ella juntando la ironía con la galantería. Ella furiosa, despechada, en lugar de ir al teatro como le aconsejaba el burlon cardenal, se encerró en el fondo de su palacio, acompañada por los remordimientos y las penas de su mala conciencia.

### III.

#### Regalo de boda.

Una de las habitaciones del pabellon del palacio de Schoenbrunn que servía de despacho, había sido por la dignidad militar del que le ocupaba arreglada al estilo guerrero. Estaba decorado el interior con una colgadura de cuti de plata y anchas rayas de azul fuerte, guarnecido de franjas de seda color de púrpura de Tiro. Largas cortinas del mismo gusto, sostenidas por lanzas de acero reluciente y bruñido, y colocadas en elegantes colgaduras sobre ramas de laurel broncedo, se hallaban colocadas en las ventanas y sobrepuertas. En las paredes se hallaban colgadas en forma de trofeos diversas armas; y todos los muebles de este gabinete—tienda de campaña, consistían en adornos que respiraban todo el gusto militar.

En medio de esta tienda se hallaba de pie leyendo un despacho un joven de arrogante talla, cabellera rubia y sedosa, que caía sobre su frente ancha y blanca en donde se leía la noble espresion de su rostro, inspirando á la vez respeto y confianza, porque su mirada era á la vez dulce y altiva, su sonrisa llena de franqueza y dignidad, todo descubría el alma grande que habitaba aquel cuerpo á la vez varonil y gracioso. Estaba vestido de uniforme de paño blanco, con vueltas azul celestes; y en su pecho brillaba la placa de la orden del águila con dos cabezas, armas ambiciosas del Austria. De su elegante cintura pendía una espada sencilla; y el conjunto todo de este joven guerrero, que era nada menos que el archiduque Carlos, generalísimo á los 22 años, recordaba aquellos ángeles armados con la espada de Dios, escapados al pincel poético y piadoso del inimitable Rafael. Cerca de él y en actitud del mas profundo respeto se encontraba un edecan de servicio, á quien dió la orden de introducir al enviado del rey de las Dos Sicilias.

Habiendo guardado el príncipe el despacho que acababa de leer, el caballero Fidelio de Cassini se adelantó con pasos lentos y mesurados, y después de inclinarse tres veces delante de S. A. I. dijo que el rey su amo le había ordenado entregarle una espada bendecida por el cardenal Ruffo sobre el sepulcro de San Genaro, patron y protector de Nápoles, y que á este presente reunía una pipa de lava del Vesubio, y una caja de ágata que contenía tabaco de Calabria, cuyo dulce perfume rivalizaba con el del Oriente. Durante este discurso dos pages ponían delante del archiduque los objetos mencionados. El príncipe, con un movimiento igual al que descubrió á Aquiles se apoderó vivamente de la brillante espada, y exclamó con entusiasmo, tendiendo la mano al enviado, que no tardaría en sacarla contra el enemigo comun, y que partiría inmediatamente después de su matrimonio al ejército donde esperaba que la victoria le hiciese un esposo digno de tan alta princesa. La audiencia se terminó por las graciosas palabras que dirigió el archiduque al caballero Fidelio, á quien acogió con la mayor bondad y despidió según los usos de la corte.

El edecan entró algunas horas mas tarde á tomar las órdenes del príncipe generalísimo para la revista que debía pasar, y le encontró fumando la pipa de

lava del Vesubio que había recibido como presente de boda, porque hay dos cosas á que no resisten los alemanes, el wals y el tabaco. Así habían hecho perfectamente su cálculo.

### IV.

#### Los desposorios.

En otra parte de este mismo palacio de Schoenbrunn una escena muy diferente era la que pasaba.

La reina de Nápoles, la sombría Carolina, esa muger tan disoluta como Catalina II, tan páfida como Catalina de Médicis estaba recostada en un sofá. Las pupilas saltaban de sus órbitas; tenía el cabello en desorden; y mordía con despecho el sobre de una carta que acababa de recibir, agitándola en su mano con un aire amenazador como en otro tiempo los caballos agitaban sus espadas en el momento de lanzarse al enemigo.

Tal era la situación espasmódica en que se hallaba cuando entró en su estancia con un mensaje su confidente Laureta. Tan asustada quedó al ver á su augusta ama en aquella situación que creyéndola en peligro se arrojó, digámoslo así, sobre ella, tratando de levantarla, y manifestando por sus exclamaciones la inquietud y el terror que sentía. La reina respondió con un horroroso silbido escapado de su pecho por el furor que le agitaba, y rechazándola con fuerza se levantó, se puso á recorrer á grandes pasos la estancia, y deteniéndose repentinamente delante de su asustada camarera, la dijo:

—No estoy mala, Laureta, sino furiosa; ultrajada, indignamente burlada. Ese matrimonio que yo creía haber conducido sola, y con él afirmar el edificio de mi política, es la obra del demonio; Fernando es su autor, y sus consecuencias deben al contrario destruir todas mis combinaciones. Fernando sin que yo lo conozca me ha hecho salir de Nápoles; temía mis investigaciones; quería obrar con libertad, y seguir su cobarde política negociando con la Francia por la cual ha firmado en Italia una tregua con Bonaparte. Empero lo mas odioso aun, Laureta mía, es que tambien el Austria, mi propia casa, mi propia familia me vende; Buzza ha entablado negociaciones con Moreau, que marcha á Alemania. Correos van y vienen, y tratan de una paz vergonzosa cuando todo parece disponerse para un glorioso combate. Esto es horrible, Laureta.

—Señora, respondió esta, V. M. se halla engañada por falsas noticias. Es imposible; acabo de asistir á la revista, he oído la proclama del archiduque Carlos anunciando su marcha, las tropas han recibido sus banderas de manos de nuestra princesa, que como otra María Teresa de Austria ha ceñido la espada de batalla á aquel que mañana será su esposo, y este ha jurado al pie del trono, en donde estaba sentada con la emperatriz, y en presencia de todo el ejército que no la envainaría sino después de haber vencido.

—Laureta, todo eso no es mas que un fingimiento. He aquí en esta cómoda toda la correspondencia del rey de Nápoles, mi esposo, y del emperador de Austria. El cardenal Ruffo la ha sorprendido; lord Acton me la envía; estos dos monarcas se escribian ellos mismos. Fernando que aborrece á Acton, se ha constituido mediador entre la Francia y el Austria, y el matrimonio de su hija con un príncipe de esta casa se negociaba hacia largo tiempo para darle derecho á esto.

—Señora, replicó Laureta, el estado en que yo he encontrado á V. M. me ha hecho olvidarme de decirle que el enviado del rey de Nápoles aguardaba el honor de ser presentado. Tal vez traerá algun feliz mensaje....

—¿Qué feliz mensaje puede traer, Laureta? Nada puede destruir la autenticidad de los documentos que salen del propio gabinete del rey. Yo reconozco su letra, y la del emperador. Ese enviado tiene sin duda el encargo de poner á mi vista algun nuevo engaño; no puedo recibirle; decidsele, y dejadme pensar en mi venganza....

Preparábase Laureta á salir para ejecutar las órdenes de la reina, cuando percibió esta en su dedo una sortija adornada con una cruz negra. Cogióla repentinamente el brazo, y la preguntó con violencia ¿de dónde viene esta sortija?

—Del enviado del rey de Nápoles, respondió ella, y con la turbación de haber visto á V. M. en tal estado me olvidaba de enseñároslo como me lo había encargado.

—¿Por qué has tardado tanto en decírmelo? dijo la reina. En todas partes me venden.... El debería estar allí.... y arrojándose precipitadamente fuera del cuarto la dijo, le aguardo, encontradle pronto, ó me respondeis con la vida.

La pobre Laureta salió al instante y con la ligereza que le permitía su agitación. Carolina permaneció sola, y procurando tranquilizarse murmuró estas palabras:

—El enviado del rey es al mismo tiempo un emisario de Ruffo; esta sortija me revela su doble carácter, según lo convenido con el cardenal. Esto es seguramente muy hábil; comienzo á esperar si es que su eminencia ha puesto mano en el negocio.

En este instante se anunció al caballero Fidelio de Cassini que traía debajo del brazo una caja cubierta de tafete encarnado. Inmediatamente las puertas se cerraron con el mayor cuidado, y se quedó el enviado con la reina durante mas de una hora.

Apenas salió, volvió la reina á llamar á Laureta;



se sonrió con ella con toda cordialidad; la dió á besar una de sus reales manos, y la regaló un magnífico chal de cachemira de la India, diciéndola con el aire mas afectuoso y alegre:

—No estamos bajo el ardiente sol de Nápoles, Laureta mía; hace bastante frío; toma para poderle abrigar.

La pobre Laureta se hallaba habituada al irritable y variable genio de su real ama, y se sometía á todos sus caprichos. La temía escésivamente, pero desprovista de toda penetración no veía nunca mas allá del momento actual. Discreta y reservada, diríase que era creada espresamente para el empleo que desempeñaba; podía comparársela á los mudos del Serrallo, que ejecutan las órdenes de sus amos sin ninguna interpretación. Así es que tomó el regalo de la reina y vió la metamorfosis que acababa de operarse en su semblante sin hacer sobre ello la menor reflexión mental.

La hora del tocador de S. M. había llegado. La reina debía presentarse este día suntuosamente vestida, porque la ceremonia del desposorio iba á celebrarse.

Así que estuvo dispuesta, las damas y oficiales de su real casa llegaron y fueron á buscar á la futura esposa, á la princesa Antonia de las Dos Sicilias, á quien su madre estaba ya aguardando, y en cuanto llegó vino á abrazarla con la alegría y ternura de un corderillo. Un color sonrosado adornaba el bello carmin de sus mejillas; sus ojos reflejaban el mas puro azul, y vinieron á encontrar los de S. M. la reina, en los que sorprendieron una mirada de alegría fingida y traidora.

Profunda impresion causó al momento esta mirada en sus pensamientos. En vano trató de resistir al efecto indefinible de esta mirada y del aire equívoco de la reina. En semejantes circunstancias la virgen real quedó aterrada; su tímida frente mudó de color; el terror y la inquietud se infiltraron en sus venas; debilitáronse sus juveniles miembros; su esbelto talle se plegó como el junco combatido por el vendabal del Norte. Antonia conocía á su madre, é interpretaba de una manera triste sus siniestras miradas! parecíanla precursoras de alguna gran desgracia.

Carolina notó la turbación de su hija, y sea que sintiese que era madre, sea que tratase de disimular á la vista de los espectadores, contrajo sus labios de modo que remedasen una sonrisa, y besó á su hija en la frente, empero reinaba en toda su fisonomía como la reverberación de un pensamiento oculto de perfidia, de tal modo que destruyó bien pronto por completo la alegría de que se hallaba inundado el corazón de la princesa por la proximidad de su matrimonio, porque mas feliz en esto que lo son generalmente las hijas de los príncipes y los reyes, ella conocía y amaba al que iba á ser su esposo; ella era á la vez adorada; sus corazones se hallaban en la mayor armonía; buenos y sinceros, cualidades raras en las cortes, su juventud, sus encantos, el mérito de sus personas respectivas, hacían esta union tan bella como ilustre. Así es que ningún matrimonio se había anhelado tan estrecha y tan sinceramente como este.

La reina, como para disipar la tristeza que se había apoderado de la princesa, se ocupó del cuidado de su adorno, que era muy sencillo. Una modesta corona de bonitas flores azules que tanto aman las alemanas, y que en todas las lenguas se llaman *no me olvides*, las cuales le había enviado el archiduque, que las cultivaba por sí mismo, adornaba sus hermosos y rubios cabellos; una trenza de las mas bellas perlas del Oriente, de la que pendía el retrato del príncipe, era su única alhaja. Un vestido blanco, ancho, flotante, cortado en forma de túnica, guarnecido por debajo con una guirnalda de las mismas flores que la corona, hé aqui todo el adorno de la deposada, adorno que la hacía aparecer como una de esas estatuas griegas, de formas graciosas y aéreas, de los cinceles de Fidias y Praxiteles.

Tan turbado tenía su ánimo, que todos los esfuerzos de la reina no pudieron devolverla la espresion de felicidad que le había robado en una mirada. Era preciso un incidente para reavivarla, y recordar al mismo tiempo á los numerosos testigos la gran solemnidad que iba á tener lugar. La marcha que tocaban los tambores á la parte exterior del edificio produjo este efecto mágico. El que se llama sucesor del trono de los Césares iba á presentarse; las puertas se abrieron á las palabras de ¡El Emperador! que resonaron en medio de la alegre y apiñada concurrencia.

S. M. I. y R. se inclinó delante de la reina de las Dos Sicilias, que conducía de la mano á su augusta hija ante su muy querido hermano el archiduque Carlos allí presente. La reina recitó el cumplimiento de costumbre, con voz conmovida y aire inquieto, que se atribuyó á la solemnidad de las circunstancias. El emperador dió el brazo de la princesa al archiduque, de mano de la reina que lo estaba observando hacia largo tiempo; siguiéronle los demas archiduques y dignatarios que le habían acompañado, y toda esta comitiva llegó hasta la galería del palacio donde la emperatriz, las damas de la corte, y una multitud de espectadores se encontraban reunidos para aumentar la pompa de las bodas. El canciller leyó los artículos del contrato, y habiéndolo firmado el emperador y la emperatriz lo presentaron al archiduque sobre una bandeja de oro macizo.

Levantóse el archiduque vacilante. Su extrema palidez había ya llamado la atención de todos, y escitado la inquietud de la princesa. En vano tiende el archiduque su brazo para coger esa pluma que debe sellar

su felicidad; su mano se contrae, desfallece, y cae sobre la bandeja; sus piernas se doblan, y el ruido de su caída arranca un grito general que resuena hasta en las bóvedas del palacio, cayendo tendido á los pies de la princesa; todos abandonan su sitio; se aproximan y rodean al augusto enfermo. Un ataque terrible de este mal horroroso que se llama epilepsia vino á revelar á toda la corte asustada que el archiduque Carlos Alberto no podía contraer aquella alianza.

Carolina con la mayor presencia de espíritu exclamó, mi hija se muere; y cogiéndola en sus brazos la sacó de la estancia real desmayada. Todos exclamaban al verla salir, ¡pobre madre, desgraciada princesa; el archiduque espira! La reina fué seguida por las señoras de su comitiva que la quitaron su preciosa carga. El caballero Fidelio de Cassini se encontró al paso de la reina, é inclinándose al oído de la misma la dijo: valor, señora; ya os había prevenido que dentro de doce horas.

—Silencio, desgraciado, respondióle ella con aire asustado.

## V.

## El Danubio.

Proyectaba la luna sus pálidos rayos sobre las murallas del palacio de Schoenbrunn; todo yacía en silencio al rededor de esta antigua estancia; el eco no repetía sino el monótono y acompasado ruido de los pasos de los centinelas que la guardaban. El silencio de esta fría noche lo interrumpió solo la voz de una muger envuelta en un gran manto, y acompañada de un hombre embozado en una ancha capa parda guarnecida de pieles. Esta muger preguntó por la entrada del pabellon archiducal al oficial de guardia, que se apresuró á abrirla las puertas, y la siguió respetuosamente hasta que se introdujo con el caballero que la acompañaba en el gabinete tienda de que hemos hablado, donde velaba siempre un edecan de campo de servicio.

Reconoció este á la reina de Nápoles, y se adelantó para recibirla. Preguntóle la reina noticias de la salud del archiduque con el acento del mas tierno interés, no pudiendo, segun decia, retirarse á descansar sin saber el estado en que se hallaba.

El edecan la dijo que había pasado la crisis, y que hacía algunas horas que un tranquilo sueño le dejaba descansar, esperando los médicos á que se despertase para pronunciar su fallo.

La reina preguntó á este oficial, que hacia largo tiempo se hallaba al servicio del archiduque, si este se hallaba sujeto á semejantes accidentes, ó si eran tal vez provocados por la asiduidad del trabajo ó por la fatiga de un ejercicio violento.

—Jamás, replicó el oficial; jamás su S. A. ha sufrido mal de especie alguna, hasta esta mañana que se ha quejado de dolor de cabeza despues de haber gustado el tabaco de Calabria que el rey de Nápoles le ha enviado.

—¿Lo han examinado los médicos? interrumpió la reina.

—No señora, respondió el edecan. La pregunta bien natural que me dirige V. M. me recuerda una cosa. Ahí, sobre la mesa del despacho está la caja del tabaco, y podría verse si algunas hojas parásitas han sido la causa de tan cruel suceso.

—No hay que perder tiempo, replicó la reina; y si pudiera descubrirse que este mal no tiene mas que una causa accidental y transitoria, fácil sería el remedio. Llamad inmediatamente á los médicos que asisten al archiduque, que aqui aguardo su venida.

En el momento mismo en que la reina se vió des- embarazada de la presencia del edecan del príncipe á quien con tanta destreza había sabido alejar, se apoderó de la caja que contenía las fatales hojas, y la reemplazó por la que ocultaba debajo de su capa el caballero que la acompañaba, y que no era otro que Fidelio de Cassini, el enviado del rey de Nápoles, el agente del cardenal Ruffo, y el del lord Acton. Fácil es de presumir que esta caja era exactamente igual á la otra, empero que no encerraba sino tabaco puro, y á fin de verificar este cambio, Carolina había venido á hacer esta visita nocturna, porque no podía tener un momento de tranquilidad mientras no desapareciese la otra, y el negocio era demasiado grave para confiarlo á nadie.

La prudencia aconsejaba esta medida. En efecto, si el príncipe sobreviviese, ó llegase á volver en sí, lo primero que pediría sería el analisis del tabaco puesto que se había encontrado enfermo inmediatamente despues de haberlo usado.

El edecan volvió solo á decir á la reina que el archiduque acababa de despertarse con una crisis terrible que no permitía á los médicos faltar un momento de su lado. Efectivamente, en aquel momento los gemidos dolorosos de este desgraciado príncipe llegaban hasta los oídos de la reina, que afectó la mayor consternacion y dolor. Fidelio aprovechó la emocion visible de la reina para suplicarla que se retirase, y ella siguió su consejo recomendando al edecan que la enviase los doctores á la mañana siguiente si era posible. Volvió con precipitación á su cuarto, siempre con Fidelio, llevando una linterna que tenia preparada de antemano; abrió una puertecilla oculta en una escalera estrecha y de caracol; hizo á Fidelio que la siguiese, y subiéndola ella la primera, como persona que tiene un perfecto conocimiento del terreno, llegó

bien pronto á la parte baja con el amante de la duquesa de Matalflorida. Allí se encontró aun una puerta que abrió sin trabajo, y que daba al camino real, donde un caballo ensillado aguardaba á Fidelio que montó sobre él con la mayor agilidad, y partió en seguida con la rapidez del rayo.

La reina volvió inmediatamente á su estancia; se puso á escribir al rey su marido, al cardenal Ruffo, y al general Acton. Despues de haber cerrado y sellado estos diferentes despachos, quedóse en vela hasta que oyó el trote de un caballo. Entonces, tomando el paquete de cartas y la linterna, volvió á bajar por la misma escalera de caracol, abrió la puerta que daba al campo, y el mismo caballero echó pié á tierra, se aproximó á su oído, y profirió estas palabras: el Danubio tiene nuestros secretos. Carolina, dirigiendo la luz de su linterna sobre su semblante, le respondió, está bien; tomad estos despachos y marchad, nos veremos en Nápoles; desde este momento sois conde, Fidelio de Cassini. Volvió despues á su cuarto, y se dispuso para descansar de una noche tan inquieta y agitada á gustar las dulzuras del sueño. ¿Fué este el sueño del justo?

No será fuera de propósito instruir á nuestros lectores que el gallardo y apuesto caballero Fidelio de Cassini, á quien la reina acababa de calificar de conde á la claridad de su linterna, lo que le prometía una alta fortuna porque conocía la estension de su poder, era procedente de una noble familia de Calabria á quien sucesos ajenos á esta historia habían arruinado completamente. El hermano mayor había seguido la carrera de las armas; y él, segun el uso y la voluntad de un padre terco y obstinado, había sido obligado á entrar en las órdenes eclesiásticas. Aborrecía esta profesion, y aunque joven estaba devorado por una sed insaciable de riquezas. Tentó la fortuna por medio del juego, y al rededor del tapete verde, hizo la conquista de la duquesa Palma de Matalflorida, sabiendo, como todo el mundo que era la favorita del rey de Nápoles. De una sola mirada conoció todo el partido que podía sacar de la pasión de esta muger corrompida y desenfrenada por todos los placeres. Fingió un amor cándido, sencillo, y se hizo el celoso; era mas de lo que necesitaba un joven de 22 años para exaltar la cabeza de esta muger exaltada. La muerte de su hermano mayor vino en este tiempo á darle pretexto para pedir á Roma que le permitiese volver á la vida seglar. Este incidente le puso en relacion con el cardenal Ruffo, bajo la proteccion de la duquesa. El cardenal era uno de los hombres mas despreocupados de su época, llevó el escalpelo de su penetración al pecho de nuestro joven aventurero, y vió en él un corazón falso, cobarde, avaro, y dispuesto á todo. Desde este momento se lo unió á sí é hizo de él uno de los numerosos agentes que empleaba para ejecutar sus sordas maniobras.

Muy lejos estaba la duquesa de creer que su amante estaba tan adelantado en la confianza de su eminen- cia. De aqui provino su sorpresa cuando lo vió designado para ser portador de los presentes del rey de Nápoles al archiduque; pero esta eleccion era dictada por la necesidad que se tenia de semejante hombre para ejecutar el atentado que debía romper el matrimonio del archiduque con la princesa. Acabamos de ver cual fué su conducta en esta circunstancia. No tenemos necesidad de decir mas tocante á este personaje, que va caminando hacia Nápoles, sino que entró en esta capital embriagado con el favor de la reina. Luego que su fortuna estaba asegurada; había cumplido ademas su mision á satisfaccion de su ministro el cardenal Ruffo, y de su favorito Acton. ¿Qué razones mas poderosas podía haber para desvanecer á un ambicioso, y hacerle olvidar el camino que conduce al poder y la grandeza?

Esto fué lo que desgraciadamente para él hizo, porque no se acordó mas de su primera bienhechora, no trató siquiera de verla; y habiéndose hallado con ella en el teatro, la volvió la cabeza con desden, y la hizo un objeto de burla para su vanidad con otros jóvenes. Su tierna y gastada Palma, duquesa de Matalflorida, hizo mas que darse por picada; se vengó como se vengaba una italiana; porque el amor despreciado es una tigre, y pocos dias despues de este suceso se encontró asesinado en las calles de Nápoles á un caballero; este caballero era el conde Fidelio de Cassini. La puñalada que le había hecho espirar había vengado ademas otros muchos crímenes.

## VI.

## El yacé real.

«A bordo del yacé Audaz, que me ha trasportado á Iberia, tierra que temo, tu desgraciada hermana te escribe la continuacion de sus desgracias; porque el tiempo, ó mas bien la precipitacion con que se ha encadenado su destino, no le ha permitido terminar en Nápoles la relacion de los sucesos que han fulminado su existencia. He dejado al archiduque al lado del sepulcro, y á la corte y al pueblo estupefactos del ataque imprevisto que le sorprendió en el momento de firmar nuestros contratos, aguardando con ansiedad las noticias de los médicos. Esta terrible sentencia ha consternado al Austria, y ha apagado mi vida, mirando nuestros destinos. Han pronunciado que si el príncipe escapaba á la muerte, por la fuerza y vigor de su juventud, no curaría jamás del mal funesto que tan fuertemente le ha atacado. El emperador juntó en seguida un consejo de familia, en el que la reina



nuestra madre tomó la palabra. Allí habló la primera, y después de haber manifestado en medio de sollozos que la sofocaban y embargaban sus palabras, la desesperación á que la reducía la incurable enfermedad del príncipe, representó con ese acento enérgico que todos la conocemos, que su deber de madre se oponía á que cumpliera el empeño que había contraído, en virtud de los poderes del rey su soberano y su esposo, de aceptar al archiduque Carlos de Austria por yerno, que al tenor de esos mismos poderes, que le conferían el derecho de obrar como madre y como reina, presentaba á la ilustre asamblea presidida por S. M. I. y R. el emperador de Alemania una petición para romper oficialmente todo proyecto de unión entre su hija la princesa Antonia de las Dos Sicilias, y S. A. I. y R. el archiduque Carlos de Austria; y que por una consecuencia inevitable de este rompimiento pedía sus pasaportes. A lo cual el emperador respondió con expresiones convenientes á las circunstancias y al profundo pesar y aflicción que le causaban. El consejo, después de una corta deliberación, ha cedido á la petición de la reina, é inmediatamente que se ha terminado la sesión, nuestra madre se ha dirigido sin demora á donde yacía la desgraciada hermana. Jamás me ha parecido tan viva y tan noble su tristeza. Los testimonios de su aflicción y la pintura de sus pesares han sido tales que han disipado completamente algunas vanas sospechas que se habían apoderado de mi tímida alma, y que me habían hecho pensar un momento si mi alianza con el príncipe no llenaba sus miras. Al contrario, ha apreciado en toda su extensión la pérdida que he sufrido, y me lo ha repetido mil veces, hija mía, mi querida hija, somos muy desgraciadas. Esta penosa confirmación la he tenido á nuestra salida para Nápoles. Era el medio día, la hora elegida para nuestra proyectada unión.... ¿Concibes tú, mi querida Amelia (1) cuánta angustia habrá sufrido mi corazón? Todo se preparaba con una horrible diligencia; diríase que era una fuga organizada; todos los criados parecían aguijoneados. Aunque á todos hablé, no pude obtener noticias del archiduque; todo el mundo se hacía sordo á cuantas preguntas le dirigía; en fin, me pusieron en una litera con mi fiel Clementina. Me hallaba insensible, mi querida Amelia; Clementina me hablaba, me besaba las manos, pero nada podía conmoverme; me hallaba en un estado de aturdimiento completo, y en tal insensibilidad que ninguna cuerda de mi corazón vibraba; llamaba á la muerte en silencio, porque no sabía ya que pensar. Clementina llena de desesperación no encontrando nada que decirme, me dijo que en el momento de nuestra partida había tomado mi corona de desposada, aquellas preciosas flores de no me olvides que había recibido de él, y la había puesto en el retrato del archiduque que decora la sala de los Fastos por donde pasa toda la corte, y por donde es preciso atravesar al salir de su cuarto. Me irrité tanto de esta audacia y de las consecuencias que podía tener, así como las malignas interpretaciones que podían dar los cortesanos á expensas de mi pudor, que me resistí á ello con la mayor energía, y la dije estas palabras: —¿Me quieres privar hasta de un recuerdo?—¡Ah! hermana mía, me contestó; ¿cuán extrañas son las variaciones del corazón?—Estas palabras despertaron en mí; la dignidad de princesa se hizo sentir como una chispa eléctrica que produjo palpitaciones precipitadas, y el rayo de una alegría fugitiva brilló en mi rostro —El verá en efecto que le amas siempre y que esperas en él.—Dí las gracias á Clementina; la estreché en mis brazos, y vertí lágrimas dulces de reconocimiento. —¿He hecho mal, hermana mía? ¿Cuanto lo siento! Pero tú sabrás purificar lo que hubiere de culpable en mis pensamientos en este terrible momento; lo repito, es bastante poderosa la virtud de María Amelia para lavar cualquier falta mía.

«Tal ha sido la desorganización que he sufrido durante mi viaje, que no sé el tiempo que ha durado. Lo que te puedo decir es, que tres días después de nuestra llegada á Nápoles, el rey nuestro padre entró una mañana en mi estancia, me tomó la mano con la mayor ternura, y con aire de consternación me dijo que estaba prometida por esposa al infante don Fernando, príncipe de Asturias, heredero del trono de España, y que dentro de ocho días marcharía á Madrid para casarme con este príncipe.... ¡Yo marchar á España!... ¡Yo casarme con otro!... Esto es horroroso.... Amelia, si el Vesubio me hubiera sepultado con todo el peso de su ardiente lava, ó devorado con sus sulfúreas llamas, estoy segura que no hubiera sentido tantos tormentos. El infierno se había desencadenado en el fondo de mi corazón. Me arrojé de rodillas ante nuestro padre; amenacé, imploré al rey como hija y como súbdita, pedí un convento, la muerte, ¿qué se yo? Este excelente padre, lejos de vituperar mis violencias, comprendía y participaba de mi desesperación; aprobaba mi terror, lloraba conmigo, empero esa palabra inflexible de la razón de estado terminaba todas sus frases y les arrebatada la dulzura que tenían. Nuestra madre intentó calmarme, y tampoco logró nada; la profunda herida que tenía en mi corazón se ensangrentaba á medida que intentaban curarla. En fin, recurrieron al cardenal Ruffo. Después de haber sacado su texto de las asesinas razones de estado, que han consumido tantas existencias, me recordó el sacrificio de nuestro Redentor que se inmoló por nosotros, y me comunicó una carta del papa.... ¡Una carta del santo padre, á mí... á una niña!... ¡Su

Santidad me suplicaba! ¡Oh, yo he visto, mi querida hermana que era preciso que me inmolas! Me levanté entonces, y dije al cardenal: ¿Quieren mi vida? Está bien, la entrego. A la mañana siguiente me fué preciso recibir al embajador de S. M. C., que me llenó de presentes. ¡Ay! Recuerdo mi corona de novia que estaba allí, sobre mi corazón, este pobre corazón que él solo hacía palpar; todo lo demás me era importuno, me cansaba y me fatigaba. Inútil es que me preguntes lo que se ha hecho por mí, al rededor de mí, y en presencia mía; nada he visto, he cerrado los ojos, mis oídos nada han escuchado, he aquí lo único que puedo decirte, que desde ayer me hallé en un magnífico buque español, adornado con el pabellón de esta nación, y que me llaman ya la princesa de Asturias. No sé si sueño, hermana mía, ó si estoy despierta; vivo en una terrible agonía, y espero que las velas de esta embarcación, en lugar de conducirme á España, me servirán de mortaja. Un recuerdo y una lágrima es todo lo que te pide tu desgraciada hermana.—ANTONIA.»

He pensado que la relación histórica que acabo de colocar aquí era el mejor y mas seguro documento para trazar con fidelidad las circunstancias de esta parte de la vida de nuestra heroína, y que además sería mas propia que cualquiera otra para hacerla conocer, porque se revela en ella por entero á la princesa María Amelia, su amiga y su hermana, que habitaba en Palermo á la sazón, y que al mismo tiempo la pintura que hace de la situación deplorable de su alma, dispondrá á mis lectores á comprender que su imaginación pudo muy bien estraviarse hasta el punto de buscar un remedio en el suicidio, á fin de sustraerse á un matrimonio que aborrecía, y que temía á la vez. Su alma casta y pura miraba como un crimen el juramento que debía hacer á Fernando al pie de los altares, porque su boca, obligándose á amar á otro que al príncipe Carlos, sería desmentida por su conciencia. Este combate interior, incesante, junto con el choque sucesivo é instantáneo que había experimentado por mas de un mes, acaloró de tal manera su sangre, y exaltó su joven imaginación á tal punto de desesperación, que resolvió terminar sus días por el hambre, el mas cruel de todos los géneros de muerte. Esta idea la fascinó, y una idea fija puede mucho sobre una joven de diez y siete años, nacida en la tierra volcánica del Vesubio, habituada en sus paseos náuticos á saltar por medio de los escollos Caribdis y Escila, y cuyos primeros pasos han estampado sus huellas en las ruinas de Pompeya.

La princesa Antonia resolvió, pues, privarse enteramente de alimento, para lo cual se quedó en cama, bajo el pretexto de que el mar la causaba una irresistible necesidad de dormir; prohibió que nadie entrara en su gabinete sin orden suya; y después de haber permanecido así recluida durante el día, pidió alimentos para no inspirar sospecha alguna, despidió su servidumbre, y aprovechándose después de las sombras de la noche, arrojaba al mar lo que estaba destinado á sostener una vida que le servía de carga. Tres días pasaron así, durante los cuales fué presa de terribles angustias; empero la naturaleza, ese poder imperioso, habló mas alto que sus fuerzas, y acababa de agotarla reuniendo las que le quedaban para abrir las ventanas de su gabinete; empero su mano falta de fuerzas, dejó caer el plato que contenía la comida, al arrojarla al mar, y el ruido que produjo llamó la atención del oficial del cuarto vigilante, que se paseaba sobre el puente, cuyo oficial dió aviso. La princesa se hallaba desmayada. Un terrible delirio continuó toda la noche; y á medida que los auxilios suministrados restablecían sus fuerzas, se mejoraba por momentos, y la princesa comenzaba á hablar.

El médico y su fiel Clementina, que no la abandonaron un instante, se enteraron bien pronto, y mas aun por las indiscreciones cometidas durante el delirio, que fué lo que la salvó del funesto proyecto que se había propuesto. Las frases cortas y desesperadas que se le escaparon ilustraron al doctor sobre el género de mal que experimentaba, y este, hombre de talento y de prudencia, recomendó el secreto á Clementina; reemplazó los medicamentos por fortificantes tomados con tino y con medida, á los pocos días la juventud y sus cuidados alejaron del todo el peligro. Cumplido el encargo del médico, quedaba aun el del sábio y el del hombre honrado, porque el cuerpo no había sufrido sino por el alma.

El médico era un emigrado francés, que arrojado á Nápoles por la tormenta revolucionaria había seguido á la hermana de Luis XVI.

Muerta la princesa, entró al servicio de los príncipes y princesas reales de las Dos Sicilias. Había visto á Antonia desde su niñez, y la profesaba la mayor adhesión; hablaban siempre juntos francés; y á esta adhesión, fidelidad y celo debió el ser nombrado para acompañarla hasta España.

Cuando estuvo en estado de poderla hablar seriamente, usó de la especie de familiaridad que sus años y antiguo conocimiento le autorizaban á tomar para declararla con todas las consideraciones posibles que conocía la causa de su mal. No se permitió hacerla ni una reconversión ligera; con argumentos dulces, morales y religiosos, produjo la calma en aquella alma agitada, y la convenció de que no tenía derecho de disponer de sus días mas que Dios, que se los había concedido para hacer de ellos un uso digno, y de los que era el único dueño y árbitro; en una palabra, volvió á aquel corazón amante la piedad, que no había sido desalojada de él sino por el mal modo de los que le

habían dirigido, y vertió sobre las heridas de su corazón la balsámica unción de la sensibilidad cautivando su confianza. Su dulce y enteramente paternal elocuencia supo conmover tan profundamente la virgen real que conoció la necesidad de reconciliarse con Dios, á quien había ofendido, y á quien jamás torna el mortal en vano. Algunos días después lo recibió en su seno; todos los oficiales y marineros quisieron imitar la devoción de la princesa, en acción de gracias por el restablecimiento de su salud; y poco á poco su alma llegó á adquirir una quietud y tranquilidad resignada, en la cual, sea cualquiera nuestra posición, la vida se soporta con calma. En tan feliz situación de espíritu llegó el buque que conducía la princesa de Asturias á las costas de España, donde una nueva situación la aguardaba.

(Se continuará.)

## HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

POR DON MODESTO LAFUENTE.

TOMO PRIMERO.—MADRID, 1850.—EDITOR, MELLADO.

### Artículo 3.º

Cuando se termina la lectura del discurso preliminar, queda la imaginación como si hubiera recorrido por un hermoso valle esmaltado de galanas flores, y dispuesta á emprender sin trabajo el menos florido campo de la narración histórica. Préstanse sin duda á las galas de la poesía la descripción de la situación de España, de sus envidiables producciones, de su feraz riqueza, y de las razas primitivas que la poblaron; pero ni estaría bien emplearlas en esta parte de la obra, ni lo esperábamos de su autor. Antes, por el contrario, separándose atinadamente de los historiadores que le han precedido, desprecia aquellas relaciones mas fabulosas que exactas de que están atestadas nuestras crónicas, y resume con notable precisión lo que hay averiguado como mas verdadero sobre quienes fueron los primeros pobladores de la Península. Y de notar es tambien que nos presente en pocas páginas lo que Mariana hacia en muchos capítulos sin poder afirmar nada como cosa cierta.

Los iberos, los celtas, los celíberos, la aislada posición de sus tribus, las subdivisiones que experimentaron su estado social, sus rústicas costumbres, todo es referido con admirable precisión, tomando las noticias de las mejores fuentes, de los historiadores de aquellos tiempos que mas se ocuparon de España, y cuyos escritos gozan aun en el día de grande autoridad. Estrabon y Diodoro, Tito Livio y Procopio, son y serán consultados siempre que se quieran conocer los primitivos tiempos de nuestra patria. No nos presentarán una detallada historia de ella, pero si nos dirán como Lafuente, teniendo presente al gran compilador de los analistas romanos, que «los rasgos comunes y característicos de estos pueblos eran la rusticidad, la sobriedad, el valor, el desprecio de la vida (1), el amor de la independencia, la tendencia al aislamiento, y por consecuencia la falta de unidad. Separados, y como aislados del continente europeo, y mas todavía de las demas partes del mundo, parecían destinados á pasar una vida ignorada, y una existencia oscura.»

Tambien tuvo Mariana presente á estos historiadores; pero ó faltándole criterio, ó dejándose llevar de la seducción de algunas relaciones, incurrió en errores que salva el señor Lafuente; tal como el de sentar nuestro P. jesuita que la venida de los griegos á España fué anterior á la de los fenicios. De estos graves yerros comete algunos Mariana, que suele presentar como cosa evidente. No culparemos al historiador, que careciendo de las necesarias noticias incurra en tales defectos; pero si pierde completamente su autoridad el libro que los contenga. Deplorable es que haya pasajes en nuestra historia tan oscurecidos, que ni toda la erudición del señor Lafuente sea bastante á aclararlos; pero consuélenos al menos el que no nos dé como cosa cierta la que él no tiene como averiguada, ofreciéndonos, sin embargo, lo que aparece como mas probable. En estos casos tenemos por mas conveniente la duda, que una afirmación vacilante.

Uno de los laudables propósitos del historiador que nos ocupa, es el de hacer conocidas muchas de nuestras ignoradas glorias, que no por haberlo sido en remotas y extrañas tierras, dejan de serlo para España, é interesarla mucho. Vamos á insertar un párrafo donde se evidencian, y por el cual se verá la importancia de los auxilios españoles, así como la bondadosa credulidad de quienes se prestaban á ser los forjadores de sus cadenas.

«En el año 480, dice, famoso por la expedición de Xerjes, hallaron buena ocasión los de Cartago para abatir el poderío marítimo de los griegos, valiéndose de la alianza de aquel poderoso rey, para ingerirse de su cuenta en Sicilia, de donde tuvo principio aquella larga serie de guerras sicilianas, de que á nosotros no nos toca sino apuntar la parte que en ellas cupo á los españoles. Durante aquellas sangrientas luchas no

(1) *Prodiga gens animo et properare facillima mortem.* Tito Livio, libro XVIII.



cesaron los cartagineses de levantar gente en las provincias de España, prestándose los españoles con increíble generosidad á servirles de auxiliares. Así vemos en 413 á Anibal Gisgon venir á España en busca de socorros para acometer á los siracusanos. En 411, ser los españoles los primeros en dar el asalto á Selinunte como auxiliares. En 396 acudir un considerable ejército español para reparar sus pérdidas de Sicilia. Así mas adelante los vemos en el sitio de Agrigento dar la victoria á los cartagineses, cuando ya los llevaban en derrota las tropas del tirano Dionisio. Así todavía despues, hallamos á un senador de Cartago recurriendo de nuevo á España en demanda de socorros con que poder indemnizarse de los desastres de Sicilia.»

Siet capítulos abraza el libro primero, que empujando á ocuparse de la situación de España y de sus primeros pobladores, como hemos dicho, termina presentando la fisonomía de la España primitiva al tiempo de la espulsion de los cartagineses y de la ruina de Cartago. La mercantil astucia de los fenicios, la heroica ambición de los griegos, noble unas veces, interesada las mas, y la hipócrita amistad de los cartagineses, se revelan con docta maestría en los dos primeros capítulos, contrastando notablemente con la sencilla credulidad de los indígenas, que daban abundantemente su oro á cambio de baratijas insignificantes; así como no ha tantos siglos nos cambiaban los americanos sus preciosas piedras y ricos metales por fútiles adornos de cristal. Nosotros les hicimos conocer el precio de sus riquezas, así como los fenicios á nuestros primitivos pobladores. De aquí el conocimiento de su independencia, la estimación de ella, y las guerras consiguientes.

Ya no son los españoles rústicos pastores, labradores pacíficos, y habitantes generosos. Abrigan en su pecho un sentimiento de nacionalidad, y pelean, y saben morir combatiendo. Comprenden la desigualdad de sus fuerzas, su impericia militar, y que tienen que habérselas con guerreros como Anibal, y con soldados vencedores de los romanos; pero ni los españoles han contado jamás el número de sus enemigos, ni les ha impuesto la grandeza de sus gefes, ni les ha amilanado el heroismo de sus contrarios. Cuando no podían vencer aquellas hordas indisciplinadas y sin union, sabían morir legando al orbe ejemplos como el de Sagunto.

Combaten los romanos con sus implacables enemigos los cartagineses, y la España es tambien teatro de sus guerras. Los españoles, por vengar á Sagunto, se hacen aliados de quienes habían de ser luego sus señores tiranos, y con su ayuda vencen al cartaginés. Desde entonces solo era España para Roma una provincia que debía agregar á su imperio universal, y envia á Escipion el Grande á conquistarla, y á pesar de su conducta generosa, tiene que luchar con bravura, y ver repetido en Astapa (Estepa) el ejemplo de Sagunto.

«Sitiada por Marcio, y despues de haber hecho esfuerzos desesperados de valor, determinaron sus habitantes morir todos antes que rendirse. Tambien como los de Sagunto levantaron en la plaza una inmensa pira, y reuniendo sus mugeres, sus hijos, y todos sus efectos y alhajas, dieron orden á cincuenta jóvenes de los mas determinados y resueltos, para que en el caso de penetrar en la ciudad las cohortes romanas, degollaran sus familias y aplicaran fuego á la leña. Ellos salieron como los saguntinos á atacar los atrinchamientos romanos; dejósles Marcio avanzar hasta tenerlos completamente envueltos; ciegos ellos de ardor, no ven el peligro, y perecen clavados por las lanzas romanas. Dirigense luego los vencedores á la ciudad.... cadáveres solo y cenizas encontraron en ella. Lo que Sagunto habia hecho por no someterse al yugo de Cartago, le repitió Astapa por no doblarse al yugo romano. Solo en España se vieron estos ejemplos de rudo heroismo. ¿Por qué Astapa ha sido menos ensalzada que Sagunto? ¿Será por que la ciudad fuese de menos importancia, ó por que los historiadores han sido romanos, y no cartagineses?»

El último capítulo del libro I es notable por retratar en él la fisonomía de la España primitiva, y el retrato sin duda es admirable. Conviene con Estrabon, y lo esplana completamente, en que la falta de unidad en los iberos fué siempre la causa de la pérdida de su libertad y de su independencia. Reciente tenemos el ejemplo de haber debido á esa union que en tantas ocasiones nos ha faltado, la salvación de tan caros objetos. Sin ella fueron siempre inútiles los esfuerzos de denodados caudillos. Istolacio, Indortes, Orisson, hubieran sido otro Mina, otro Merino, otro Empecinado, etc., con la unidad de fuerza y de voluntades que en tiempo de estos últimos.

Laudables son, es cierto, los gérmenes de civilización que nos dejaron estrños huéspedes; pero ¿qué valen en cambio de las riquezas que llevan, y de la humillación que dejan? Preferible es un pueblo sencillo, rudo é ignorante, sin mancilla, que con ella el mas civilizado. Es muy cara la ilustración á tanta costa. ¡Y cuántos dominadores no nos dejaron sino ruinas! ¿Qué nos quedó de los cartagineses? El señor Lafuente lo dice: *Por fortuna, este pueblo desapareció sin dejar rastro de su existencia.*—Si los dejó: nos legó la herencia de los conquistadores: las huellas que dejan á su paso: ruinas, escombros, montones de ceniza, arroyos de sangre y focos de pobreza: estos

son los rastros que dejaron los cartagineses: vedlos en Sagunto.

*Solo, añade, edificaron castillos y plazas fuertes, y los españoles aprendieron de los cartagineses á guerrear con mas arte. ¡Magnífica enseñanza!*

Comienza el libro II con el levantamiento de los españoles contra la dominación romana, y termina el capítulo 4.º con la destrucción de Numancia. Las páginas de este periodo de 71 años son gloriosas para nuestra historia. Pero ¡cuántos esfuerzos inútiles, cuánta sangre derramada, que solo habia de dar óptimos frutos para las generaciones futuras! ¡Cuántos horrores al mismo tiempo! Aquí la rapacidad y sordida avaricia de los pretores como el grande estafador Furio Philon: allí la horrible crueldad de Caton el Censor, destructor de cuatrocientos pueblos en trescientos dias; y en medio de este triste cuadro que representaba la aislada Península, se destaca la colosal figura de Viriato, modelo de nuestros famosos guerrilleros. Aquel pastor rudo y humilde trata de poder á poder con Roma, señora del mundo, y ofrece la oliva á 20,000 guerreros que los tenia como la cabeza sobre la cual pendia la espada de Damocles. Para gloria de España y humillación de Roma, aquel héroe murió asesinado por quien no pudo vencerle; pues aunque españoles fueran los instrumentos del crimen, no puede culparse al puñal, sino al brazo que lo dirige.

Con la destrucción de Numancia, acaba el tomo 1.º Despues de tan extraordinario acontecimiento era preciso una pausa. La relación que de él hace es demasiado impresionable para que deje de afectar, y el ánimo del lector se halla conmovido. Este es uno de los grandes méritos del historiador: trasportar al lector al teatro de los acontecimientos y hacerle que sienta con el dolor y ría con el placer. Y esto con solo la exacta descripción del suceso; sin el fastuoso adorno de la poesía, sin el recargado colorido de la pintura. Las descripciones del señor Lafuente son seductoras, son cuadros verdaderamente naturales; y la naturaleza no necesita adornos: ella los presta.

Como apéndice, contiene el tomo á su fin una correspondencia de los nombres antiguos y modernos de varias comarcas y poblaciones de España, que equivale á un tratado geográfico de aquellos tiempos.

Creemos haber dado á conocer el primer tomo de la *Historia General de España* por don Modesto Lafuente. Parcos hemos sido en nuestras observaciones; pero hemos preferido la inserción de páginas enteras á nuestro juicio sobre ellas. De habernos ocupado con la detención que tan importante obra se merece, hubiéramos necesitado muchos números de *La Semana*, cuyo largo intervalo haria enojosa su lectura. Tambien hubiéramos deseado insertar integro el *Discurso preliminar*, magnífico trozo de buen language, de admirables ideas, y de donde pueden sacarse para servir de modelo todas las figuras oratorias que sirven para embellecer un escrito de su clase. Teníamos al señor Lafuente por buen crítico, por buen hablista, ahora le tenemos por buen filósofo, por buen historiador. Difícil era competir con el P. Mariana en language; no diremos que le esceda Lafuente, pero sí que le iguala, y en muchos trozos creemos hallarle superior.

Con grande satisfacción tomamos la pluma al comenzar nuestra tarea, y la dejaríamos con sentimiento si no nos alentara la esperanza de ocuparnos en breve del 2.º tomo ya en prensa. Solo una desconfianza tenemos: la de nuestras fuerzas; pero súplalas nuestro buen deseo.

El señor Lafuente está haciendo un inmenso servicio á la patria: en un país que se atendiera al verdadero mérito, hubiera recibido ya su recompensa: en el nuestro será mucho que la Academia de la Historia le abra sus puertas. Honor digno sin duda; mas no es sino la expresión de una corporación sabia y patriótica. Por nuestra parte rendimos al señor Lafuente la ovación que se merece, y nos inspira, como á todo buen español, su magnífica obra.

A. PIRALA.

## RESEÑA DE LAS ORDENES MILITARES.

### CONDECORACIONES.

#### Artículo V.

#### INGLATERRA.

##### ORDEN DEL SANTO SEPULCRO.

Siguiendo la costumbre de sus antepasados, Enrique II de Inglaterra hizo un viaje á Jerusalem, visitando con extraordinaria piedad los Santos Lugares. A su vuelta instituyó en su reino los caballeros del Santo Sepulcro el año 1174. Uno de los principales estatutos, fué que los afiliados en la orden habían de pasar á Jerusalem para el noviciado, sirviendo en la iglesia de la primitiva orden. Dióles para distinguirse, una cruz verde de la figura de las patriarcales, diferenciándose de estas, en que los remates trebolados eran octógonos. Inocencio III aprobó la orden y les dió la regla de San Basilio. Alejandro V la confirmó.

El estandarte que llevaban en la guerra, era partido en dos colores de alto á bajo; en el lado derecho, que era rojo, llevaban los tres leopardos de oro, y en el izquierdo que era azul, tres flores de lis de oro; ar-

mas reales que usaba el fundador. En el reverso, y colocada en el centro se veía la cruz de la orden.

Cuando en el reinado de Enrique VIII, apellidado en su principio el *Defensor de la fé*, se promovió el cisma anglicano á consecuencia de que el pontífice no quiso sancionar los repetidos divorcios y escándalos matrimoniales de aquel monarca, los caballeros del Santo Sepulcro que habían jurado perder la vida por el catolicismo, se vieron precisados á unirse á los hospitalarios de San Juan, pasando al efecto á la isla de Malta.

##### ORDEN DEL BAÑO.

Las dos principales condecoraciones de Inglaterra deben su fundación á sucesos estrños. Difieren sin embargo en los motivos como dista la virtud del favoritismo, el mérito de la adulación. Fundada la una en memoria de un acto de justicia y la otra de un exceso de galantería, ambas han logrado en el actual siglo compartir el honor de condecorar á las testas coronadas, y de verse colocadas en el pecho de los primeros hombres de la época.

El origen de la orden del Baño fué el siguiente. En uno de los dias del año 1399 hallábase bañando Enrique IV cuando dos viudas solicitaron del rey una audiencia particular para pedir justicia. A pesar de la orden que tenia dada el monarca de que no le molestasen en semejantes casos para asuntos del gobierno, uno de los guardias rendido á las súplicas de las demandantes entró y le dijo: Señor, la corona que posees la mantiene Dios y la piedad que muestras á tus vasallos: dos viudas se quejan pidiendo justicia de tí; pues en tus ministros no la hallan. Dejó el rey el baño diciéndole que era primero la administración de justicia que el placer de bañarse. En memoria de este hecho fundó la orden de que tratamos. Su instituto principal fué mantener la pureza del corazón y contribuir á generalizar las buenas costumbres.

La divisa primitiva fué un manto verde, y en él bordado un escudo donde en campo azul se veían tres coronas de oro en representación de las virtudes teológicas: al rededor del escudo el siguiente exergo ó divisa: *Tria in unum*. Los caballeros, antes de recibir la cruz, prestaban el juramento vestidos de un sayo de estameña, y calzados con sandalias: y acabada la ceremonia se les calzaban las espuelas de oro, y se les cubría con un rico ropón y manto.

Cuando los trages fueron variando de forma, según el gusto caprichoso de la moda, fué menester variar la condecoración, hallándose señalada con el dia con una banda roja cruzada del hombro derecho al costado izquierdo; y la venera es una cruz patée, angulada de rayos abriantados: en el centro hay un óvalo esmaltado de azul con las tres coronas de oro, al rededor del óvalo hay bordura encarnada, en la cual se lee el mote *Tria in unum* en letras de oro. Los comandadores llevan la venera pendiente del cuello por medio de una cinta roja del ancho de dos dedos.

##### ORDEN DE LA JARRETIERA.

Socorriendo Eduardo III, rey de Inglaterra, el castillo de Salisbury contra las invasiones de David, rey de Escocia, tuvo la fortuna de hacer levantar el cerco á los sitiadores y de poner en libertad á la princesa de Salisbury que se hallaba enferma. Restablecida esta á poco tiempo pasó á la corte para dar gracias á S. M. por el auxilio que la habia dado en tan apurada situación; pero era tal su hermosura, que el rey se enamoró de la princesa. Convidada á un baile, dejó caer una de las ligas que llevaba puestas, bien fuese por otorgar un favor á quien tan galante se mostraba, ó bien por dar en ojos á las otras damas de la corte. La liga fué recogida por Eduardo, é interpretando aquella acción unos caballeros franceses que asistían al baile, se volvió el monarca á ellos, y mostrándoles la liga les dijo: *Honni soit qui mal y pense*. Esto fué el año 1343. En memoria de este suceso fundó Eduardo III la orden de la Jarretiera. Su principal divisa fué una liga azul, y en ella bordadas con oro ó pedrería las palabras que pronunció el monarca. Esta liga iba sujeta por medio de una hebilla de piedras á la pierna izquierda. Los caballeros para las grandes ceremonias usaron manto de terciopelo color de violeta y una cruz llana roja en el costado izquierdo, por ser la divisa de San Jorge patron de Inglaterra. Cuando pasaron del catolicismo al protestantismo tomaron en vez de la cruz un sol de oro, rayonado de lo mismo.

En el dia la principal insignia de la Jarretiera, fuera del traje de ceremonia, consiste en una banda azul ancha de cuatro dedos, y en un collar con la efigie de San Jorge alanceando al dragon infernal.

##### SUECIA.

##### ORDEN DEL AMARANTO.

Instituida por la reina Cristina, hija de Gustavo Adolfo, en 1633, en honor del embajador español don Antonio Pimentel. Algunos autores dicen que la condecoración consistía en una sortija esmaltada con dos AA entrelazadas en cifra, y por mote *Semper idem*. Pero el señor Castro, que con mas verdad que otro alguno ha tratado las antiguas condecoraciones, dice que la del *Amaranto* fué una cinta de dicho color, de la cual pendia una joya de diamantes; en el centro dos Ay contrapuestas y entrelazadas de oro; encerradas en una corona de laurel ligada de una cinta blanca con



el epígrafe en letras de oro, *Dolce nella memoria*. Los caballeros que se recibían en esta orden juraban, si eran solteros, serlo siempre, y si casados, no contraer segundas nupcias.

#### ORDEN DE LA ESPADA.

Instituida en 1324 por Gustavo I para oponerse a las heregias de Lutero. El collar era de eslabones, cada uno era formado de dos espadas de plata guarnecidas de oro, y una pendiente con la punta hacia abajo por venera. Duró poco esta orden, pues estendidas las doctrinas luteranas por aquel reino, dejó de existir por los años 1342.

#### DEL CORDERO DE DIOS.

Fundóla Juan el Grande, rey de Suecia, el año de 1364, el día 10 de julio. Su insignia fué una medalla de oro esmaltada de azul, en la cual había un cordero de oro. El mote fué: *Deus protector noster*.

#### DEL SALVADOR DEL MUNDO.

Al subir al trono de Suecia Erico XIII, sucesor del célebre Gustavo Wassa, en el año 1361 fundó la orden del Salvador en el acto mismo de su solemne coronación. Dióle por insignia una medalla con la efígie del Salvador en relieve, pendiente de un collar cuyos eslabones eran formados de querubines de oro, entremezclados con columnas de plata.

#### CABALLEROS BRICIANOS.

Ocupaba el trono de Suecia la célebre reina Margarita, apellidada por los historiadores la Semíramis del Norte, y después elevada por sus incultas virtudes al catálogo de los santos. Esta reina cobijó bajo el real manto los tres estados de Suecia, Dinamarca y Noruega, que continuaron unidos hasta que por sus crueldades bajó del trono Cristiano II en 1323.

La orden de los caballeros Bricianos fué instituida por la reina Margarita en 1396, dándoles, por obligación de estatutos, la defensa de la religión cristiana, enterrar los muertos, amparar viudas y pupilos, y dar hospitalidad a los peregrinos y viajeros. Dióles riquísimas encomiendas, y el papa Urbano V extendió la bula de aprobación y les señaló la regla de San Agustín.

Su insignia fué una cruz de cuatro brazos y ocho puntas, como la de Malta, pero de color azul, y debajo de ella una lengua de fuego, roja, símbolo del amor con que habían de defender la fé cristiana. El modo de armar caballeros, profesar y demas ceremonias, era como las de los caballeros de San Juan.

El estandarte que llevaban en la guerra, tenía de un lado las armas reales, que son tres coronas de oro en campo azul; y del otro la cruz de la orden.

#### ORDEN DE LOS SERAFINES.

Instituida en 1334 por Magno III de Suecia, en ocasión de hallarse sitiada la ciudad de Upsal. Dió por insignia a sus caballeros un collar de serafines de oro, esmaltados de rojo, entrelazados con otros eslabones formados por cruces patriarcales de oro. Del collar pendía una medalla ovalada esmaltada de azul, con el nombre de *Jesus* en cifras de oro. Debajo del nombre los tres clavos de la pasión, apuntados y esmaltados de blanco y negro.

Cuando Carlos IX negó la obediencia a la iglesia católica, y abrazó el partido de Lutero, abolió la orden de los Serafines; pero la restableció su sucesor Gustavo Adolfo II, dejándola el primitivo collar; pero trocó la medalla esmaltada por una cruz de dos travesas treboladas de oro, igual a la patriarcal.

#### SUIZA.

#### ORDEN DEL OSO.

Deseando Federico de Suavia demostrar su reconocimiento al abad de San Galo, y a los principales señores de los cantones suizos, por lo que contribuyeron para elegirle emperador, les distribuyó en 1313 dos collares de oro entrelazados, de los cuales pendía un oso de oro esmaltado de negro. Determinó asimismo que los abades del monasterio de San Galo conservasen el derecho de nombrar los caballeros. Este es el origen de una orden que floreció hasta la época en que los cantones sacndieron el yugo del Austria para constituirse en estado federativo.

#### VENECIA.

#### ORDEN DE SAN MARCOS.

Su divisa fué una cruz octógona de oro, cargada de un óvalo, en el cual había un león aleopardado, con alas; empuñando con las garras el libro de los Evangelios, abierto por donde dice: *Pax tibi evangelista meus*, que eran las armas de la república.

#### ORDEN DE LA ESTOLA.

Fundada para los que se distinguían en el ejército y en las embajadas. Su divisa era una estola bordada de oro, llevada en el hombro izquierdo, ancha de una

cuarta, y larga hasta la rodilla por ambas estremidades. El senado arregló los estatutos en 13 de marzo de 1631.

Tanto de esta orden como de la de San Marcos, se ignoran las fechas de fundación, y las obligaciones de los caballeros, porque según Justiniano se quemaron sus archivos donde existían tales antecedentes.

R. MEDEL.

### SOBRE EL DESCUBRIMIENTO

#### DE HUESOS DE ELEFANTE

#### EN LAS INMEDIACIONES DE LA ERMITA DE S. ISIDRO.

Cavando unos operarios en el tejár de las Animas, sito en los cerros contiguos a la espresada ermita, dieron con unos huesos, cuya magnitud y forma extraordinarias, llamaron fuertemente su atención, perdiéndose su juicio en conjeturas. Divulgado el caso, llegó, por fin, a noticia del catedrático de zoología en el museo de ciencias naturales, don Mariano de la Paz Graells, en el día 23 de enero último, quien con un celo superior a todo elogio, se trasladó incontinenti al parage donde yacían los restos descubiertos por el pico acompañado, para que les sirviese de instrucción, de los discípulos de su enseñanza de anatomía comparada.

No fué menester sino una ligera exploración para resolver el caso.

Los huesos en cuestión eran de un elefante.

No era de abandonar un descubrimiento tan importante a la ciencia, y comunicado a la comisión encargada de formar el mapa geológico de la Península, se procedió sin pérdida de momento a la exhumación de unos fósiles tan preciosos y de tanto interés para los trabajos de la comisión citada. Diez días duró esta operación delicada porque lo era el estado de los restos del elefante, sin embargo de que concurrieron a ella activa y eficazmente los espresados alumnos y los de taxidermia (porque todos tenían allí que aprender), ocupándose en cada uno 9 horas.

Coronadas con el mas feliz éxito estas tareas generosas, a pesar de las dificultades y complicaciones que ofrecía el estado de dichos fósiles, y su posición, fueron extraídas a fuerza de paciencia y entretentimiento en muy buen estado de conservación las piezas principales que describe el espresado profesor en su informe de 26 de febrero al director de instrucción pública, inserto en la entrega 116 del R. V. del M. de Comercio.

En su concepto deben existir a corta distancia los demas huesos grandes, y a mayor los pequeños que faltan para completar el esqueleto, pues que como menos pesados y voluminosos, debieron ser arrastrados mas lejos por las aguas que produjeron el aluvion donde quedó enterrado este elefante, cuya altura total por las piezas recogidas puede calcularse prudentemente seria de unos 13 a 14 pies.

No es solo digno de la curiosidad pública este hallazgo inesperado, sino que lo es de estudio por las consideraciones a que da lugar por sus deducciones, por su valor y trascendencia, para poder fijar de un modo positivo algunos de los rasgos que caracterizaron nuestra última flora. Ese descubrimiento nos remonta a millares de siglos, y nos hace ver a su través los seres que poblaron el suelo que habitamos, la constitución del país, su clima y producciones, las revoluciones por que ha pasado para llegar a tan completa transformación. ¡Cuántos y cuántos tiempos no han sido en efecto necesarios, para que el suelo y el clima en que vivía el elefante haya llegado a ser lo que todos conocemos!... He aquí sin tantos otros datos, como diariamente proporciona la casualidad, ó conquistan científicas investigaciones, como siempre presenta, y en todas partes la naturaleza, la prueba de los cambios que ha sufrido, y de los por que está pasando el globo que habitamos. Capas hay muy profundas, y que un día fueron superficiales, esqueletos de animales desconocidos, bancos de pescados y conchas en las montañas, la misma configuración de la tierra, toda evidencia la mudanza operada, el largo tiempo que para realizarse ha necesitado. Dejando a cada uno que saque las consecuencias que de estos hechos se desprenden, concluiremos consignando los que deduce el profesor citado del espresado descubrimiento.

Los restos fósiles de elefante adulto encontrados en el estrato de limo arcilloso verduceo que está al nivel de la cúpula de la ermita de San Isidro del campo, y subyacente a los tres mas superficiales del terreno diluvial moderno en aquel sitio, no pertenecen en sentir del ilustrado don Mariano de la Paz Graells, a ninguna de las dos especies de nuestra fauna contemporánea, ni tampoco a las especies perdidas, y que se conocen con el nombre de primigeno, y antiguo, por las diferencias que hace notar entre los huesos hallados y los de ambas clases.

El elefante a que pertenecen los de que se trata debió perecer en el mismo sitio donde se han encontrado sus restos, siendo después envueltos por el limo que constituyó el estrato arcilloso mencionado.

La corriente de las aguas en la época de la muerte del animal debía tener otra dirección que la actual.

La permanencia de los elefantes en este país debió ser muy larga, pues se han encontrado sus restos,

no solo en los estratos mas modernos citados, sino en otros subyacentes de mucha mayor antigüedad.

La existencia de tales mamíferos hervívoros en este suelo, indican cual debió ser su vegetación en aquella época, y cual la naturaleza del terreno. Hoy, seco y árido, entonces húmedo é inundado; arenisco ahora, y cubierto por una vegetación miserable, raquítica y enjuta, y alfombrado en aquellos días por otra abundantísima, jugosa, y sin duda gigante: ca.

Cuántos y cuántos siglos han sido necesarios para tan cabal transformación, tan lentamente como se verifica la del planeta que habitamos, es un cálculo reservado a la ciencia, y que hará mucho si fija por aproximación. ¡Qué serán los campos de San Isidro dentro de tantos tiempos como han pasado desde que por su espesura eran asilo de elefantes, desde que su clima favorecía su propagación.

Y no solo cobijó elefantes este suelo desnudo y destemplado: el mismo señor Graells, a cuyas exploraciones debe tanto la ciencia, ha recogido mas de una vez en las cercanías de Madrid reliquias de los mastodontes é hipopótamos, cuya existencia en la antigüedad es otra prueba incontestable de la mudanza que ha sufrido este país.

### MOSAICO.

#### EFEMÉRIDES ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX.

Día 5 de agosto.—Año de 1809. Accion de Aranjuez.—1838. Accion de Oropesa de Villoslada de Cameros.—1840. Sitio y toma del castillo del Collado.—Desde que se dió el grito en Talavera de la Reina en favor de Carlos hasta esta fecha, son 6 años 9 meses y 4 días, y es lo que ha durado esta guerra.

A la conclusion de esta lucha, era general en jefe de los ejércitos nacionales el duque de la Victoria, y mandaban los ejércitos del Norte, Centro y Cataluña, los generales Rivero, O'Donnell y Van-Halen.

Día 6.—1808. Anunciase la victoria de Bailen en Bilbao, y el pueblo se levanta contra la dominación francesa.—1812. Lord Wellington levanta sus cuarteles de Cuéllar, y se dirige a San Ildefonso para después penetrar en Madrid.—1836. Acciones de Fortanete y Villarlengo.

Día 7.—Año de 1811. Accion de los Llanos de Pelayo.—1812. Accion de Molins del Rey.

Día 8.—1808. Entra en Zaragoza con víveres y refuerzo el general Palafox.—1839. Accion del Puente del Arzobispo.—1838. El general Alaix bate a los carlistas al mando de Gomez en el puerto de Tarma (Asturias) y les hace 500 prisioneros.

Día 9.—1812. La guarnicion francesa de Astorga compuesta de 1,200 hombres se rinde a las fuerzas españolas mandadas por don Pascual Enrile.—1833. Defensa de Zova.—1839. Sublevacion de los carlistas en Irurzun.

Día 10.—1810. Toman los españoles la Puebla de Sanabria con toda su guarnicion.—1812. Desembarca en Alicante un ejército anglo-hispano-siciliano.—1838. Accion de Madrigal del Madrigal del Monte.

Día 11.—1810. Batalla de Almonacid ganada por las tropas del ejército de la izquierda.—1812. Sale fugitivo de Madrid el intruso rey José dirigiéndose en completo desorden hacia Valencia.—1813. El general español don Pablo Murillo pasa el río Magdalena, bate a los insurgentes de América, y marcha sobre Cartagena.—1837. Accion de las Rozas.—1839. Accion de Ceile.

PRECEPTOS MORALES DE JORGE WASHINGTON. Jorge Washington, llamado padre de la libertad americana, ha dejado numerosas cartas, diarios y manuscritos recogidos y publicados con veneración por uno de sus conciudadanos. Algunos de estos manuscritos datan de su infancia, y no son notables mas que por la gallardía de la letra y por la disposición que revelan para el cultivo de las matemáticas. Vamos a tomar algunos renglones que escribió a la edad de trece años y que se les intituló: *Reglas de cortesía y conducta*. Se ignora si los preceptos que encierran fueron inspiración propia ó copiados tan solamente por el joven Washington, pero de cualquier modo que sea no habrán dejado de influir en su conducta durante la vida.

—Cuando os halleis en sociedad, no hagais nada que implique falta de respeto hacia los demas.

—Cuando haya alguno en vuestra compañía no cantéis entre dientes ni tamborileéis con los dedos.

—No habléis fuera de propósito; no durmais cuando hablen los demas; no permanezcáis sentado cuando se levanten los demas, ni andéis cuando los demas se paren.

—Sed conciso y claro cuando habléis con gentes de ocupaciones y negocios.

—Cuando visiteis un enfermo no la echeis de médico sino habeis estudiado medicina.

—No discutais con vuestros superiores, y espresad siempre con modestia vuestro pensamiento.

—Sed sencillo en vestir y procurad que los vestidos sean antes cómodos que fastuosos; seguid las modas adoptadas por las personas mas razonables de vuestra clase.

—No seáis como el pavo real ocupado en mirar si sus plumas estan siempre tersas y brillantes.



—No frecuentéis sino el trato de personas estimables; vale mas estar solo que mal acompañado.

—Apartad de vuestros discursos la malevolencia y la envidia.

—En la mesa ó entre personas que se entregan á la alegría no habéis de cosas tristes. No recordeis historias lamentables de desgracias y muertes, y si otros menos discretos dan margen á asuntos de esta naturaleza, tratad de tornar el giro de la conversacion. No contéis vuestros sueños ni vuestras esperanzas sino á vuestro amigo íntimo.

—No profirais palabras injuriosas, formal ni chancamente, ni os burleis de nadie, cualquiera que sea el motivo que dé.

—Manifestaos urbano y benévolo; pero no familiar ni atrevido; sed el primero á saludar, escuchar y responder. No os deis el aire de pensador cuando hablan en vuestra presencia.

—Cuando dos personas disputan no tomeis sin necesidad partido por una ú otra. No seais obstinado en vuestras opiniones, y en cosas indiferentes agregaos al modo de pensar de los mas.

—No os apresureis á referir noticias cuya exactitud ignorais. Al contar lo que habeis oído, no citeis siempre las personas que lo han dicho. No descubrais un secreto.

—No trateis de enteraros de los asuntos de otro. No os acerqueis á personas que conversan particularmente.

—No emprendais lo que no podais cumplir, pero mantened escrupulosamente vuestra promesa.

—No digais mal de los ausentes porque es injusto.

—No mostreis demasiado gozo al sentaros á la mesa; no comais con glotonería; cortad vuestro pan con un cuchillo; no os apoyeis en la mesa, no critiqueis la comida.

—No os sentéis á la mesa con enfado, y si no le podeis desecher, disimuladlo. Procurad mostrar satisfacción en el semblante sobre todo si comeis con gentes estrañas ó de cumplido; porque el buen humor hace una fiesta de la mas humilde mesa.

—Cuando habéis de Dios ó de sus atributos hacedlo con circunspeccion y respeto. Obedeced á vuestros parientes y honradlos cualquiera que sea su posicion.

—Procurad pasatiempos y recreos razonables y no culpables.

—Trabajad por mantener viva en vuestro pecho esa pequeña chispa del fuego celeste que se llama conciencia.

La riqueza moral como la riqueza material del hombre, está en el trabajo; el trabajo le hace á la vez dichoso y rico alcanzando uno y otro cuando sus esfuerzos llegan al objeto que se propone. Un trabajo sin éxito es un tormento tal, que los poetas le han considerado como digno de colocarle entre los del infierno. Inversamente creo que un trabajo dichoso siempre, sería un goce siempre creciente. Pero para caminar hacia el objeto es menester luces.

Aplicando las seducciones del hombre que piensa y crea teorías al trabajo del hombre que obra y practica, es como se desarrolla la gran sociedad. La ciencia y el trabajo, la teoría y la práctica, tienden sin cesar á acercarse. Cuanto mas se perfeccionan las ciencias, mas fáciles se hacen en su aplicacion, mas se acerca el trabajo á los principios, y puede guiarse mejor por ellos.

Si bien es útil que la parte de la nacion que obra, sea ilustrada por la parte de la nacion que piensa, tambien es conveniente que la parte que piensa se enlace á la accion, á fin de tener en cuenta la esperiencia para encarrilarse por la senda de lo verdadero y útil.

El abuso que se hace de la palabra necesaria, es causa de ruina, lo mismo para las familias que para los gobiernos. Los niños y los locos desean todas las cosas; todo les es necesario, porque no saben distinguir. Prueba de poco discernimiento es crearse una lista demasiado larga de cosas necesarias.

**ESTADOS DE LA EMBRIAGUEZ.** Al principio circula la sangre con mas animacion, la vivacidad se aumenta, y se colorea el semblante; el bebedor se exalta. Se trastorna su cabeza, y se desconcierta, llora, rie, ó se enfurece, apelmazándose como un puerco cuando es completa la embriaguez.

**INGENIO RARO Y CURIOSO.** Entre los que figuran en el presupuesto de Inglaterra, es muy digno de llamar la atencion el llamado *dinero de conciencia*, que ha importado en el año último 179,100 rs. entregado por varias personas, caso desconocido en los demas paises, y que en Inglaterra se ve todos los dias. Redúcese á restituciones anónimas que se hacen á la hacienda pública por personas que la han defraudado por medio del contrabando, ó en otra cosa. Tambien aqui, y

eso que nuestra religion nos impone la penitencia, son comunes las restituciones.

A 5.828,943,100 de rs. ascendió la recaudacion en dicho año, y á 377.476,800 sus gastos, poco mas de 6 por 100. Tambien aqui.

Los carruages contribuyeron con 41.167,800. La deuda ascendió á 77.727,283,900: su interés de 3 y 3/4 por 100 anual, subió á 2.496,533,600.

Los ferro-carriles en Inglaterra producen anualmente 1,200.000,000 de rs.

**CIRCULACION DE CARTAS EN INGLATERRA.** En el año último ha pasado de 336 millones el número de las que ha despachado la administracion del ramo.

## ESCENAS DE LA VIDA PEDESTRE.



—¿Fuistes anoche al Circo á ver bailar á la Fuoco, Clorinda?  
—No; estuve paseando en coche cerrado con mi primo Ricardo por Recoletos.  
—¿Segun eso no visteis el cuerno de la abundancia formado de flores que regalaron á la Fuoco?  
—No; pero lo sabia ya, porque fué mi esposo el inventor de ese agasajo.  
—¿De veras, Clorinda? ¿Sabes que tiene tu marido pensamientos muy originales?

**BRILLANTE SINGULAR.** Ha llegado á Inglaterra, regalado á la reina por el ejército de la India, el famoso brillante del rey de Pundjab, valuado en 100.000,000 de rs.

**CAPITAL EMPLEADO EN FERRO-CARRILES.** Hasta el año actual ascendia á 14,800 millones de reales el invertido en estas vias en Inglaterra, Escocia é Irlanda.

**PRESUPUESTO INGLÉS.** El que rige desde abril importa 52.385,000 libras esterlinas, en cuanto á ingresos, y 52.613,582 por lo tocante á gastos. Se ha suprimido la contribucion sobre ventanas, y se rebaja la de hipotecas.

**SOPA BARATA.** En un banquete dado en Londres se ha presentado una sopa que costó cerca de 50,000 reales, hecha de unas fibras que se desprenden del nido de unos pajaritos que se crían en las posesiones inglesas de las Indias Orientales, parecidas á fideos, y de sabor muy agradable y aromático.

**PRODUCCION DE HUEVOS EN FRANCIA.** El comercio interior y exterior de este artículo en el vecino reino tiene una importancia que pocos se figuran, y que parece fabulosa.

Segun los estados de la administracion no baja de 10.000,000,000 el número de huevos que anualmente produce la Francia, los cuales valuados á 3 céntimos cada uno importan 30.000,000,000 de céntimos, ó 300 de francos, cerca de 2,000 de reales.

A 99.000,000 y 1/2 ascendió en el año 1824 la exportacion de huevos para España, principalmente para Cataluña.

—En París se hacen ocho distribuciones diarias de cartas por medio de 640 carteros.

**ASCENSION AEREOSTÁTICA Á CABALLO.** En París se ha elevado Mr. Posterin sobre un caballo ingeniosamente suspendido. Ya el año 97 hizo un viaje en la misma forma Mr. Tustet Brissy.

Epoca va siendo esta de andar por los aires, y de una manera singular. Ante Mr. Ranchon que se arroja al globo sin tropiezo, ya no tiene mérito Mr. Grellon, y á este paso no sabemos lo que nos está reservado ver. Pero por mucho que celebremos y aplaudamos tan admirable intrepidez, mas habríamos celebrado que hubiera tenido éxito para la ciencia la ascension de Mr. Bixio y Mr. Barral en París con el objeto de hacer exploraciones útiles al hombre. Entre un titiritero y un sábio, entre una curiosidad y resultados útiles á la

causa del progreso de la humanidad, entre un modo de vivir destruyendo al público, y el interés de la ciencia no cabe titubear.

**NUEVA COMUNICACION CON NORTE-AMÉRICA.** Gracias á los perseverantes esfuerzos de la Inglaterra y los Estados Unidos, basta ya semana y media para comunicarse mutuamente, por medio de vapores movidos por espiral de la fuerza de 6 ó 800 caballos, grandes como fragatas de primer orden.

El helice, ó espiral, ademas de la mayor fuerza de impulsión, lleva la ventaja de obrar continuamente. No sucede así con las ruedas, que dejan de accionar de un modo directo cuando la mar está agitada, y tiene que salvar el buque las olas encrespadas.

**HORRIBLE EQUIVOCACION.** Cerca de Nueva-York una goleta echó á pique un vapor. Dos mugeres jóvenes con un hijo cada una de corta y casi igual edad le cambian en tan horrible confusion, y hacen esfuerzos desesperados por salvarle, lográndolo una sola. Reunidas á bordo de otro vapor que alcanzó á socorrerlas, y estrechando en sus brazos al que tomaron por su hijo, se aperciben de su error, y la que creia haberle perdido le recobra, mientras que la desgraciada madre, cuyo heroismo habia conservado la vida de la criatura que tomara por suya cayó sin sentido al percibir su error. Horroroso era el contraste del dolor y la alegría de estas madres, y hacia tanta mala la alegría de la una, como la desesperacion de la otra.

**FECUNDIDAD.** En 10 de octubre de 1764 murió en Sevilla don Juan Ramirez Agredano, capellan de aquella iglesia, de edad de 125 años. Fué casado cinco veces. 1.ª con doña Lucrecia de Aguilar. 2.ª doña Bernabela Zandiosa. 3.ª doña Maria de Aranda. 4.ª doña Violante Estrada. 5.ª doña Beatriz Orbejon. Tuvo 42 hijos legítimos y 9 bastardos; fué de venerable presencia y literato, pues al tiempo de su muerte ocurrida de una caída, estaba componiendo un libro en octavas en alabanza de la Virgen. Poseia nueve idiomas. Hizo nueve viajes á América, fué alguacil, escribano y notario de dicha ciudad. Se ordenó de presbítero á los 99 años, y cantó misa hasta su última enfermedad.

## LOGOGRIFO.



LA SOLUCION EN EL NUMERO INMEDIATO.

Solucion del logogrifo inserto en el número anterior.

QUIEN MALAS MAÑAS HA,  
TARDE O NUNCA LAS CURARÁ.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8.